

IC

TE

(II)

Nº.

3343

1903

**IBRERIA DE**

*Praso de Cartagena.*

**4177(II)**











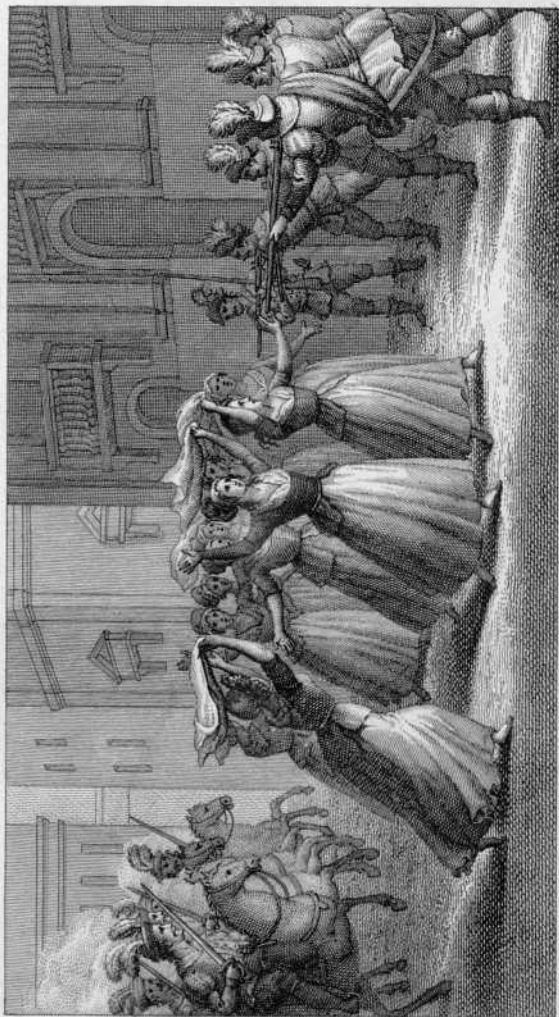
REVOLUCION DE INGLATERRA.











B. Piccolini sc.

*Pax!... Pax!... T. II lib. 4.º*

*Ameller sc.*

# HISTORIA

DE LA

**REVOLUCION DE INGLATERRA,**

**POR MR. GUIZOT,**

MINISTRO FRANCES,

PUESTA EN CASTELLANO

*Por D. Fernando Patzot.*

**TOMO SEGUNDO.**



*Barcelona.*

IMPRENTA DE D. FRANCISCO OLIVA,

Editor y propietario del DICCIONARIO HISTORICO ó BIOGRAFIA UNIVERSAL DE HOMBRES CÉLEBRES.

1837.



# HISTORIA

DE LA

## REVOLUCION DE INGLATERRA.

---

### LIBRO IV.

---

Principia la guerra civil. — El rey planta su cuartel en Nottingham. — Batalla de Edgehill. — Terror de Londres. — Combate de Brentford. — Tentativas de negociacion. — Carácter de la guerra civil. — Vuelve la reina del continente. — Negociaciones de Oxford. — Se empieza á desconfiar del conde de Essex. — Disensiones interiores del parlamento. — Conspiracion realista en Londres. — Muerte de Hampden. — Descalabros para el parlamento. — Su energía. — Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras. — Proyectos del rey para marchar sobre Londres. — Son vanos. — Sitio de Gloucester. — Essex le hace levantar. — Batalla de Newbury. — Muerte de lord Falkland. — Alianza del parlamento con los Escoceses. — Essex vuelve triunfante á Londres.

( 1642.-1643. )

AL saber estas disposiciones, libre tambien el rey de toda incertidumbre pudo desarrollar sus fuer-

zas. Habíale llegado de Holanda un pequeño convoy, y la reina prometia otros. Los comisionados para reclutar en su nombre habian obtenido resultados en las comarcas del Oeste y del Norte. Goring, gobernador de Portsmouth, se habia declarado á su favor. Acudian de todas partes los caballeros, se esparcian por las campiñas, allanaban las casas de los amigos del parlamento, se llevaban dinero, armas y caballos, y llegaban á York envanecidos ya por sus victorias y fácil botin. Conoció Cárlos que tales desórdenes serian fatales á su causa, y para reprimirlos y escitar al mismo tiempo el celo de los realistas, recorrió en persona los condados de York, de Leicester, de Derby, Nottingham y Lincoln, convocando en todas partes la nobleza, agradeciendo su lealtad: y exhortando al órden y á la prudencia. Demostrábase mas activo y mas afable que nunca, queria siempre hablar al pueblo, y se envanecia de apreciar en alto grado la religion y las leyes del pais. Estas reuniones y discursos, esos gentilhombres que abandonaban ó fortificaban sus castillos, los paisanos que recomponian las murallas de las poblaciones, los caminos cubiertos de viajeros armados, los ejercicios de las milicias, todo ofrecia el aspecto de la guerra declarada, todo incitaba á seguir el belicoso ejemplo de las masas. Ya la sangre habia corrido en muchos encuentros, riñas mas bien que combates. Ya el rey, por dos tentativas que se le frustraron de apoderarse de Hull y de Coventry, habia motivado que el parlamento le imputase la primera agresion; imputacion que uno y otro partido temia, estando próximos á

arriesgarlo todo por sostener sus derechos, pero temblando de hacerse responsables de la sangre que se derramase. Por fin, el 23 de agosto resolvió Carlos llamar públicamente sus súbditos á las armas, plantando en Nottingham el estandarte real. A las seis de la tarde, sobre la colina que domina la ciudad, escoltado por ochocientos caballos y un reducido cuerpo de milicias, hizo leer su proclamacion. Habia ya empezado el heraldo, cuando agitaron algunos escrúpulos el ánimo del rey; tomó el papel, sobre su muslo corrigió lentamente algunos pasajes, y le volvió en seguida al heraldo, quien pudo con trabajo leer las correcciones. Resonaron las trompetas, y se acercó el estandarte que llevaba su divisa: «*Dad al César lo que es del César.* Pero no se sabia donde colocarle, ni el modo como se practicaba en otro tiempo esta antigua forma de la convocacion de vasallos por el soberano. Era sombrío el tiempo, y soplaba con violencia el viento. Colocóse por fin el estandarte en lo interior del castillo, á lo alto de una torre, imitando el ejemplo dado por Ricardo III. Al dia siguiente se vió que lo habia abatido el viento. «¿Porqué colocarle aquí? dijo el rey; debia plantarse en un paraje abierto donde todos pudiesen acercársele, y no en una prision.» Y le hizo trasladar fuera del castillo, junto al parque. Cuando los heraldos quisieron clavarle en la tierra, vieron que el suelo era un peñasco durísimo. Abrieron un agujero con sus puñales, pero no se sostuvo el asta; por manera que durante algunas horas les fué preciso sostenerla ellos mismos. Los concurrentes se retiraron llenos de siniestros

presagios. Algunos dias permaneció el rey en Nottingham, esperando en vano que el pais acudiese al llamamiento. En Northampton, distante algunas leguas, se formaba el ejército del parlamento, que constaba ya de muchos regimientos. «Si prueban un golpe de mano, dijo sir Astley, mayor-general de las tropas reales, no respondo de que el rey deje de ser preso en cama.» Algunos miembros del consejo le instaron todavía á que probase una negociacion. «¡Como, pues, respondió; antes de empezar la guerra!» Insistióse, pintando sus cortas fuerzas. Cuatro comisionados partieron para Lóndres, pero volvieron sin fruto; uno de ellos, lord Southampton no pudo obtener que le dejasen entregar en persona su mensaje á la cámara. El rey salió de Nottingham á mediados de setiembre, y trasladó su cuartel general á Shrewsbury por saber que en los condados del Este tenia mas partidarios.

A los ocho dias estaba ya el conde de Essex á la cabeza del ejército: á su salida de Lóndres le habia acompañado con vítores un inmenso gentío, agitando en el aire banderolas naranjadas, color de sus blasones; cualquiera que llevase otra era tenido por sospechoso, é insultado. En Northampton encontró reunidos unos veinte mil hombres. Acompañábale una comision de ambas cámaras, pero él la presidia. Se le habia prescrito transmitir al rey una peticion en que se le conjuraba que volviese á Lóndres, ó de otro modo seria perseguido vivamente, «arrancándole, como tambien á sus hijos el príncipe de Gales y el duque de York, de entre sus pérfidos consejeros, para restituirlos al parlamento.»



Esta peticion no se presentó siquiera, pues el rey declaró que no la recibiria de mano de los que habia declarado traidores. Iba recobrando fuerza y confianza en Shrewsbury. Llegábanle en fin numerosos reclutas del Este y del Norte; para armarlos habia desarmado no sin resistencia las milicias de muchos condados. Apoderóse de los convoyes que atravesaban el Oeste para embarcarse en Chester con destino á Irlanda. Los católicos de los condados de Shrop y Stafford le habian adelantado 5000 libras esterlinas; un gentilhombre habia pagado 6000 por el título de baron; hasta de Lóndres le enviaron recursos sus partidarios. Constaba ya su ejército de unos doce mil hombres. El príncipe Roberto, su sobrino, llegado de Alemania, iba á la cabeza de la caballería recorriendo la comarca, haciéndose odioso por sus pillajes y su brutalidad, pero temido ya por su audacia. Essex se adelantaba lentamente, al parecer mas para seguir á su enemigo que para alcanzarle. Llegó el 23 de setiembre á Worcester, á pocas leguas del cuartel general del rey, y permaneció en inaccion tres semanas. Envanecido por ello, por algunas escaramuzas en que llevó ventaja, y por el nuevo aspecto de su fortuna, resolvió Carlos marchar sobre Lóndres, acabando de un solo golpe la guerra: se habia puesto ya en movimiento hacia tres dias, cuando Essex acudió á su persecucion para defender al parlamento.

El espanto llegó á lo sumo en Lóndres, pues nadie temia tan repentino riesgo: los parlamentarios parecian atónitos, los realistas empezaban á agitarse, y el pueblo temblaba. Pero el temor popular se

convierte fácilmente en indignacion : así lo logró el parlamento. Firme y fogoso en sus actos como en su lenguaje, tomó medidas de defensa contra el rey, y de rigor contra los malévolos. Los que no habian entregado subsidios voluntarios fueron sobrecargados con contribuciones forzadas; se encarceló á los inquietos, y se desarmó á los sospechosos; tuvieron lugar requisiciones de toda suerte, y no quedó en los pesebres un caballo útil para el servicio. Se elevaron fortificaciones en las que trabajaban con ardor hombres, niños y mugeres; se formaban barricadas por las calles, y la milicia estaba pronta ya á marchar.

De improviso, el 24 de octubre por la mañana, se esparce la voz de que se ha dado una gran batalla, y que el ejército del parlamento ha sido derrotado con pérdida de mucha gente. Esta noticia llegaba de Oxbridge, distante algunas leguas de Lóndres, y la habia dado un coronel de caballería fugitivo. Casi al mismo tiempo llegaron otras noticias bien diferentes, y no menos ciertas sin embargo : la victoria del conde de Essex era completa y el rey habia sido derrotado; se sabia por paisanos que venian apresuradamente á Lóndres á dar la noticia.

Indeciso el parlamento lo mismo que el pueblo, hizo cerrar las tiendas, puso á las milicias sobre las armas, y exigió de todos sus miembros la promesa de adhesion al conde de Essex en todo y cualquier evento. Solo al dia siguiente se supo por Wharton y Strode el parte oficial de la batalla y de sus resultados.

Tuvo lugar el 23 junto á Keynton en el condado

de Warwick, al pie de la colina llamada Edgehill, donde, despues de una marcha de diez días en que ambos ejércitos habian ignorado mutuamente sus movimientos, logró al cabo Essex caer sobre las tropas del rey. A pesar de haber dejado atrás parte de su artillería y muchos regimientos, entre otros el de Hampden, resolvió atacar al tiempo que el rey tomaba el mismo partido. Uno y otro deseaban la batalla, Essex para salvar á Lóndres, y Cárlos para poner un término á los obstáculos que encontraba en un condado tan enemigo de su causa, que los herradores huian de los pueblos para no herrar sus caballos. Empeñóse la accion á las dos de la tarde, y duró muy viva hasta el anochecer. La caballería del parlamento, debilitada por la desercion de un regimiento que al momento de la carga se pasó entero al enemigo, fué arrollada por el príncipe Roberto; pero en su imprevision y sed de pillaje la persiguió este hasta dos millas sin pensar en lo que pasaba detrás de él. Detenido al cabo por el regimiento de Hampden que llegaba con la artillería, volvió grupa el príncipe al campo de batalla, y encontró á la infantería real rota y dispersa, al conde de Lindsey, general en gefe, muerto ó prisionero, y al estandarte del rey en manos de los parlamentarios: por poco el mismo Cárlos cae en poder del enemigo. Solo la reserva de Essex permanecia en buen órden en el campo. En vano Cárlos y su sobrino probaron á que los escuadrones diesen una nueva carga, habian vuelto desordenados; se buscaban mutuamente oficiales y soldados, y muchos caballos caian de cansancio: nada pudo obtenerse.

Ambos ejércitos pasaron la noche en el campo de batalla, ambos inquietos por el día siguiente y atribuyéndose la victoria. El parlamento habia perdido mas soldados, y el rey mas oficiales y gefes distinguidos. Al amanecer Cárlos recorrió su acampamento; faltaba un tercio de infantería y muchos caballeros, no porque hubiesen perecido todos, sino porque el frio, la falta de víveres y el terror del primer choque habian dispersado á muchos voluntarios. Para continuar libremente su camino sobre Lóndres, queria el rey trabar una nueva refriega; pero pronto conoció que era escusado intentarlo. Agitábase la misma cuestion en el campo enemigo; Hampden, Hollis, Stapleton, y la mayor parte de los oficiales, gefes de milicias y miembros de los comunes, conjuraban á Essex á que de nuevo atacase: «El rey, decian, no puede resistir; nos han llegado tres regimientos de refuerzo, y caerá en nuestras manos: solo la rápida conclusion de la guerra puede dar fin á los males que amenazan al pais y al parlamento.» Pero los militares de profesion, formados en las guerras del continente, negaron su asentimiento; á su parecer era bastante este glorioso combate dado con reclutas; Lóndres se habia salvado; la accion habia sido sangrienta, y los soldados, novicios todavía, estaban tristes: era pues preciso irlos acostumbrando á la guerra. Hablaban con autoridad, y Essex adoptó su consejo, llevando su cuartel general á Warwick, pero atendiendo á seguir los movimientos del ejército real. Algunos dias despues se adelantó el rey hasta Oxford, una de las populosas ciudades mas adicta á su causa.

En Lóndres como en Oxford se cantó un *Tedeum*, pues el parlamento, decian sus amigos, ha obtenido una gran ventaja con una pequeña victoria. Pero el ejército de Cárlos, mas cercano á la capital que el de Essex, se esparcia por el pais, y volvian á reunírsele con la esperanza del pillaje sus desertores. Abríanle las puertas sin disparar un tiro las plazas que se creian mas seguras; la guarnicion de Reading, mandada por Enrique Martyn, amigo de Cromwell, huyó vergonzosamente al acercarse algunos escuadrones, y allí plantó el rey su cuartel general. El príncipe Roberto llevaba sus correrías hasta las inmediaciones de Lóndres. Alarmábase esta ciudad, y recibia ya la cámara alta mociones pacíficas. Essex recibió órden de acercarse con sus tropas, y entre tanto se pidió al rey un salvo conducto para seis diputados encargados de abrir negociaciones; mas como se negase á darlo á John Evelyn, á quien acababa de proclamar traidor, no quiso la cámara insistir: Essex habia llegado ya. El lord corregidor convocó en Guildhall una asamblea general de ciudadanos, á la que concurrieron dos miembros del parlamento para incitarlos á que pelearsen á las órdenes del general. «Ha alcanzado, dijo lord Brook, la mas señalada victoria; el enemigo ha perdido dos mil hombres, y nosotros solo ciento, si ya no contais los perros que se entretuvieron en matar los realistas. El general sale mañana, y quiere aun hacer mas de lo que ha hecho; por vosotros se dirige al combate, pues él podria ser libre é independiente si quisiese. Cuando pues oigais el redoble del tambor, os conjuro á que no di-

gais: *Yo no soy de la milicia*, seguidle mas bien, combatid y venced.» Resonaron mil aclamaciones; mas el terror no estaba disipado todavía; los realistas se habian adelantado hasta quince millas de Lóndres. El parlamento se resignó á hacer partir cinco de sus miembros sin insistir en la admision de Evelyn. Cárlos los recibió bien, y dijo que en todo lugar, aun á las puertas de Lóndres, entraria en negociaciones. Al leerse esta respuesta en la cámara alta el 12 noviembre 1642, se levantó Essex, preguntando si debia continuar ó suspender las hostilidades. Se le mandó suspenderlas, y partió sir Peter Killigrew para tratar de un armisticio; pero al llegar á siete millas de la capital vió que se habian vuelto á empeñar las hostilidades. A pesar de la negociacion cayó el rey sobre el regimiento de Hollis situado en Brentford, creyendo destruirle y entrar en Lóndres. Pero el denuedo de aquel cuerpo dió tiempo á los regimientos de Hampden y de Brook para que acudiesen á socorrerle, y los tres resistieron durante muchas horas el choque de los realistas. Oíase desde Lóndres el fuego sin saberse la causa. En cuanto tuvo aviso Essex, salió de la cámara, montó á caballo, y salió con las fuerzas que pudo reunir. Cuando llegó al lugar de la accion, se habian retirado en desórden los parlamentarios, y el rey ocupaba el punto de Brenfort, aunque sin atreverse á internarse mas.

La indignacion fué tanto mas viva en Lóndres, cuanto iba acompañada de un nuevo espanto; pues solo se hablaba de la perfidia y barbarie del rey que habia querido entrar por asalto en la ciudad, y en-

tregarlo todo al furor de sus infames caballeros. Los mas ardorosos partidarios de la guerra se quejaban de que fuesen teatro de ella los alrededores de Lóndres. Aprovechó el parlamento esta disposicion de los ánimos, invitando á los aprendices á que sentasen plaza, y declarando que el tiempo de servicio se les contaria en su profesion ú oficio; la municipalidad ofreció cuatro mil hombres de sus milicias y encargó su mando á Skippon. «Vamos, hijos míos, les dijo poniéndose á su frente, alma y corazon en todo: yo correré los mismos riesgos que vosotros. Esta es la causa de Dios, la de vuestras esposas, la de vuestros hijos y la de vosotros mismos. Alma, hijos míos, y Dios nos ayudará.» Durante el dia y la noche salieron de Lóndres los nuevos reclutas, milicianos y voluntarios, para entrar en el ejército. Al dia siguiente, á una milla de las avanzadas del rey, pasó Esséx revista; delante de un numeroso gentío, á veinte y cuatro mil hombres alineados en batalla en Turnham-Green.

De nuevo se principió sobre si se atacarían: Hampden y sus amigos insistían vivamente en razon de las circunstancias. Siguiendo su consejo, se efectuaron algunos movimientos, contra el parecer de Essex y de los antiguos militares; pero un incidente lo cambió todo. Cierta dia que estaba el ejército en línea, dos ó trescientos espectadores á caballo se alarmaron, tomando á galope el camino de Lóndres: fué tal con esto el terror de los parlamentarios, que muchos iban ya á emprender la fuga. Disipada la alarma, se serenaron los semblantes, y renació la confianza á vista de los víveres que traían

de la ciudad las mugeres. Con esto conoció Essex cuan efímero es el entusiasmo, y volvió á ponerse á la defensiva. El rey que por su parte temia mucho un ataque, pues le escaseaban las balas y la pólvora, se retiró sin obstáculo á Reading y en seguida á Oxford, donde estableció sus cuarteles de invierno.

Tanta lentitud, combatida en vano por los gefes del parlamento, tenia causas mas poderosas que la actitud vacilante del soldado, ó la prudencia del general. Lóndres estaba lleno de divisiones y de incertidumbres. Manifestábanse altamente los partidarios de la paz, que solo por temor y por necesidad habian aceptado la guerra. Algunas peticiones bastante vivas por otra parte contra el papismo y el poder absoluto, clamaban porque se pusiese un término á ella. Eran desoidas y se amenazaba á sus autores; pero en pos venian otras, redactadas en los condados y dirigidas á los lores que se creian mas dispuestos á recibirlas. Tampoco faltaban peticiones contrarias á estas, procedentes de los magistrados, de las municipalidades y del pueblo, todos adictos á los mas osados miembros de los comunes. Un mercader, llamado Shute, acudia todos los dias á la barra de la cámara, seguido de numerosa comitiva, y reclamando en nombre del *partido piadoso y activo* que se prosiguiese con vigor la guerra. Se le aplaudia con frecuencia, y se le daban gracias por su celo; pero cuando su lenguaje era sobrado imperioso, cuando hablaba con sobrada insolencia de los lores y de los gefes del ejército, se hacia necesario reprenderle, porque nadie osaba pensar siquiera que sin los magnates y su apoyo les fuese posible



vencer. Para dar á los amigos de la paz alguna satisfaccion aparente, se ideó hacerla pedir por la municipalidad, no al parlamento, sino al mismo rey, haciendo así pesar sobre el rey el embarazo de una respuesta que debia por precision disgustar á los ciudadanos. Con consentimiento de las cámaras, pasó el 2 enero de 1643 una diputacion de la municipalidad á Oxford. Sonrióse el rey cuando le instaron para que pasase á Lóndres, prometiéndole reprimir las asonadas: « Vosotros mismos, les dijo, no podeis ya mantener el órden », y con su respuesta despidió á los diputados, haciéndoles acompañar por un gentilhombre encargado de leerla á la municipalidad. Acudió allá gran gentío, entre ellos lord Manchester y Pym, dispuestos á rechazar en nombre del parlamento las acusaciones del rey. Al ver á esta agitada muchedumbre, medroso el comisionado del rey quiso dispensarse de leer el mensaje, alegando la debilidad de su voz; pero le fué forzoso obedecer, y aun empezar dos veces la lectura en distintas salas, para que todos la oyesen. La segunda vez se atrevieron varios realistas á hacer algunas demostraciones; mas los contuvieron unos violentos murmullos. La carta del rey era larga y llena de recriminaciones que no anunciaban deseos pacíficos. Contestaron á ella Pym y Manchester, y resonó el grito de « Viviremos y moriremos con ellos »: por algun tiempo no se habló ya de mas peticiones de paz. Nunca tuvieron mejor resultado las tentativas de los realistas, pero se renovaban sin cesar y todo lo traian agitado. Nadie pensaba todavía en oponerles aquellos escesos

de tiranía que procuran algunos momentos de poder y largos días de sinsabores. Luchando el parlamento contra este mal interior, no podia desarrollar toda su energía contra sus enemigos exteriores.

No así en los condados, donde las pasiones no encontraban obstáculo. Así era que mientras en los alrededores de Lóndres parecia amortiguarse la guerra entre el parlamento y el rey, estallaba por otra parte violenta en distintos puntos. No bien habian trascurrido algunos meses, que ya el reino estaba atestado de confederaciones guerreras y espontáneas entre pueblos y condados para defender la causa comun. Por primer paso pedian y recibian del rey ó del parlamento una comision para sus gefes, y poderes para levantar tropas, imponer tributos, y tomar todas las medidas que juzgasen necesarias al intento. Operaban en seguida aisladamente y á su placer, salvo dar cuenta de tiempo en tiempo de su situacion y de sus actos al poder que reconociesen, solicitando socorros ó instrucciones. A falta de tales ligas locales, acontecia que algunos hombres acreditados se metian por su cuenta á guerrilleros. En otros puntos, si momentáneamente dominaban disposiciones pacíficas, se manifestaban estas con no menor independenciam: en los condados de York y de Chester, ambos partidos se juzgaron casi iguales en fuerzas y mas capaces de dañarse que de vencerse, y concluyeron oficialmente un tratado de neutralidad. Casi al propio tiempo, al extremo opuesto de la Inglaterra, los condados de Devon y de Cornouailles se juraban por medio de comisionados permanecer en paz, dejando que se

combatiesen el rey y el parlamento. Ambos á dos lo tomaron muy á mal, y aun los mismos que firmaban tales pactos confiaron demasiado en sus fuerzas; pronto la lucha se empeñó tambien entre ellos. En los condados del Este, del centro y del Sudeste, mas poblados y mas ricos, dominaban los parlamentarios; en los del Norte, del Oeste y del Sudeste, la ventaja era del rey, porque la propiedad territorial estaba menos dividida, la industria era menos activa, la nobleza mas influyente, y la religion católica mas dominante. Pero en ningun punto habia un vencedor reconocido; solo el parlamento tenia la ventaja de que los condados que le eran adictos formaban al rededor de Lóndres un fuerte antemural, mientras los realistas eran menos compactos y relacionados, pudiendo rara vez obrar de concierto, y ni aun defender á Oxford, cuartel general de Cárlos, plaza situada casi aisladamente en pais enemigo.

Una guerra tal en medió del invierno, y permaneciendo inactivos los dos ejércitos principales, no podia acarrear resultados prontos y decisivos. Todo eran correrías, ocupaciones de puntos, encuentros y pequeñas ventajas que se compensaban mutuamente. Se aguerria el ciudadano, mas no por esto era mas soldado. Algunos gefes empezaban á distinguirse por su valor, su habilidad ó su fortuna; pero ninguno era todavía nacional. Por lo demas, á pesar del ardor de las pasiones, eran aun generosas y dulces las costumbres. Aunque se contase por poco con la aristocracia, y se tuviese en mucho la cámara popular, sin embargo el pais se habia levantado

solo contra la tiranía : las distintas clases de la sociedad no intentaban oprimirse mutuamente. Ambos partidos habian confiado los mandos á hombres de condicion casi igual, formados en las mismas costumbres, y capaces de comprenderse y respetarse combatiendo. Licenciosos y arrojados los caballeros, no por esto eran feroces; aun el pueblo presbiteriano, en medio de su intratable fanatismo, conservaba un respeto á las leyes y á la humanidad de que nos dan pocos ejemplos las discordias civiles. Los deudos, los vecinos, los amigos, alistados en contrarias filas, no rompian sin embargo toda relacion y se ayudaban en caso necesario; si se encontraban con las armas en la mano, se trataban cortesmente, como quien confia volver á la amistad. Regularmente se soltaba á los prisioneros bajo la simple palabra de no servir mas : y si se les dejaba en miserable situacion de desnudez, si el rey los veia desfilar delante de sí solo con un aire de fria indiferencia, lo tomaban todos á grave cargo; la brutalidad, muchas veces cruel, del príncipe Roberto causaba tanta sorpresa y escándalo, que la misma muchedumbre hablaba de él con aversion y horror como de un torpe extranjero. De este modo la guerra, animada en todas partes, era sin embargo exenta de esos furores que la constituyen bárbara. Ambos partidos se entregaban á ella con franqueza, y como si temiesen darse golpes demasiado duros : diariamente se ensayaban en refriegas por todo el reino, y sin embargo la inaccion era la misma, y el rey y el parlamento perdian el tiempo en pequeños debates é inútiles negociaciones.

Sin embargo, la llegada de la reina á mediados de febrero dió impulso á los negocios. Desde mas de un año que permaneció en Holanda habia dado muestras de una actividad poco comun para procurarse socorros. El partido aristocrático dominaba entonces en aquel pais, y el estatúder su nuero la secundaba con todo su poder. Confiada y osada cuando no turbaba su imaginacion un peligro inminente, graciosa y seductora cuando le convenia, supo grangearse el favor de ese pueblo republicano y reservado. En vano el parlamento envió á la Haya un embajador para mencionar los servicios que la nacion inglesa habia prestado á la libertad de las Provincias-Unidas, y para reclamar cuando menos una exacta neutralidad. El enviado esperó por mucho tiempo una audiencia, y solo obtuvo unas declaraciones equívocas; el pueblo le dió claras pruebas de encono, y la reina continuó los preparativos para su partida. Dieron la vela en pos de ella cuatro buques cargados de municiones, armas, oficiales, y aun soldados; el almirante Batten, á quien el parlamento habia mandado que interceptase el convoy, no le alcanzó hasta que desembarcaba ya en Burlington. Batten disparó muchos cañonazos contra la plaza, algunas balas cayeron hasta en el aposento mismo donde dormia la reina. Levantóse y huyó apresuradamente al campo, y dicen que permaneció muchas horas oculta debajo de un banco. Pronto no se habló de otra cosa en la comarca que de su valor y sus peligros; lord Newcastle vino en su busca con un cuerpo de tropas para conducirla á York; la rodeaban los gentilhombres con transporte, indignándos-

se contra el traidor Batten que dirigió á sabiendas los tiros contra la casa que ella habitaba; los católicos corrian á servir bajo sus órdenes, en vano esta infraccion de las leyes del reino fué vivamente denunciada al rey y al parlamento; en vano para intimidar á Newcastle dieron á las tropas el nombre de *ejército de papistas y de la reina*; autorizado formalmente el lord por el mismo rey, despreció estas quejas y guardó sus nuevos reclutas. Pronto se vió al frente de fuerzas considerables. La reina continuaba á residir en York, dándose menos priesa por ir en busca de su marido que por ejercer sola el mando y presidir á todos los proyectos que ya se agitaban en su corte. Hamilton y Montrose vinieron de Escocia para tratar de los medios de empeñar á este reino en la causa real; el primero, siempre conciliador y prudente, sostenia que á pesar de la influencia contraria del marqués de Argile era posible ganarse el parlamento escocés; el segundo, presuntuoso y osado, queria que desembarcase en Escocia un cuerpo de irlandeses mandado por el conde de Antrimde, señor poderoso del norte de Irlanda, que habia venido á York para ofrecer sus servicios. Ademas aconsejaba un levantamiento de los montañeses y la matanza de todos los gefes presbiterianos, ofreciéndose como ejecutor. La reina lo escuchaba todo, mas avenida con lo mas osado, pero deseosa de recibir á todos con agrado. Al propio tiempo tramaba mayores intrigas con los gefes parlamentarios que empezaban ya á declinar de su entusiasmo; sir Hugo Cholmondley, gobernador de Scarborough, que un mes antes habia batido un

cuerpo de realistas , prometia ahora entregarle la plaza ; el mismo sir John Hotham casi estaba decidido ya á abrir las puertas de Hull, que se habia negado á abrir al rey antes de que estallase la guerra. En todo el norte por fin estaban los realistas llenos de ardor y de esperanza , mientras los parlamentarios, inquietos y recelosos , escribian sin cesar á Lóndres, pidiendo consejos y socorros.

Turbóse el mismo parlamento ; al comenzar la guerra se habia prometido un pronto resultado , pero lo crecido de los nuevos tributos escitaba ya murmullos , y aun en la misma cámara , no obstante la ausencia de los miembros amigos de la paz , salian cada dia numerosos partidarios de ella. No estaban rotas enteramente las negociaciones , y se propuso emprenderlas de nuevo , y licenciar en prueba de buena fe ambos ejércitos al empezarlas : sir Benjamin Rudyard apoyó la mocion. « Por mucho tiempo , dijo , he temido que circulase entre vosotros la copa del terror que tanto ha traído agitada á la Europa , vedla aquí ya en toda su amargura : ¡ Dios nos preserve de beberla hasta las heces !. Una esperanza nos queda , y es que nuestras miserias no pueden ser muy duraderas , porque nuestro suelo no es como el de la Alemania donde siempre quedan campos para sembrar aun en el horror de la guerra. Rodeados de mar , nuestra situacion es de todo punto diferente. Se ha dicho en esta cámara que debíamos en conciencia castigar la efusion de sangre inocente : pero , ¿ quién responderá de toda la sangre inocente que se derrama si no nos encaminamos á la paz por medio de un pronto tratado ?

Se ha hablado de confianza en Dios : ciertamente que tanta confianza podemos poner en él tocante á un tratado como á una guerra. De él procede la sabiduría para negociar, como el denuedo para combatir, y la ventaja en las negociaciones como en las batallas. La sangre es un delito que clama venganza, y mancha todo un país : apresurémonos á dar fin á la efusion de sangre.» La mocion fué desechada, pero solo por una mayoría de tres votos : muchos eran los que repetian las palabras de Rudyart. Se estremecian los gefes de los comunes, viéndose así instigados á solicitar una paz imposible ó en todo caso fatal. Sin embargo, cedieron, porque pocos estaban enardecidos hasta el punto de aceptar la responsabilidad de tantos males : así fué que el 20 de marzo, despues de algunas negociaciones preliminares, partieron cinco comisionados para Oxford encargados de lograr una suspension de hostilidades, y despues un tratado.

Recibiólos atentamente el rey; el conde de Northumberland, presidente de la comision, dió muestras de la mayor magnificencia; llevó consigo su vajilla y sus domésticos; traíanle provisiones de Londres; pasaban á verle los realistas, y comian con él: hasta el rey se dignó aceptar de él para su mesa algunos presentes. Entre los compañeros del conde, simples miembros de los comunes, gustaba á algunos este brillo. Pero, en cuanto se trató de negociar, fueron inútiles tan brillantes demostraciones: ni el rey ni el parlamento podian aceptar sus mutuas condiciones, puesto que ya antes de la guerra habian sido desechadas, por dejar solo á un parti-



do dueño del campo y dominante. Cierta tarde, se lisonjearon los parlamentarios que al fin habían obtenido del rey alguna concesión tocante á la milicia: después de una larga conferencia pareció que cedía, y quedaron en que al día siguiente les daría por escrito la respuesta. Grande fué su sorpresa al ver que era otra de la convenida, y supieron que en ausencia de sus ministros le habían hecho mudar de parecer los paniaguados de la reina. « Si al menos el rey, dijo uno de los comisionados, quisiese mostrarse benévolo con algunos magnates parlamentarios, su influjo le serviría. » Pero Carlos, arrogante con sus cortesanos como con su pueblo, sufría apenas que le hablasen de restituir al conde de Northumberland al honor de gran almirante; de modo que las intrigas sobre intereses personales fueron enteramente vanas. El rey, ni más ni menos que los gefes de los comunes, no estaba por la paz; había prometido á la reina que no la haría sin su consentimiento, y ella le escribía desde York indignada de que se hubiesen entablado negociaciones, y declarando que abandonaría la Inglaterra si no obtenía oficialmente una guardia para su seguridad. Una petición de los oficiales que estaban de guarnición en Oxford, provocada secretamente por el mismo Carlos, se opuso á la suspensión de hostilidades. En vano algunos de los comisionados se esforzaron en darle espanto con el porvenir; en vano también propusieron su mediación otros comisionados venidos de Escocia para solicitar la convocación de un parlamento: lo desoyó como una injuria, les prohibió que se mezclasen en negocios de la Inglaterra,

y dió en fin por respuesta á los negociadores la promesa de volver junto al parlamento si este queria transportar su residencia á veinte millas cuando menos de Lóndres. Sabido este mensaje, llamaron las cámaras á sus comisionados, con órden tan perentoria, que se creyeron obligados á partir el mismo dia, aunque era ya tarde y no estaban aprontados sus coches.

Su conducta en Oxford, y sobre todo sus relaciones familiares con el rey y con la corte, habian inspirado suma desconfianza á los partidarios de la guerra. Lord Northumberland supo de vuelta que una de las cartas que escribia á su muger habia sido abierta por Enrique Martyn, miembro de la junta de seguridad, conocido solo por sus violentas ideas, y por su fuga de Reading al acercarse los realistas. Ningun magnate era mas idólatra de su dignidad que el conde, ni estaba mas acostumbrado á la deferencia de sus conciudadanos. Fué en busca de Martyn, y le pidió cuenta de tal ultraje, y como aquel con tono burlesco sostuviese haber obrado bien, le sacudió el conde con su baston delante de muchos testigos. Llevada la querrela á las cámaras, se ocuparon de ella con embarazo los comunes, y con orgullo los lores: se habia llegado á un punto, que todo fomentaba las disensiones, y nadie sin embargo queria que estallasen. Adelantábase la primavera, y bien se desease ó se temiese la paz, se debia con todo atender á la guerra. El mismo dia que volvieron á Lóndres los comisionados, Essex abrió de nuevo la campaña. Aconsejábale Hampden que cayese repentinamente sobre Oxford para sitiar al rey

y apoderarse de su persona. Este plan se temió en Oxford mismo, de modo que se trató de pasar al norte á reunirse con la reina y lord Newcastle. Pero Essex, desconfiando aun de sus fuerzas, ó inquieto por el resultado, siguió entre aquella ciudad y Londres, contentándose con sitiar á Reading, plaza indispensable á su parecer para la seguridad del parlamento.

Reading se rindió en diez dias; Hampden insistió en pedir el sitio de Oxford, pero se negó tambien Essex. No le impelia ciertamente la traicion ni el miedo, pero hacia melancólicamente la guerra, y no contaba con la popularidad para dejar sus previsiones á un lado. Aun antes que se abriese esta campaña se habia manifestado en los comunes algun encono contra él, sobre todo en la junta de seguridad, verdadero foco de partido. Los mas osados habian preguntado si seria posible reemplazarle, y dicen que se habia pronunciado el nombre de Hampden. Este era harto avisado para dar cabida á la idea sola de un poder á que no se consideraba llamado: de todos modos, solo como simple coronel habia servido bajo las órdenes de Essex. Otros habia que desde el origen de la guerra, durante el invierno sobre todo, habian adquirido una gloria mas independiente. En el Norte, Fairfax y su padre, á pesar de la superioridad de lord Newcastle, le disputaban todos los dias con la mayor osadía la dominacion del pais. A la cabeza de las confederaciones de los condados del Este, no habia ciertamente lord Manchester tenido que combatir numerosas bandas realistas, pero habia procurado grandes socorros á los

parlamentarios del Norte y del centro : estaban prontas á seguirle milicias bien organizadas, y le hacian apreciar de aquellos habitantes sus modales, su franqueza, su liberalidad y su dulzura. En los condados, famoso ya el coronel Cromwell por sus golpes de mano tan felices como bien concebidos, ejercia por otra parte sobre los hombres resueltos de exaltada piedad y de condicion acomodada á la vez y obscura, una influencia tras de la que asomaba un grande genio y poder. Al Sur y al Oeste en fin, muchos cuerpos realistas dispersados, y siete plazas ganadas en tres meses, habian valido á sir William Waller el renombre de Guillermo el conquistador. No le faltan pues, se decia, al parlamento generales insignes, y si lord Essex rehusaba vencer, fácilmente se le encontraria un sucesor.

Ninguna proposicion, ninguna insinuacion pública siquiera apoyó tan amargos discursos. No era Essex un simple oficial al servicio de un partido descontento ; con él estaban íntimamente enlazados los magnates empeñados en la guerra, los hombres moderados que deseaban la paz, y los mas ilustrados presbiterianos que empezaban á temer ya de otros sectarios mas osados. El mismo Hampden y los gefes del partido político, si bien instaban al conde á que operase con mas vigor, no por esto intentaban separarse de él. Con esto no estalló la discordia ; pero, sin embargo que oculta, dominaba ya, y Essex no tardó en sentir su influencia. Los que debian contemporizar con él, casi le hacian ya la guerra, y sus defensores creian haber hecho bastante ya con sostenerle, y no le secundaban. Al cabo de un mes

tuvo que quejarse del mal estado de su ejército; sueldo, víveres y vestuario, todo le faltaba, los padecimientos y las enfermedades diezaban á los soldados, en otro tiempo tan bien cuidados por la capital. Daba cuenta de sus necesidades á las distintas juntas encargadas de llenarlas; pero todas las medidas ejecutivas habian sido encargadas á sus contrarios, de cuya eleccion eran tambien los empleados subalternos, y por lo mismo quedaban sin efecto todas las reclamaciones del general. Nada parecia mudado al empezar la segunda campaña, y sin embargo, el partido que habia quitado el poder al monarca, sentia ya que se le escapaba de entre manos: otro partido nuevo, que debia aun guardar silencio, era bastante fuerte para reducir á la impotencia á todo el ejército del parlamento, y bastante exaltado para arriesgarlo todo, dando esta ventaja al comun enemigo.

Al propio tiempo nuevas pasiones engendraban por decirlo así un nuevo ejército. En las escaramuzas, que á pesar de las lentas negociaciones de Oxford y Lóndres se renovaban diariamente, habian llevado siempre la peor parte los parlamentarios desde la accion de Brentford. La caballería real sobre todo llenaba á la suya de espanto, y esta arma era tenida en mucho, como en los tiempos feudales. Hampden y Cromwell, conversaban un dia sobre esta inferioridad de su partido: «¿Qué quereis que sea? dijo Cromwell, la mayor parte de vuestros ginetes son gente comun, cuando los suyos son cadetes é hijos de gentilhombres. ¿Creeis que esos hombres de baja esfera sean capaces de hacer frente á aque-

llos nobles llenos de energía y honor? Sé que no tomaréis á mal lo que os digo: es preciso buscar hombres animados de un espíritu capaz de seguir la senda de los nobles; de otro modo saldréis arrollados.—Tenéis razon, dijo Hampden; pero esto no es posible.—Algo puedo adelantar en esto, y lo haré buscando hombres que tengan á la vista un temor de Dios y una conciencia; os respondo que no saldrán vencidos.» Recorrió en efectó los condados del Este, reclutando jóvenes la mayor parte conocidos suyos, propietarios ó hijos de tales, que no necesitaban sueldo ni deseaban la ociosidad, todos altivos fanáticos, empeñados por conciencia en la guerra, y que servían á Cromwell por confianza: «No os quiero engañar, les dijo, ni daros á entender que vais á combatir por el rey y el parlamento como lo cacarea la comision que llevo; si el rey se encontrase delante de mí, le dispararia como á cualquier otro: si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio.» La mayor parte no titubeaban; les era prohibido desde entonces todo pasatiempo; se les obligaba á observar la mas exacta disciplina, á cuidar bien sus caballos, á limpiar lustrosamente sus armas, y á dormir muchas veces al sereno. Su gefe queria ademas que de los ejercicios militares pasasen á los piadosos, para que la energía del fanatismo se hermanase en su mente con la puntualidad del soldado. Al abrirse la campaña, marchaban bajo las órdenes de Cromwell catorce escuadrones de tales voluntarios, que formaban en masa un cuerpo de unos mil hombres.

Transcurrió un mes casi sin ningun accidente. La

toma de Reading , de tan poco efecto en Lóndres, le causó grande en Oxford , donde deliberó el rey sobre su fuga. Trabado el parlamento con sus disensiones se ocupaba de ellas mas que de sus enemigos. Ora procuraba dar satisfaccion á todos sus adherentes , así exaltados como moderados , políticos y devotos ; ora quedaban sin efecto y como abandonadas de comun acuerdo unas resoluciones decisivas, costosamente alcanzadas por algun partido. Desde mucho tiempo reclamaban los presbiterianos , y se les habia prometido una asamblea de teólogos para reformar al cabo la iglesia : se convocó en efecto; pero habiendo nombrado el parlamento sus ciento veinte y un miembros , y unídoseles además con los honores de la sesion treinta láicos, diez lores y veinte miembros de los comunes. Entre aquellos habia muchos eclesiásticos de opiniones encontradas ; y el todo de la asamblea, desprovisto de autoridad como de independenciam , solo tuvo por mision dar consejos acerca de las cuestiones que alguna de las cámaras ó las dos tuviesen á bien someter á su exámen. Intentóse una acusacion de alta traicion contra la reina , y nadie se opuso ; pero , en quanto la hubo pasado Pym á la cámara alta , ya no se habló mas de ella. La falta del gran sello embarazaba todos los dias la administracion de la justicia, y muchos negocios públicos y privados. Para poner fin á tales inconvenientes , y sobre todo para apropiarse todos los atributos legales de la soberanía , mandaron los comunes que se dispusiese un nuevo sello ; pero los lores se opusieron á ello , mas tímidos en usurpar las señales del poder soberano que en ejercerle sin

este requisito : los de la cámara baja juzgaron prudente sofocar la instancia. Algunas veces los partidos , votando juntos con intenciones distintas , formaban una falsa y esteril unanimidad ; otras , iguales los dos en fuerzas , se reducian recíprocamente á la impotencia , y parecian esperar que un acontecimiento exterior los obligase á unirse ó á separarse para siempre.

El 31 de mayo , dia de ayuno , ambas cámaras asistian al sermón en la iglesia de Santa Margarita en Westminster ; entregan un billete á Pym , y este se levanta ; empuñase al oido y en voz baja una conversacion animada en torno suyo , y sin aguardar á que concluya la plática , sale precipitadamente con sus colegas principales , dejando á los circunstantes en una turbacion igual á su ignorancia y á su curiosidad.

Concluido el sermón se reunieron las cámaras , y el público supo que acababa de descubrirse una gran conspiracion en que se decia que habian tomado parte muchos lores , muchos ciudadanos y miembros de los comunes : se proponian armar á los realistas , apoderarse de la torre , de los almacenes y principales puntos , arrestar á los gefes del parlamento , é introducir por fin en Lóndres á las tropas de Cárlos. El actual dia 31 era el señalado para la ejecucion. Por lo demas , todo iba á descubrirse muy en breve , pues acababa de nombrarse una junta para ello , y se hablaba ya de muchas personas que habian sido presas.

Fuéronlo en efecto durante la noche y el dia siguiente Waller , miembro de los comunes y poeta



célebre , Tompkins su cuñado , en otro tiempo doméstico de la reina , Challoner , rico ciudadano , y muchos otros. En los interrogatorios confesaron , mas ó menos detalladamente , una conspiracion muy real , si bien todos los conjurados no sabian enteramente los planes que se querian llevar á efecto. Unos anhelaban solo negarse al pago de los tributos para obligar al parlamento á que recurriese á la paz ; otros querian presentar á las cámaras gran número de peticiones pacíficas ; algunos habian asistido simplemente á varias reuniones ó concurrido á la formacion de listas en que se continuaban los nombres de todos los ciudadanos conocidos , distribuyéndolos en tres clases , los *avisados* , los *moderados* y los *enemigos*. Pero al través de tantos actos de desigual importancia y de distintos motivos , se habia ido agravando cada dia mas la conspiracion. Recordóse entonces que unos tres meses antes , en una de las negociaciones tantas veces emprendidas , Waller era uno de los comisionados enviados á Oxford , y que el dia de su presentacion al rey , viéndole este en último lugar , le recibió con gracia particular , diciéndole : « Waller , sin embargo de que sois el último , no por esto sois el peor ni el que menos aprecio. » Desde esta época habia tenido lugar una continua correspondencia con Oxford , de que eran principales agentes varios negociantes realistas que habian huido de Lóndres para sustraerse á las persecuciones de las cámaras. Uno de ellos , nombrado Hall , moraba secretamente en Beaconsfield , con encargo de transmitir los mensajes ; lady Aubigny , á quien el parlamento habia permitido que pasase á Oxford

para sus negocios , habia traído en un pequeño cofre una comision del rey , en que se autorizaba á algunos de los conjurados para buscar soldados y fondos en su nombre. Recientemente se habia dado á Hall el mensaje de que « el gran buque se iba á echar al agua » es decir , que todo estaba pronto: dió de ello aviso á lord Falkland , quien habia contestado : « Dense prisa , pues , porque la guerra se hace cada dia mas difícil de contener. »

Bastante era esto para conocimiento de los comunes , pero pudieron todavía saber mas. Sobrecogido Waller del deseo de conservar su vida , queria hacerlo á toda costa : dinero , concesiones , denuncias , todo lo prodigaba , dirigiéndose á los mas oscuros como á los mas poderosos protectores , y suplicando á todos los fanáticos acreditados que pasasen á escuchar su humilde arrepentimiento , dispuesto á exagerar la gravedad del complot , al modo que tal vez en Oxford habia tambien exagerado el número de conspiradores realistas. Los lores Portland y Conway habian recibido de él algunas confidencias ; poco tardó en denunciarlos , y aun comprometió con sus respuestas al mismo conde de Northumberland y á muchos otros. Si bien muy pocos se hubiesen adelantado á actos legalmente culpables , muchos sin embargo habian conocido y aprobado lo que se preparaba. Pero el parlamento , con valor muy cuerdo , no quiso abusar contra sus enemigos ni de su imprudencia ni de la bajeza de un cómplice , antes juzgó que para su seguridad le bastaba la justicia. Unicamente siete individuos fueron entregados á un consejo de guerra , y de cinco

que salieron condenados, solo Challoner y Tompkins sufrieron la pena. Ambos murieron denodadamente, mas no creyéndose mártires, antes al contrario dando á entender con la mas penetrante franqueza que dudaban de la justicia de su causa. « He rogado á Dios, dijo el primero al subir al cadalso, que si nuestro plan no debia contribuir á su gloria nos lo diese á conocer; y me ha escuchado. — Me alegro, dijo el segundo, que se haya descubierto la trama, porque hubiera podido tener fatales resultados. » Tocante á Waller, se le perdonó la vida en gracia de sus confesiones, por el crédito de algunos de sus deudos, Cromwell su primo entre ellos, y tal vez por aquella consideracion que siempre se merece el talento, aun cuando solo ilustra á la cobardía.

Durante algunos dias se lisonjearon los comunes de que el descubrimiento y el castigo de esta conspiracion llevaria el espanto á Oxford, intimidaria en Lóndres á los realistas, suspenderia las disensiones de las cámaras, y los sacaria por último de los embarazos en que se consumia sin fruto su energía. Mas pronto se desvanecieron estas esperanzas: no bien habian acabado de resonar en los templos las acciones de gracias, todavía se recibia el nuevo juramento de union decretado en los momentos de peligro, cuando el parlamento se vió en lo exterior hecho blanco de los descabros, y en lo interior de los mas violentos debates.

No se habia apesadumbrado mucho el rey por el mal éxito de la conspiracion; casi al propio tiempo le habia llegado la noticia de que en el Sur, en el Oeste y en el Norte, habian alcanzado sus generales

notables ventajas ; y ciertamente apreciaba en mas triunfar por el denuedo de sus caballeros , que por medio de secretas composiciones con los ciudadanos. El 19 de junio , un inesperado acontecimiento pareció abrirle el camino de la capital y del parlamento. En la llanura de Chalgrave, á algunas leguas de Oxford , se esparció la voz de que con una carga de caballería habia el príncipe Roberto sorprendido y arrollado á los parlamentarios , y que Hampden habia sido herido : « Acabo de verle , dijo un prisionero , retirarse del campo de batalla contra su costumbre antes de concluirse la refriega , su cabeza estaba caída , y sus manos se apoyaban en el cuello del caballo : seguramente iba herido de gravedad. » La noticia escitó en Oxford una viva emocion , mas de curiosidad que de júbilo ; con dificultad se creia que pudiese sucumbir tan de improviso un hombre como él : casi titubeaba uno en dar muestras de regocijo. El mismo rey no pensó en los primeros momentos mas que en aprovechar la coyuntura para probar una conciliacion con tan poderoso enemigo, que tanto le habia dañado , pero que en sentir comun podia repararlo todo. Encontrábase en Oxford el doctor Giles , paisano de Hampden , con quien habia conservado relaciones familiares : « Indagad noticias del herido , le dijo el rey ; si le faltan cirujanos , ahí está el mio. — Señor , respondió el doctor , no soy muy á propósito para esto ; cuantas veces he pedido algo á Hampden , le he parecido ave de mal agüero ; le rogué cierto dia que hiciese perseguir á unos bandidos que me habian robado , y cuando entraba en su casa mi mensajero supo la

muerte de su hijo mayor ; otra vez solicité así mismo su intervencion , y le dijeron al propio tiempo que acababa de morir su amada hija, mistress Knightley. Nuestras relaciones no han sido pues para él de feliz auspicio. » Sin embargo , pasó el doctor á cumplir la comision real. Pero el 24 de junio , su mensajero encontró á Hampden moribundo : dos balas le habian atravesado la espalda , y hacia seis dias que estaba sufriendo los mas agudos dolores. Se le dijo sin embargo que deseaban verle , y le informaron con que objeto : al instante dió muestras de la mayor agitacion ; se creyó que hacia esfuerzos para hablar , pero no pudo , y murió pocos momentos despues. En cuanto lo supo , se alegró de ello Cárlos mucho mas que si hubiese sabido que estaba dispuesto á una transaccion : de entonces mas ya no se habló de Hampden en la corte de Oxford sino para recordar sus ofensas, ó para notar con aire de triunfo que habia muerto en el mismo condado, cerca del paraje donde antes que en ningun otro punto se habia puesto en ejecucion el decreto del parlamento sobre la milicia y el levantamiento de tropas contra el rey.

En cambio se dió en Lóndres y en casi todo el reino pruebas del mas profundo dolor. Ningun hombre habia jamás inspirado tanta confianza á un pueblo ; todos cuantos eran adictos mas ó menos al partido nacional contaban con Hampden , los moderados confiaban en su sabiduría , los exaltados en su celo patriótico , los justos en su rectitud , y los intrigantes en su habilidad. Prudente y reservado al tiempo que dispuesto á arrostrar los peligros , no

habia aun dado lugar á ninguna desconfianza , poseia todos los afectos , y dejaba repentinamente un vacío á todas las esperanzas. Suerte milagrosa que fijó para siempre su nombre en la altura á que le habia subido el anhelo de sus contemporáneos , y salvó tal vez su virtud como su gloria de los escollos contra los que acostumbran á estrellarse los mas nobles favoritos de las revoluciones.

Su muerte fué como la señal de los desastres del parlamento , que se sucedieron sin interrupcion durante el transcurso de dos meses , agravando de dia en dia el mal todavía oculto que los motivaba. Los enemigos de Essex , haciendo que todo faltase á su ejército , habian sin razon contado con los triunfos de sus rivales. Interin el general en gefe y el consejo de guerra que residia junto á él enviaban en vano correos sobre correos para pedir dinero , vestidos , municiones y armas , se supo que en el norte acababa de ser batido Fairfax , que sir John Hotham iba á entregar á la reina la plaza de Hull , que lord Willoughby no podia defender ya contra lord Newcastle el condado de Lincoln , y que de este modo la confederacion de los condados del Este , antemural del parlamento , quedaba abierta al enemigo. Peor iban los negocios al Sudoeste : en una semana perdió sir William Waller dos batallas ; los paisanos de Cornouailles , descendientes de los antiguos Bretones , dispersaban en todos los encuentros á los reclutas del parlamento ; se les vió en Landsdown tomar despues de haber pedido modestamente permiso , una batería que se creia inaccesible , y quince dias despues , bajo las murallas de Bristol , subie-

ron al asalto con la misma osadía. En este condado no se habían traspasado las propiedades, de modo que desde muchos siglos vivían en ellas los mismos gentilhombres rodeados de las mismas familias de los colonos: piadoso y sencillo el pueblo, poco amigo de innovaciones y dócil sin temor á la influencia de la nobleza, sentía por ella y por sus costumbres el mismo entusiasmo que los mas exaltados parlamentarios por sus opiniones y derechos. Por otra parte, entre ellos y los condados cercanos, contaba el rey algunos de sus mas sabios defensores; el marqués de Hertford, cuñado de Essex, quien por mucho tiempo habia vivido retirado en sus tierras por tedio á la corte; sir Bevil Greenville, el mas popular de sus gentilhombres de Cornouailles, y sobre todo sir Ralph Hopton, hombre de bien á par que valiente oficial, que no pedia favores á la corte, que reprimía severamente el pillaje, protegía á las poblaciones, y creía llenar sus deberes de fiel súbdito ofreciendo el corazón de un buen ciudadano. El mérito de tales gefes, y el denuedo de semejantes soldados, llenó de terror á Waller y á su gente: no cuidó de mantener la disciplina en sus tropas, y así es que desertaban á bandadas. Los mismos comisionados que enviaba el parlamento para escitar el celo del pueblo, se sentían poseídos de igual pavor y le comunicaban. Cierta dia, al enseñar los magistrados de Dorchester las fortificaciones de su población á Strode, pidiéndole su parecer, les dijo: « Todo esto no contendría por una hora á los caballeros: para ellos es un juego escalar murallas de veinte pies de alto. » Dorchester se rindió á

la primera intima ; Weymouth , Portland , Barnstable y Bediford siguieron su ejemplo ; lo propio habian hecho ya Taunton , Bridgewater y Bath ; Bristol , segunda poblacion del reino , cedió al primer asalto por la cobardía de su gobernador Nathaniel Fiennes , que no obstante era uno de los gefes del mas violento partido. Todos los dias llegaban á Londres noticias de algun descalabro ; en Oxford por el contrario crecia la fuerza con la confianza ; la reina se habia al cabo reunido al rey , llevándole artillería y un refuerzo de tres mil hombres : su primera entrevista tuvo lugar en la llanura de Keynton , sobre el mismo terreno , donde el año anterior se habian combatido por primera vez ambos partidos. El mismo dia , y á la misma hora , Wilmot y Hopton alcanzaban en Roundway-Down la mas brillante victoria contra los parlamentarios. Carlos y su esposa entraron á Oxford en triunfo ; y Waller, que al partir para el ejército habia dado orden á todos los constables de que estuviesen preparados para recibir sus prisioneros , volvió á Londres sin soldados.

Essex , siempre inmóvil , y achacando su inaccion á los mismos que se la echaban en cara , era espectador de tales derrotas sin experimentarlas ni prevenirlas. Escribió por fin á la cámara alta : « Pienso que será conveniente pedir al rey la paz , garantizando la religion , las leyes y las libertades de los súbditos , como tambien el castigo de los principales delincuentes que han acarreado al reino tantos males. Si este paso no nos procura un tratado , será , segun creo , preciso suplicar á S. M. que se aleje de esta escena de carnicería , y entonces en un dia ,



ambos ejércitos pondrán fin á la querella.» Algunos dias antes hubiera sido bien recibida esta carta; al rumor de los primeros reveses, habian los lores protestado solemnemente su fidelidad al rey, y redactado nuevas proposiciones de paz; los comunes por el contrario, mas indignados que abatidos, habian intimado á la cámara alta que adoptase en fin su resolucion tocante al gran sello, y en vista de su negativa, de su sola autoridad mandaron grabar uno, que llevaba de una parte las armas de Inglaterra y de Irlanda, y de otra la representacion de los comunes en sesion á Westminster, sin asomo de signo alguno que recordase á los lores. En tal punto de discordia, seguramente habrian secundado estos las miras pacíficas del general; pero, por aquel tiempo, envanecido el rey con sus ventajas, declaró oficialmente que los individuos reunidos en Westminster no formaban ya dos cámaras verdaderas; que la ausencia de tantos miembros, y la falta de libertad en sus deliberaciones las habia hecho perder toda su existencia legal; que en adelante no las daria el nombre de parlamento, y en fin, que prohibia á sus súbditos obedecer á ese conjunto de traidores y sediciosos. Una reprobacion tan general y violenta restableció prontamente la union entre las dos cámaras: el 5 de julio decretaron de mancomun que se enviarian comisionados á sus hermanos los Escoceses para pedir que enviasen un ejército al socorro de los protestantes de Inglaterra amenazados de caer bajo el yugo de los papistas. Así fué que cuando recibieron los lores la carta de Essex, votaron que no enviarian al rey peticiones ni proposi-

ciones de paz hasta que hubiese revocado la proclama en que decia que las dos cámaras no formaban ya un parlamento libre y legal.

No insistió Essex: honrado y sincero, creyó cumplir con un deber aconsejando la paz; por lo demas, respetaba á las cámaras, y sin embargo de haberlas dado un consejo, estaba pronto á cumplir sus órdenes. Por unos dias pareció reinar en Lóndres la mayor armonía entre los partidos: todos se reunieron para colmar á Essex de pruebas de aprecio; pronto recibió municiones y refuerzos: al mismo tiempo Waller, á pesar de sus desgracias, recibió mercedes por su valor, como hombre que podia aun ser útil. Se ordenó la formacion de un nuevo ejército en los condados del Este, al mando de lord Manchester, y dándole por segundo á Cromwell-Hotham, á quien los comunes habian prevenido á tiempo arrestándole en Hull antes que hubiese podido entregar la plaza, y esperaba en la torre su castigo: le sucedió en el mando lord Fairfax. De los comisionados que debian partir para Escocia, los dos fueron nombrados por los lores y los cuatro por los comunes, y se les invitó á apresurar su marcha. La mayor parte de los miembros de la asamblea de teólogos dejaron así mismo la capital para ir cada uno á su parroquia á calmar las inquietudes del pueblo y escitarle á nuevos esfuerzos. Diariamente, en alguno de los templos de Lóndres, delante de un numeroso concurso de madres, hijos y hermanas, se celebraban ceremonias especiales para invocar la proteccion de Dios sobre todos cuantos se dedicaban á la defensa de su patria y de su

fe: y al amanecer, al redoble del tambor, muchos ciudadanos, hombres y mugeres, ricos y pobres, salian en bandas para trabajar en las fortificaciones. Jamás, así en las cámaras como entre el pueblo, se había desarrollado tan prudente y concertadamente tamaña energía.

Pero el peligro era mayor cada dia, pues las ventajas del rey continuaban en todas partes. A pesar del entusiasmo público muchos rehusaban comprometerse mas por el parlamento. Lord Grey de Wark, uno de los comisionados, elegido por la cámara alta para pasar á Escocia, no aceptó el encargo; los lores le enviaron á la torre, mas no por esto dejó de escusarse tambien el conde de Rutland, que debia acompañarle: este último alegó al menos falta de salud. Forzoso les fué á los comisionados de los comunes partir solos, y aun por mar, pues los caminos del norte no eran seguros, ni Fairfax bastante fuerte para hacerlos escoltar: veinte dias duró su travesía. Entretanto, mejor aconsejado el rey, publicó una proclama mas suave, y con la esperanza renació tambien el deseo de la paz. El 4 de agosto, sobre la mocion del conde de Northumberland, adoptaron los lores varias proposiciones dirigidas al rey, las mas moderadas de que hasta entonces se habia hablado: se prescribia por ellas el pronto licenciamiento de los ejércitos, se llamaban á residir en las cámaras á los miembros que se habian alejado para servir al rey, y se dejaban además por decidir las cuestiones de la milicia y de la iglesia, la una á merced del sínodo, y la otra á voluntad del parlamento. Al dia siguiente las pasaron á

los comunes, declarándoles con tono sobrado arrogante que era ya tiempo de poner término á las calamidades del pais (1). Sorprendido el partido de la guerra por tan repentino ataque, insistió en vano sobre el peligro de perder con la precipitacion el fruto de tantos esfuerzos y males ya sufridos, y en vano pidió que se esperase al menos la respuesta de Escocia. «Se murmura, les respondieron, por haberse interrumpido las negociaciones de Oxford; bien es verdad que el pueblo bajo de Lóndres parece dispuesto á continuar la guerra, pero es evidente que los ciudadanos ricos y notables no la quieren, puesto que se niegan á nuevos empréstitos para sostenerla. ¿Qué mal hay por otra parte en dirigir al rey proposiciones razonables? Si las acepta, tendrémos paz; si las rehusa, su negativa nos valdrá mas soldados y dinero de los que en vano pediriais con decretos.» Por una mayoría de noventa y cuatro votos contra sesenta y cinco se tomaron en consideracion las proposiciones de los lores.

Estalló en el partido una turbacion violenta; la paz de esta suerte demandada en medio de los reverses, no era una transaccion, era una derrota; dejaba todos los intereses públicos y privados hechos blanco de los mas vivos temores, y desvanecia las esperanzas de los patriotas que deseaban mas amplia reforma, y las de los ambiciosos que querian

---

(1) 5 agosto 1543. «Señores, dijo el presidente, es evidente para todos que tras tantos horrores este reino, que tiene tantos elementos de prosperidad, va á verse desolado enteramente; y los mismos que debian velar por su prosperidad le ponen en peligro con sus disensiones.

una revolución: se determinó probarlo todo para desecharla. El 6 de agosto por la tarde, sin atender á que fuese domingo, Benington, lord corregidor, á quien habia escludido el rey de toda amnistía, convocó la municipalidad, y al dia siguiente una petición fulminante intimó á los comunes que desechasen las proposiciones de los lores, y que adoptasen un decreto que el mismo mensajero presentaria por modelo. Una muchedumbre inmensa, avisada por medio de pequeños folletos esparcidos la víspera, apoyaba la petición con sus clamores. Habiendo llegado los lores á Westminster al través del tropel, se quejaron inmediatamente á los comunes, declarando que suspenderian sus sesiones hasta tanto que se hubiese hecho justicia sobre tamaños atentados. Pero los comunes habian puesto ya á discusion las proposiciones de paz, y despues de un largo debate todavía fueron aprobadas por 81 votos contra 79. El desorden fué estraordinario: de afuera esclamaba el pueblo que no se retiraria sin que se le diese una buena respuesta; en lo interior los enemigos de la paz reclamaban violentamente por un nuevo escrutinio, sosteniendo que se habian engañado, y que no se les burlaria de este modo. Fué preciso ceder: 81 votos persistieron en la paz; pero los escrutadores que contaban los de la negativa declararon 89, y los partidarios de la paz salieron consternados.

A los dos dias, 9 de agosto, buscaron un desquite. Desde el amanecer se formó al rededor de Westminster una reunion de dos ó tres mil mugeres, que llevaban sobre su cabeza pañuelos blancos,

símbolo de paz, y la pedían en efecto por medio de una petición lastimosa. Sir Jhon Hippisley pasó á decirles: « Que la cámara deseaba también la paz, que esperaba poderse la procurar pronto, y que entretanto las invitaba á que se restituyesen á sus casas.» Las mugeres no hicieron caso, y á eso del medio día subía ya su número á mas de cinco mil; se mezclaron entre ellas algunos hombres vestidos de mugeres, y á su instigación penetró una banda hasta la puerta de la sala de los comunes, exclamando: « La paz! la paz!» La guardia las instó á que se retirasen; pero redoblaban los gritos: « ¡Que se nos entregue á los traidores que están contra la paz! que se nos deje hacerlos pedazos! que nos entreguen á ese charlatan Pym!» Fueron rechazadas hasta la puerta de la plaza, y aun se dispararon al aire algunos tiros para espantarlas. « Esto no es mas que pólvora, » gritaron ellas, apedreando á los milicianos de la guardia. Esta hizo entonces una descarga verdadera; llegó en esto un escuadrón de caballería, y cargó sobre la muchedumbre con sable en mano; todavía se obstinaban las mugeres, y llenaban de imprecaciones y pedradas á los caballeros. Forzoso les fué huir por último; y despues de algunos minutos de un horroroso tumulto solo quedaron al rededor de Westminster siete ú ocho mugeres heridas que lloraban, y dos muertas. Una de esta era bien conocida del pueblo, pues desde su infancia iba cantando por las calles de Lóndres las antiguas baladas del país.

La victoria era completa, pero cara, puesto que para lograrla se habia echado mano de la falsedad

y de la violencia, medios no muy buenos cuando la reforma se hace en nombre de las leyes, y pretende ponerlas en vigor. Decíase ya públicamente que el parlamento ponía en acción los mismos medios que tanto se echaban en cara al rey. La cámara alta estaba indignada, se había derramado la sangre del pueblo: los odios intestinos empezaban ya á absorberlo todo. Pronto supieron los gefes de los comunes que muchos miembros, impulsados por los principales lores, se proponían salir de Lóndres, refugiarse en el campamento de Essex, proclamar que se separaban de un parlamento esclavo de la muchedumbre, y abrir negociaciones con Oxford. La probidad de Essex desvaneció este plan, y bastante afortunados fueron los conspiradores con saber que no se les descubriría. No obstante algunos abandonaron la capital para pasarse al rey; y el conde de Northumberland se retiró á su castillo de Petworth. Pasmados al encontrarse solos algunos de los gefes populares, parecieron intimidarse; el mismo Pym fué acusado de tener correspondencia con el enemigo. Por otra parte, los mas violentos demagogos y fogosos empezaban á manifestar sus secretos sentimientos: John Saltmarsh, que fué despues capellan en el ejército de Fairfax, defendió: « que á toda costa se debía impedir que el rey se acercase al pueblo, y que si se negaba á sus pretensiones se le debía estirpar á él y á su raza, y conferir á otro la corona. » El folleto fué denunciado á los comunes, mas Enrique Martyn lo apoyó: « No veo, dijo, ninguna razon para condenar al autor; seguramente vale mas que se arruine una familia, que no muchas. — Pido,

esclamó sir Mevil Poole, que nos digais de que familia quereis hablar. — Del rey y de sus hijos » repuso Martyn sin vacilar: osadía inaudita, y que estaba lejos de poder sostener el partido que la proferia. No llegaban noticias de Escocia, y hasta se ignoraba si habian podido desembarcar los comisionados. Temíase continuamente que el rey marchase sobre Lóndres, ó que hubiese sitiado Gloucester, única plaza que le quedaba al parlamento al Oeste del reino, y que impidiendo las comunicaciones de los realistas del Sud oeste y del Nordeste, no les dejaba obrar de concierto.

Las pasiones cedieron á los peligros, y los partidos juzgaron maduramente su situacion. Ni uno ni otro era bastante fuerte para aterrar prontamente á su contrario, y hacer despues con ventaja la guerra ó la paz. Así fué que en vez de buscar su salud, los moderados en su debilidad y los exaltados en su frenesí, comprendieron los primeros que antes de tratar era necesario vencer, y los segundos que para vencer debian ellos someterse y sus contrarios mandar. Suspendióse pues toda desconfianza y ambicion. Pasó al lado de Essex una junta de la que algunos miembros eran ardorosos partidarios de la guerra, y le informó de las medidas que se acababan de tomar para el aumento y conservacion de su ejército; se le preguntó despues si necesitaba mas todavía, y se puso en sus manos la suerte de la patria, con las mas brillantes muestras de confianza del parlamento. Por su parte el conde y sus amigos se dedicaron á la guerra con el mayor ahinco; Hollis, que habia pedido un pasaporte para retirar-



se al continente con su familia, le hizo revocar; en todas partes estaban al frente de los preparativos, de los esfuerzos y sacrificios los mas cuerdos, mientras sus fogosos contrarios los secundaban silenciosamente. Hasta tal punto llegó su firme resolución de sacrificarse por la armonía, que permitieron el encarcelamiento y esclusión de Enrique Martyn. Tan sabia conducta tuvo sus resultados. Mientras que Waller y Manchester formaban cada uno por su parte un ejército de reserva, tuvo lugar rápidamente el aumento y abastecimiento del de Essex, único que podia entrar prontamente en campaña; se le agregaron voluntariamente cuatro regimientos de la milicia de Lóndres, y el 24 de agosto, despues de una gran revista, partió el conde á la cabeza de catorce mil hombres, para acudir al socorro de Gloucester, cuya plaza hacia quince días que estaba estrechamente bloqueada por el rey.

Bien hubiera querido Cárlos probar un golpe sobre Lóndres, y para ello se habia formado ya un plan seguro. Mientras que él se hubiera adelantado del Oeste al Este, lord Newcastle, vencedor en el condado de York, habria pasado del Norte al Sud, reuniéndose dos grandes ejércitos realistas junto á la capital. Despues de la toma de Bristol, se apresuró Cárlos á enviar un mensajero á lord Newcastle para la ejecucion de aquel plan. Pero los magnates realistas no eran muy dóciles, habian recibido del monarca una comision y no un poder, y contentos con sostener su causa allí donde tenian influencia, no estaban muy dispuestos á mudar de escena en sus correrías. Newcastle, altivo, magnífico, amigo de la

pompa mas no de la fatiga y las contradicciones, y rodeado de una corte liviana y agradable, no quiso hacer un papel obscuro en Oxford, ni confundir su ejército con el del rey para estar á las órdenes de un príncipe tan grosero como era Roberto. Despues de haber escuchado las proposiciones del mensajero Warwick: «Me acuerdo, dijo, de la historia del rebelde irlandés Tyrone, hecho prisionero por el virey Mountjoy y presentado á la reina Isabel, cuando vió en los salones de Whitehall que apenas era notado el virey, y que esperaba como los demas que se presentase la reina, se volvió á uno de sus compatriotas y le dijo: —Me confunde que me haya hecho prisionero un hombre que me parecia poderoso y al que veo ahora confundido con la muchedumbre aguardando á que pase una muger. —Por mi parte, no puedo dejar el condado de York hasta que Hull no sea nuestro.» Warwick transmitió este mensaje al rey, quien no osó quejarse. Algunos le aconsejaban todavía que se dirigiese sobre Lóndres, la reina entre ellos, pero le gustaban muy poco las empresas aventuradas, menos por temor del peligro que por no comprometer su dignidad. Muy presente tenia la campaña del año anterior, en que le fué preciso retrogradar. Muchos oficiales estaban por el sitio de Glocester, unos desinteresadamente, y otros con la esperanza de un rico botín; el coronel Legg se vanagloriaba de tener relaciones que les serian muy útiles con el gobernador de la plaza. El rey se decidió por fin, y el 10 de agosto, su ejército, mandado por el mismo, ocupó las colinas que dominan la poblacion, defendida

solamente por 1500 hombres y sus habitantes. Al punto intimó la rendición, dando dos horas para responder. Antes de que hubiesen transcurrido se presentaron dos diputados de Gloucester, flacos, pálidos, rasados los cabellos y vestidos de negro: «Llevamos, dijeron, una respuesta de la piadosa ciudad de Gloucester.» Se les llevó delante de S. M. y la leyeron: «Nosotros, habitantes, magistrados, oficiales y soldados de Gloucester, damos al mensaje de V. M. la respetuosa y humilde respuesta de que con juramento guardamos la plaza para el servicio de V. M. y de su real posteridad, que nos creemos obligados á obedecer las órdenes de V. M. transmitidas por medio de las dos cámaras, y que en consecuencia con la ayuda de Dios la defenderémos con todo nuestro poder.» A este mensaje tan breve y claro como leído con firme tono; al extraño aspecto y frío ademán de los dos diputados, que inmóviles delante del rey aguardaban su respuesta, por poco no estalla entre los presentes un movimiento de sorpresa, de indignación y de desprecio; pero Carlos, grave como sus enemigos, lo reprimió, y despidió á los diputados con solo estas palabras: «En vano esperais socorro; Waller está destruido, y Essex no puede venir.» Apenas hubieron entrado en la plaza, cuando incendiaron todos los arrabales, para que nada les quedase que defender fuera de las murallas.

Durante veinte y seis días hicieron inútiles con su valor los esfuerzos de los sitiadores; fuera de unos ciento cincuenta hombres de reserva, la guarnición entera estaba sobre las armas; en los traba-

jos así como en los peligros, los ciudadanos se unían á los soldados, las mugeres á los maridos, y los hijos á sus madres. Hicieron muchas salidas, y solo tres hombres desertaron. Cansado el ejército real de tanto esperar sin gloria, se vengaba devastando los alrededores; los oficiales empleaban muchas veces á sus soldados en robar á algun rico de los alrededores, que solo recobraba su libertad por medio de un rescate. La indisciplina era cada dia mayor, á par que el odio de los pueblos cercanos. Se hubiera podido probar un asalto; pero era tan reciente y habia costado tan caro el de Bristol, que nadie osaba proponerlo. Ya el rey esperaba solo poder reducir á los sitiados por hambre, cuando supo con admiracion que se acercaba Essex. En vano el príncipe Roberto quiso detenerle con un cuerpo de caballería; el conde avanzaba siempre. Distaba ya solo algunas millas del campo, y las caballerías del rey se habian replegado sobre las avanzadas de su infantería, cuando Cárlos, con la esperanza de detener al conde, siquiera un dia, le envió un mensaje de paz: « El parlamento, respondió Essex, no me envia para tratar, sino para salvar á Gloucester; lo que alcanzaré, ó he de perder la vida. — ¡Fuera proposiciones!» exclamaron sus soldados al saber que habia llegado un mensajero enemigo. Essex continuó su marcha, y al dia siguiente, 5 de setiembre, al asomar sobre unas colinas distantes dos leguas de Gloucester, al ver quemar los reales de Cárlos conoció que habia levantado el sitio.

Apresuróse á entrar en la plaza llevando toda suerte de víveres; llenó de alabanzas al gobernador

y á sus soldados; felicitó á los ciudadanos por su valor, que habia salvado al parlamento dándole tiempo para acudir á su socorro; recibió en cambio mil aclamaciones, y al cabo de dos dias se volvió para Lóndres, gozoso por restituir intacto á las cámaras el único ejército que pudiese protegerlas.

Todo parecia prometerle una retirada tan feliz como su expedicion, Cirencester, con sus abundantes almacenes de víveres, habia caido en su poder; su caballería en fin habia sostenido en algunas refriegas el choque tan temido de los caballeros del príncipe Roberto. Pero, el 19 de setiembre, al acercarse á Newbury, vió que los enemigos le habian adelantado, que ocupaban la ciudad y las alturas de los alrededores, que le habian cerrado el camino de Lóndres, y que solo una batalla podia abríselo de nuevo. El rey mismo estaba á la cabeza de su ejército, en una posicion ventajosa, desde donde podia recibir de las guarniciones de Oxford y Wallingford cuantos socorros necesitase. El pais, poco adicto á los parlamentarios, ocultaba con cuidado sus víveres. Era preciso dar una batalla, ya para abrirse paso, ya para no morir de hambre.

No titubeó Essex, antes al amanecer el dia siguiente pasó él mismo á vanguardia, y desalojó á los regimientos enemigos que ocupaban la principal colina. Empeñada sucesivamente la batalla por todos los cuerpos y en todas las posiciones, duró hasta la noche, tan bizarramente sostenida, que ambos ejércitos ponian su gloria en alabar á sus enemigos. Pretendian con ello, los realistas reparar un revés que habia suspendido el curso de sus

triumfos, y los parlamentarios sacar todo el fruto de un triunfo que ponía término á tantos reveses. Las milicias de Lóndres sobre todo hicieron prodigios. Dos veces, despues de haber roto á la caballería enemiga, cargó sobre ellos el príncipe Roberto sin que vacilasen sus filas herizadas de picas. Los oficiales generales Essex, Skippon, Stapleton y Merrick se aventuraban como simples soldados, mientras los criados y trabajadores que seguian el ejército combatian como valientes oficiales. Llegada la noche, permanecieron todos en sus posiciones. Essex habia ganado terreno; sin embargo, los realistas le cerraban todavía el paso, y creía tener que combatir al dia siguiente, cuando con admiracion vió á los primeros albores del dia en retirada al enemigo, y libre el paso. Aprovechando la coyuntura, continuó su marcha sin otro obstáculo que algunas vanas cargas de la caballería del príncipe Roberto, y á los dos dias pasó con su ejército la noche en Reading, libre de todo peligro.

Lo vivo de la accion habia desanimado á los realistas, no menos valientes, pero menos obstinados que sus adversarios, y mas dispuestos al envanecimiento y á la desesperacion. Su pérdida además habia sido grande y sensible: veinte oficiales de nota habian perecido, entre ellos hombres ilustres por su mérito como por su rango; lord Sunderland, querido por sus opiniones de todos los buenos protestantes de su partido y de todos los hombres ilustrados; lord Caernarvon, escelente oficial, muy estimado del rey por su rigidez en punto á disciplina, amado de los soldados por su justicia, y observa-

dor tan escrupuloso de su palabra , que nada pudo detenerle en el ejército del Oeste cuando el príncipe Mauricio que le mandaba hubo violado las capitulaciones concluidas con las ciudades de Weimouth y de Dorchester; lord Falkland , en fin honor del partido realista, siempre patriota si bien que proscribo en Lóndres , siempre respetado del pueblo si bien que ministro en Oxford. Nada le obligaba á acudir al campo de batalla, y mas de una vez le echaron en cara sus amigos su inútil temeridad : « Mi empleo , respondia sonriéndose , no puede hacerme perder los privilegios de la edad; á mas de que un secretario de estado de la guerra debe saber cuales son los mayores riesgos. » Hacia algunos meses que los buscaba con ardor; la vista de los padecimientos del pueblo , los males mayores que preveía , el desvanecimiento de sus esperanzas , y la constante lucha de su alma en medio de un partido cuyos triunfos y reveses temia á la vez ; todo le habia abismado en la mas amarga tristeza ; se habia agriado su humor; su imaginacion , naturalmente brillante y viva , era ya sombría y meditabunda ; le gustaba la elegancia en el traje , y ahora la descuidaba ; ninguna conversacion ni tarea le gustaba ; muchas veces , sentado entre sus amigos y sosteniéndose con ambas manos la cabeza , solo salia de un profundo silencio exclamando dolorosamente: *la paz ! la paz !* y solo podia reanimarle la esperanza de alguna negociacion. El dia de la batalla , los que le rodeaban se admiraron de verle mas alegre : nunca habia puesto mas cuidado en su traje : « Si me matan hoy , dijo , quiero que encuentren

mi cuerpo elegante.» Le pidieron con ahinco que se quedase, y volvió su rostro á ponerse triste: «No, dijo, hace tiempo que todo me traspasa el corazon: al anochecer habré mudado ya;» y pasó como voluntario al regimiento de lord Byron. No bien se hubo empeñado la accion, cuando una bala le traspasó el bajo vientre; cayó de caballo y murió sin que nadie hubiese notado su caída: víctima de un tiempo sobrado pervertido para su virtud tierna y pura. Solo á la mañana siguiente se encontró su cuerpo; sus amigos, Hyde sobre todo, estuvieron inconsolables; los cortesanos supieron sin conmocion la muerte de un hombre con quien no congeniaban; Cárlos dió comunes muestras de pesar, y estuvo mas á su placer en el consejo.

Apenas hubo Essex llegado á Reading, cuando una diputacion de las dos cámaras vino á darle muestras de su reconocimiento, á proveer á las necesidades del ejército, y á saber sus sentimientos. No solo estaba salvado el parlamento, si que podia en adelante verse libre de tales riesgos, pues habia logrado ventajas por las armas y por medio de las negociaciones. Mientras Essex hacia levantar el sitio de Gloucester, Vane, llegado por fin á Edimburgo, concluia con los Escoceses una estrecha alianza. Bajo el nombre de *liga y pacto solemne*, votaron en un dia la convencion de los estados y la asamblea general de la iglesia de Escocia un tratado político y religioso, por el que se unian para la defensa de una misma causa la fuerzas unidas de los dos reinos. Al dia siguiente partieron dos comisionados escoceses para Lóndres, donde las dos cámaras le



sancionaron igualmente, despues de haber consultado á la asamblea de teólogos. Ocho dias despues, en la iglesia de santa Margarita de Westminster, de pie todos los miembros del parlamento, con la cabeza descubierta y la mano levantada al cielo, juraron su adhesion, primero de viva voz y en seguida por escrito. El pacto fué recibido en la capital con el mayor entusiasmo: prometia la reforma de la Iglesia y el pronto socorro de veinte y un mil escoceses. Con esto el pueblo presbiteriano veia á la vez desvanecidos sus temores y oidos sus votos. Al otro dia hizo Essex su entrada en Lóndres; la cámara de los comunes, en pos de su presidente, pasó á cumplimentarle á Essex-House; el lord corregidor y otro magistrado, vestidos de púrpura, fueron á dar grâcias al libertador y protector de su vida, de su fortuna, de sus mugeres y de sus hijos. Se espusieron al público los estandartes cogidos en Newbury al ejército real; se notaba uno sobre todo que representaba la fachada exterior de la cámara de los comunes con las cabezas de dos criminales en su parte superior, y debajo esta inscripcion: *Ut extra, sic intra*. Agolpábase el pueblo al rededor de estos trofeos; los milicianos que habian formado parte de la expedicion contaban sus detalles; en las conversaciones domésticas, en el púlpito, entre los grupos formados por las calles, se proclamaba ó se bendecia á Essex. Este y sus amigos resolvieron aprovechar este triunfo. Pasó el general á la cámara alta, ofreció su dimision, y pidió que le fuese permitido retirarse al continente: añadió que ningun peligro público le impelia ya á quedarse; que el

mando le habia acarreado amargos disgustos, que dentro poco volverian porque sir William Waller, conservaba siempre una comision independiente de la suya, y mientras el título de general en jefe hacia pesar sobre él toda responsabilidad, otro podia desobedecerle; y que en fin hacia tiempo que conocia el tormento de tal situacion, y ya no podia permanecer en ella. Al oír esta declaracion, sorprendidos los lores ó fingiendo estarlo, votaron que pedirian una conferencia á los comunes; pero al propio tiempo llegó un mensaje de estos que hacia la conferencia inútil. Informados de todo, se apresuraban á participar á los lores que Waller ofrecia renunciar su comision y recibir en adelante instrucciones del general en jefe y no del parlamento mismo; solicitaba además la formacion de una junta que terminase instantáneamente y á satisfaccion del conde tan desagradable incidente. Incontinentemente se nombró la junta, y esta arregló el negocio durante la sesion. Waller y sus amigos se sometieron sin murmurar; Essex y los suyos triunfaron sin ostentacion, y parecia que se reconciliaban dos partidos precisamente cuando se preparaban para nuevos combates.

## LIBRO V.

Estado de los partidos y origen de los independientes.—  
 Disposiciones de la corte de Oxford.—Concluye el rey  
 una tregua con los Irlandeses.—Parlamento de Oxford.  
 — Muerte de Pym. — Campaña de 1644. — Batalla de  
 Marston-Moor. — Reveses de Essex en el condado de  
 Cornouailles. — Estalla la desunion entre los gefes  
 presbiterianos y Cromwell. — Ensáyanse negociacio-  
 nes. — Decreto de abnegacion de si mismo. —Proceso  
 y muerte de Laud. —Negociaciones de Uxbridge. —  
 Reorganizacion del ejército parlamentario.—Nombramiento de Fairfax para general.—Essex hace dimision.

(1643-1645.)

ESTREMADA fué la alegría de los presbiterianos: el parlamento debia la salvacion á su gefe; sus enemigos guardaban silencio; el ejército escocés, cercano ya, prometia á su causa un infalible apoyo; era natural, pues, que solo ellos dispusiesen en adelante de las reformas como de la guerra á su placer y albedrío.

En las cámaras y fuera de ellas, en Lóndres y en los condados, pronto predominó un arranque de fervor y de tiranía religiosa. La asamblea de teólogos recibió orden de preparar un plan de gobierno

eclesiástico (1), y llamó á cuatro teólogos escoceses para trabajar con ellos de mancomun tocante á la uniformidad de culto de ambas naciones. Las juntas encargadas de examinar en cada provincia la conducta y las doctrinas de los eclesiásticos se dedicaron á ello con mas actividad y rigor ; cerca de dos mil (2) ministros fueron espulsados de sus curados ; muchos otros perseguidos como anabaptistas , brownistas , independientes , etc., se vieron encarcelados por los mismos hombres que en otro tiempo maldecian con ellos á sus comunes perseguidores. Cuantos rehusaban suscribir al pacto eran declarados incapaces de asistir á la municipalidad , y aun de poder elegirla. Desde el principio de la guerra habia mandado simplemente el parlamento que se cerrasen los teatros , dando solo por razon que en tiempo de públicos quebrantos la oracion debia suceder á los placeres. Esta misma prohibicion se estendió á todas las diversiones y juegos populares de los domingos. Ninguno obtuvo gracia por mas inocente ó antiguo que fuese ; fueron abatidos todos los *árboles de mayo* que se plantaban bulliciosamente por la primavera : si los niños contrariaban estas disposiciones , se imponia una multa á sus padres. Por último , el arzobispo Laud , hacia tres años olvidado en la cárcel , tuvo que comparecer de repente á la cámara alta , y se le mandó res-

---

(1) 12 octubre de 1643.

(2) Algunos hacen subir el número á 8000 , pero otros le reducen á 1600.

ponder á la acusacion de los comunes : el odio y la venganza eran los deberes del fanatismo.

El mismo ardor se manifestaba en la guerra: orgullosos por la parte que les habia cabido en sus últimas victorias, ya no hablaban de paz. Muchos ricos ciudadanos equipaban soldados y se ofrecian ellos mismos á servir; Rolando Wilson, que debia heredar de su padre un comercio inmenso y 2000 libras esterlinas de renta, pasó al ejército de Essex á la cabeza de un regimiento levantado á sus costas. Aun mas: algunos gefes de los comunes que antes estaban por la paz, escitaban ahora á hacer los últimos esfuerzos. Nunca se habia presentado mas arrogante el partido ni mas seguro del poder.

Sin embargo tocaba á su decadencia. Empeñado desde su origen en una doble reforma, la de la iglesia y la del estado, no las seguia entrambas movido de los mismos principios y designios. En punto á religion era ardiente su fe, y sus principios sencillos, enérgicos y consecuentes; el sistema presbiteriano no era para él una institucion humana y flexible, que pudiese modificarse segun los tiempos; sino un sistema único legítimo, de derecho divino, la ley del mismo Cristo. Queríase que triunfase sin reserva y á toda costa, como revolucion santa. En política por el contrario, á pesar de su lenguaje, eran vagas y moderadas sus miras; no le dominaba un espíritu revolucionario; amaba la monarquía combatiendo al rey; confiaba solo en los comunes, y sin embargo no queria mal á los lores; obedecia á los hábitos arraigados y á las nuevas exigencias, no meditaba, solo deseaba una reforma legal, y nada mas.

Agitado de este modo por disposiciones contrarias, arrogante é incierto, fanático y moderado á un tiempo, no contaba siquiera el partido presbiteriano con gefes salidos de su seno y conformes en principios con los suyos; antes marchaba en pos de los reformadores políticos, primeros intérpretes y verdaderos representantes del partido nacional. Su alianza le era natural y necesaria: natural, porque ambos querian reformar el gobierno y no abolirle; necesaria, porque estaba en posesion del poder, y le conservaban por la superioridad de su rango, de sus riquezas y de sus luces: ventajas que no negaban los mas ardientes presbiterianos. Pero si buscaban los reformadores políticos y aun compraban el apoyo de los sectarios, no por esto pensaban como ellos en punto á la iglesia; un episcopado moderado les convenia mas, de modo que casi contra su voluntad servian á aquellos. De este modo la union de ambos partidos no era completa ni sincera sino en política, donde ninguno de los dos se mostraba aferrado en principios.

Fuera de esto, en 1643, estaba consumada la reforma política, legal á lo menos; no subsistian ya los abusos; se habian sancionado todas las leyes que se juzgaban necesarias, y modificado, como se supo, las instituciones: nada faltaba á la obra que querian de mancomun elevar aquellos dos partidos. Pero la revolucion religiosa habia apenas principiado, y la política amenazaba correr los riesgos de la exaltacion: era pues llegada la hora en que se debian patentizar los vicios interiores de aquella alianza. Cada dia se veia precisado el partido dominante á con-

tradecirse ; lo que solicitaba en la iglesia lo negaba en política ; contra los obispos invocaba las pasiones democráticas, y contra los nacientes republicanos las monárquicas ó aristocráticas. Era un espectáculo singular ver demoler con una mano y sostener con otra, predicar innovaciones y maldecir innovadores, ser temerario y tímido, rebelde y déspota á la vez, perseguir con la libertad los obispados, y con el poder á los independientes.

Abandonábanle ó le comprometian tambien muchos de sus gefes. Algunos, como Rudyard, se retiraban de la arena, ó solo se presentaban de tiempo en tiempo, mas para protestar que para obrar. Otros, menos honrados, como Saint John, ó mas perseverantes y osados como Pym, contemporizaban con un nuevo poder naciente. Muchos, desengañados ó corrompidos, pensaban solo en aumentar su patrimonio ; y se distribuian mutuamente los empleos, y las confiscaciones. Entre los magnates reformistas muchos se habian escapado á Oxford, y para evitar el pillaje ó el secuestro, negociaban á la vez con la corte y con el parlamento. El 22 de setiembre solo habia seis lores en la cámara alta, y el 5 de octubre solo cinco. Un llamamiento nominal y el consiguiente temor atrajo algunos á Westminster ; mas no por esto dejó la alta aristocracia, cada dia mas sospechosa al pueblo, un embarazo mas bien que apoyo para los presbiterianos ; de modo que su fanatismo religioso los alejaba de los mas hábiles defensores de la libertad, y su moderación política impedia que nadie se hermanase con hombres de principios vacilantes.

Hubiese visto llenados ó no sus deseos, hacia no obstante tres años que este partido dominaba, y esta misma duracion empezaba á cansar á muchos. Quejábanse de él por los males sufridos, y por las esperanzas burladas; se le tachaba de tirano como los obispos, y de arbitrario como el rey; se le echaban en cara sus contradicciones y su debilidad: se presentia en fin, en vista solo de los acontecimientos progresivos, una secreta necesidad de principios y poderes nuevos.

Unos y otros estaban á la mira, aguardando solo coyuntura. Largo tiempo antes de las turbulencias, cuando los presbiterianos empezaban solo á manifestar su intencion de dar á la iglesia nacional una constitucion republicana, sosteniendo á la vez la unidad de la fe como la del poder, y disputando el papismo al episcopado, ya los independientes, los brownistas y los anabaptistas preguntaban públicamente si debia subsistir una iglesia nacional, y con que derecho el papismo, el episcopado, ó los presbiterianos, querian doblar las conciencias cristianas al yugo de una mentida unidad. Toda congregacion de fieles, decian, habitantes ó vecinos de un mismo lugar, que se reunen libremente para adorar juntos al Señor, es una iglesia verdadera que ninguna otra puede avasallar, que tiene derecho de escoger sus ministros, arreglar su culto, y regirse por sus propias leyes.

En su aparicion fué reputado crimen y locura el principio de la libertad de conciencia, así proclamado por sectarios oscuros, en medio de los extravíos de un ciego entusiasmo, y defendido menos



por razon que por necesidad. Proscribiéronle igualmente los episcopales y los presbiterianos; continuó debatiéndose la cuestion sobre quien debia regir la iglesia de Cristo, creyendo que era forzoso elegir entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia del clero presbiteriano, y no cuidando de indagar si todos eran legítimos por su origen, cualquiera que fuese su forma ó su nombre.

Entretanto un extraordinario movimiento lo agitaba todo, suscitando cada dia pruebas á las que ningun sistema podia sustraerse, á pesar de que el partido dominante probase en vano á sofocar algunos debates. Llamado á discutir nuevos negocios y opiniones, y á desechar pretensiones hasta entonces desconocidas, se iban emancipando los espíritus, unos para elevarse libremente á ideas mas altas sobre el hombre y la sociedad, y otros para descartarse osadamente de toda preocupacion y freno. Al propio tiempo era casi absoluta la libertad práctica en materia de fe y de culto; ninguna jurisdiccion, ninguna autoridad represiva habia reemplazado la del episcopado; y el parlamento, ocupado con sus enemigos, se inquietaba poco de las prácticas religiosas. Alguna vez el celo presbiteriano obtenia de las cámaras algunas terribles declamaciones contra los nuevos sectarios; otras, los temores y odios de los reformadores políticos coincidian con los de sus devotos aliados, y entonces se tomaban rigurosas medidas contra aquellos. Un decreto destinado (dice el preámbulo) « á reprimir las calumnias y el desenfreno de que la religion y el gobierno son ha-

ce algun tiempo blanco » abolió la libertad de imprenta, hasta entonces tolerada, y sometió á la previa censura todas las publicaciones. Pero al poder no le es dado contener á los que le adelantan en el movimiento de que él mismo es arrebatado: al cabo de algunas semanas, los realistas y los episcopales eran los únicos sobre quienes pesaban tales restricciones; las nuevas sectas salian con bien de todo, retoñaban en todas partes, y ya no se hablaba mas que de independientes, brownistas, anabaptistas, cuáqueros, antimonianos, y hombres de la quinta monarquía. A la sombra misma de los presbiterianos se les suscitaban á la vez enemigos entusiastas, filósofos y libertinos.

Todas las cuestiones tomaron desde entonces un nuevo aspecto, y la fermentacion social mudó de carácter. Hechos poderosos y respetados habian hasta entonces contenido y dirigido la mente de los reformistas políticos, y aun religiosos: para unos, el estado legal de la antigua Inglaterra cual le concebían, y para otros la constitucion de la iglesia de Escocia, Holanda y Ginebra, eran cosas que les servian á un tiempo de modelo y freno; cualquiera que fuese la osadía de sus empresas, ni unos ni otros se dejaban llevar de vanos deseos ó ilimitadas pretensiones; no todo era innovacion en sus deseos ó conjetura en sus esperanzas: conocian bien su objeto, si bien no columbraban sus resultados. Sus rivales no tenian marcha fija, no se habian propuesto por norma ningun hecho histórico ó legal; confiados, y arrogantes con su osadía, á esta sola tomaban por guia, y dándola el derecho de juzgarlo y

dominarlo todo, buscaban á toda costa, los filósofos la verdad, los entusiastas al Señor, y los libertinos el resultado. Instituciones, leyes, costumbres, acontecimientos, todo segun ellos debia recibir impulso del raciocinio ó del capricho del hombre, todo debia ser objeto de nuevas combinaciones y sabias creaciones; para el logro de este plan todo parecia legítimo sobre la fe de un principio, de un arranque religioso, ó en nombre de la necesidad. Los presbiterianos proscribian en la iglesia á la monarquía y á la aristocracia: ¿porqué, pues, se conservaban en el estado? Los reformadores políticos habian dejado entrever que si el rey ó los lores les negaban su adhesion, debia dominar la voluntad de los comunes: ¿porqué no se proclamaba esto altamente? porque solo se invocaba la soberanía del pueblo en caso desesperado y para legitimar la resistencia, siendo así que debe servir de base al gobierno mismo y legitimar el poder? Despues de haber sacudido el yugo del clero romano y del episcopal, se iban á imponer el del presbiteriano: ¿con qué motivo? Con qué derecho formaban los sacerdotes un cuerpo independiente? Quíteseles, decian, toda jurisdiccion, todo medio temporal, y cesará todo abuso espiritual: en los fieles, no en los ministros, reside el poder legítimo en materia de creencia; todos ellos son sacerdotes. Los libertinos aplaudian este lenguaje: como progresase la revolucion, poco les importaban los medios y los motivos que se alegasen.

Así se iba formando el partido de los independientes, menos numeroso y arraigado que el de los pres-

biterianos , pero ya en posesion de aquel ascendiente que dan las ciencias que no niegan la razon de sus principios y aceptan todas sus consecuencias. Encontrábase entonces la Inglaterra en una de esas crisis gloriosas y terribles en que el hombre olvida su debilidad para no acordarse mas que de su dignidad , y siente la sublime ambicion de no obedecer mas que á la verdad pura , y se abandona á la sublime locura de atribuir á su opinion todos los derechos de la verdad. Políticos y sectarios , presbiterianos é independientes , nadie se creia dispensado de tener razon y de probarla. Pero en esto se perdian los presbiterianos , porque su sabiduría se fundaba en la autoridad de hechos y de leyes , no en principios , y no sabian como desvanecer con solo la razon los argumentos de sus contrarios. Unicamente los independientes profesaban una doctrina sencilla , rigurosa en apariencia , que sancionaba todos sus actos , bastaba á todas las necesidades de su situacion , y ponia á cubierto de su inconsecuencia á las almas enérgicas , y de hipocresía á las sinceras. Solo ellos así mismo empezaban á pronunciar algunas de esas palabras mágicas que elevan el alma en nombre de las mas nobles esperanzas y fuertes pasiones de la humanidad : la igualdad de derechos , la justa reparticion de bienes sociales , y la destruccion de todos los abusos. Ninguna contradiccion se notaba entre sus sistemas políticos y religiosos , ninguna lucha interior entre gefes y soldados , ningun símbolo que arredrase á lo exterior ; su máxima fundamental era la libertad de conciencia , y como sus designios lo abarcaban todo á la vez , tambien

por esto se ganaban mas partidarios : buscábanlo , los jurisconsultos para quitar toda jurisdiccion á los eclesiásticos sus rivales , y los publicistas para procurarse una legislacion mas sencilla que hiciese perder á los letrados su influencia y sus riquezas ; Harrington veia en ellos una sociedad de sabios , Sidney la libertad de Esparta ó de Roma , Lilburne la vuelta del derecho sajón , y Harrison la venida de Cristo ; republicanos ó niveladores , visionarios , fanáticos y ambiciosos , todos eran admitidos con sus enconos , sus teorías , sus éstasis y sus intrigas : bastaba que todos estuviesen animados de un odio igual contra los caballeros y los presbiterianos , y que marchasen hácia ese porvenir desconocido que debia satisfacer tantos anhelos.

Ninguna victoria de Essex y de sus amigos , en el campo de batalla ó en Westminster , podia sofocar ni contener ya por mas tiempo tales discordias , públicas ya en Oxford como en Lóndres. Parlamentarios y realistas , todos los hombres sensatos las tomaban ya por base de sus combinaciones. Participábelo al rey , y le instaban á que aprovechase la coyuntura ; cortesanos y adictos sinceros , todos tenian sus miras , todos hacian sus proposiciones ; unos querian continuar vivamente la guerra , creyendo que las facciones rivales se destruirian ; otros deseaban que por medio de los lores refugiados á Oxford , los condes de Holland y de Bedford sobre todo , se relacionasen con los parlamentarios amigos de la paz ; algunos aconsejaban que dichas relaciones se dirigiesen al gefe ya conocido de los independientes. Entretanto , lord Lovelace , con consen-

timiento del rey, seguia con sir Enrique Vane una correspondencia continua, bien distante de prever que Vane la seguia así mismo con consentimiento de los suyos para instruirse del estado de la corte. Pero ninguno de estos consejos era recibido ó eficaz. A duras penas habian obtenido los lores fugitivos que les abriesen las puertas de Oxford; el consejo privado, solemnemente reunido, habia deliberado sobre la acogida que se les debia dar, y á pesar de las sabias representaciones de Hyde, recientemente nombrado canciller de hacienda, consintió solo Carlos á que se les recibiese, pero con frialdad. En vano lord Holland, elegante y hábil cortesano, habia logrado hacerse bien quisto de la reina; en vano procuraba volver á su antigua familiaridad con el rey, ya afectando hablarle al oido, ó ya desarrollando todo su prestigio; en vano aun en la batalla de Newbury peleó bizarramente como voluntario, ofreciendo su sangre como prenda de su nueva fidelidad: nada habia podido vencer el orgullo del rey, ni imponer silencio á los clamores de la corte; lejos de ver aceptados sus servicios, ya no pensaban los lores mas que en sustraerse á tantos sinsabores. Los partidarios de la guerra á muerte eran mas escuchados, pero con el mismo efecto; la mala tentativa contra Gloucester habia motivado que todos en Oxford se la imputasen mutuamente. El consejo se quejaba de los desórdenes del ejército, y este se indignaba por ello altamente; el príncipe Roberto estaba celoso del general en jefe, y esto que solo debia obedecer al rey; el general y los magnates murmuraban á su vez de la independendencia y torpe-

za del príncipe. El rey que respetaba en sus sobrinos la dignidad de su sangre, no se determinaba á dar la razon á los súbditos, y sacrificaba á tan ridículo orgullo los derechos y los servicios de sus mas útiles amigos. Solo Hyde se oponia francamente á tales faltas, y lograba alguna vez apartarle de ellas; pero este consejero necesitaba tambien que la voluntad del rey le sostuviese, ya contra los caprichos de la reina, ya contra las intrigas de zelosos cortesanos: conservaba su reputacion de consejero influyente y hombre sabio, pero sin ejercer un ascendiente verdadero, sin obtener ningun importante resultado. La discordia en una palabra dominaba así en Lóndres como en Oxford; pero aquí era mas fatal, por cuanto en aquella poblacion precipitaba el movimiento, y aquí le paralizaba.

Por este tiempo y en medio de situacion tan embarazosa supo Cárlos la nueva alianza de la Escocia con el parlamento. Al momento mandó al duque de Hamilton, ya restituído á su confianza, y á su comisario de Edimburgo, que impidiesen tal union á toda costa. Dícese haberse ofrecido á los Escoceses asegurarles para el porvenir la tercera parte de los empleos de la casa real, reunir de nuevo á la Escocia los condados de Northumberland, Westmoreland y Cumberland; fijar en Newscatle la residencia del rey, y establecer en medio de ellos al príncipe de Galles y su corte. Si existieron tales promesas no podian ser sinceras ni cumplidas, y aunque las hubiese querido aceptar el parlamento se lo hubiera impedido un hecho reciente. El conde de Antrim acababa de ser arrestado en Irlanda, poco despues de su

desembarco, por las tropas escocesas acantonadas en Ulster, y se le habian encontrado las pruebas del plan formado en York entre él y Montrose para transportar á Escocia un cuerpo numeroso de católicos irlandeses, y para sublevar á los montañeses en favor del rey. Evidentemente iba á tener lugar la empresa, puesto que Montrose habia tenido conferencias con el rey durante el sitio de Gloucester, y Antrim llegaba ya de Oxford. Luego el rey, al tiempo que hacia las mas brillantes promesas á sus súbditos, tramaba conocidamente contra ellos. En vista de todo, se apresuró el parlamento de Edimburgo á concluir su tratado con el de Westminster, y le informó de cuanto habia llegado á su noticia.

Transmitióle además otro mayor descubrimiento: los papeles de Antrim dejaban entrever que Carlos mantenía relaciones con los rebeldes irlandeses; que habia recibido demandas y ofrecimientos suyos; que iba á concluir con ellos una suspension de hostilidades, y se prometia de su adhesion los mejores resultados para la próxima campaña. No eran infundadas estas indicaciones: desde mucho tiempo maldecia Carlos á la Inglaterra, y contemporizaba con la Irlanda, en cuyo pais seguia haciendo estragos la guerra civil. Diez ó doce mil soldados, mal pagados, eran fuerzas débiles para someterle, si bien que suficientes para impedir su emancipacion. Por febrero de 1642, antes de la esplosion de la guerra civil, habian intentado las cámaras un grande esfuerzo; se habia abierto un empréstito para hacer frente á los gastos de una espedicion decisiva.



Las propiedades de los rebeldes que algun dia debian ser confiscadas se habian hipotecado de antemano para el reembolso de los que adelantasen alguna suma. Varias cantidades que así se recogieron habian sido remitidas á Dublin; pero en esto estalló la guerra civil, y el parlamento ya no pensó en Irlanda mas que de tiempo en tiempo, y aun para contemporizar con los protestantes de aquel reino, y hacer responsable al rey de tamaños desastres. Lo mismo practicaba Cárlos, y mientras echaba en cara al parlamento que se hubiese apropiado los socorros conseguidos para aquel objeto, interceptaba á su vez los convoyes, ó se apoderaba de los fusiles y pólvora destinados á Irlanda. Pero los influyentes protestantes de este pais, aristócratas por situacion, eran partidarios del episcopado y de la corona; el ejército contaba entre sus oficiales á muchos que el parlamento habia alejado como caballeros; mandábalos el conde de Ormond, rico, valiente, generoso y popular, que ganó dos batallas á los rebeldes, y se congratuló por ello con el rey. Rápidamente declinó el partido parlamentario en Irlanda, pues los magistrados que le eran adictos fueron reemplazados por otros realistas; en vano el parlamento envió dos comisionados, miembros de los comunes, para grangearse alguna influencia, pues Ormond les prohibió la entrada en el consejo, y al cabo de cuatro meses se conoció bastante fuerte para obligarles á reembarcarse. Desde entonces quedó todo el poder civil y militar en manos del rey, quien desembarazado de una vigilancia importuna si bien que impotente, no titubeó en seguir los pla-

nes que se proponia. La reina no habia cesado de mantener con los católicos de Irlanda una correspondencia que no ignoraba sin duda su marido. No era ya la insurreccion como en sus asomos el desencadenamiento de un populacho salvaje; obedecia á un consejo soberano de veinte y cuatro miembros, residente en Kilkenny, que la gobernaba con prudencia y regularidad, y que mas de una vez habia dirigido al rey afectuosos mensajes, suplicándole que no por complacer á sus enemigos quisiese perseguir á sus fieles súbditos. Todavía no se encontraba Cárlos en tal peligro ni en guerra tan abierta con sus pueblos para aceptar abiertamente tal alianza; pero á lo menos podia á su parecer manifestarse mas benévolo con los Irlandeses, llamar á Inglaterra al ejército que los combatia, y dedicarle para hacer frente á rebeldes mas odiosos y temibles. Ormond recibió orden de abrir en este sentido negociaciones con el consejo de Kilkenny, y entretanto se abultó la penuria, grande en efecto, y la situacion desesperada de los protestantes y sus defensores en Irlanda, todo para escusarse de tal proceder. En una larga y patética memoria dirigida al consejo de Dublin espuso el ejército todos sus quebrantos y su resolucion de abandonar un servicio que no le era posible continuar. Varias representaciones al rey y al parlamento declaraban lo propio con sentidas quejas. Entretanto seguian las negociaciones, de manera que estaban á punto de concluirse cuando fué preso Antrim. A mediados de setiembre, pocos dias antes de que aceptasen solemnemente las cámaras el pacto con la Escocia, se supo que el rey habia firmado

con los rebeldes irlandeses una tregua de un año, que las tropas que combatian la insurreccion habian sido llamadas á Inglaterra, y que cinco regimientos iban á desembarcar en Chester y otros cinco en Bristol.

Elevóse de todas partes un clamor violento, pues los Irlandeses eran un objeto de desprecio, de aversion y de horror para la Inglaterra. Entre los mismos realistas, y aun en Oxford, llegó á manifestarse el descontento. Muchos oficiales abandonaron el ejército de Newcastle para presentarse al parlamento. Lord Holland volvió á Lóndres, diciendo que los papistas dominaban en Oxford y que su conciencia le impedia permanecer entre ellos. Lord Bedford, Clare, Paget, sir Eduardo Dering, y muchos otros, siguieron su ejemplo, encubriendo bajo el mismo pretexto su inconstancia y su cobardía. El parlamento no se mostró severo en punto á arrepentimiento. La conducta del rey era el objeto de las invectivas y de los sarcasmos populares. Recordábanse sus recientes protestas y el arrogante tono de sus apologías cuando se habló de las relaciones de la corte con los revoltosos, y era un motivo de satisfaccion haber presentido sus secretas tramas, á par que indignaba ver con que mala fe pretendia burlarse de su pueblo. Y subió de punto el encono al saberse que con las nuevas tropas venian muchos papistas irlandeses, y muchas mugeres semi-salvajes, armadas de largos cuchillos. No contento Carlos con dejar impune la matanza de los protestantes irlandeses, armaba á los mismos asesinos contra los ingleses. Desde entonces fué objeto de un odio

profundo, para unos á causa de su doblez, y para otros en razon de su alianza con odiosos papistas: hasta esta época nunca se habia acompañado su nombre con tan insultantes dictados.

Instruido de ello, y del pábulo que daba el parlamento á tales voces, tomó á grave ofensa que se juzgase de sus intenciones por sus actos: «Es hacer, decia á Hyde, sobrado honor á esos rebeldes de Westminster tratarlos como si formasen todavía parte del parlamento, cuando solo usurpan sus derechos. El acto por el que prometí no disolverlos sin su consentimiento me aseguran ser nulo de todo derecho, porque no está en mí mano abolir de este modo las prerogativas de la corona: al fin quiero usar de ellas. Redáctese una proclama en que se declare disueltas las cámaras, y se les prohiba á sus miembros reunirse y á los ciudadanos obedecerles.» Escuchábase Hyde con sorpresa porque tal proyecto le parecia insensato: «Veo, respondió, que V. M. ha examinado profundamente esta cuestion; tocante á mí me es absolutamente nueva, y por el pronto no comprendo como podrá llevarse á efecto una medida tan violenta. Puede que el acto de que habla V. M. sea en efecto nulo, como me inclino á creerlo; pero en tanto que el parlamento, vuelto en sí de sus errores ó reprimido en su rebellion, no lo haya declarado así él mismo, juzgo que ningun juez ni ningun ciudadano podrá ser de este parecer. Además, mucho se ha hablado de que era tal la intencion de V. M., y que de este modo se pretendia anular todos los actos del parlamento, rumores que han sido muy perjudiciales á vuestra

causa , y que lo serán infinitamente mas si de este modo se confirman. Desearia que V. M. lo pensase mejor antes de decidirse. »

En cuanto se supo que Hyde habia hablado al rey con tanta franqueza, todos los miembros del consejo fueron de su dictámen. A pesar de su arrogancia era entre ellos tímido y vacilante el monarca, le embarazaban las objeciones , y cedia comunmente, no sabiendo que responder ó para abreviar una discusion que le disgustaba. Despues de algunos dias de aparentes dudas se abandonó al cabo el proyecto. Parecia sin embargo necesaria una gran medida, aunque fuese solo para mantener el espíritu realista, y no dejar que solo el parlamento tuviese en espectacion á todos. Puesto que tenia tal magia entre el pueblo el nombre parlamento , se propuso convocar en Oxford á los miembros que se habian alejado de Westminster, oponiendo de este modo á una cámara rebelde otra legal y verdadera, en razon de que el rey formaria parte de la misma. No le plugo á Carlos tal proyecto ; hasta un parlamento realista le parecia sospechoso é importuno , porque tendria que escuchar sus consejos y tal vez condescender á una paz deshonrosa para el trono. Mayor fué todavia la resistencia de la reina , pues una asamblea inglesa no podia menos de contrariar á los católicos y á los favoritos. Pero , una vez conocida la proposicion , se hizo dificil desecharla ; el partido realista la habia recibido con transporte , y el mismo consejo insistia vivamente en sus ventajas por razon de los subsidios que votarian las nuevas cámaras, y por el descrédito que recaeria sobre las de Westminster

al ver el número de miembros que las había abandonado. Cárlos cedió á pesar de su repugnancia, de manera que la intencion de disolver un parlamento produjo la formacion de otro nuevo.

Alguna sensacion motivó en Lóndres tal medida. Se sabia que el partido realista renovaba en la capital sus tentativas; que se intentaba tratar secretamente de la paz sin la mediacion del parlamento; que se habia convenido ya en las bases de la negociacion, entre otras el reconocimiento de los empréstitos hechos en la Cité, cuyos intereses pagaban mal las cámaras, y que Cárlos garantiria. Otra trama se descubrió así mismo fuera de Lóndres, formada por los moderados y algunos dependientes oscuros para impedir la entrada de los escoceses en el reino y descartarse á toda costa de los presbiterianos. En esto los comunes perdieron al mas antiguo y útil de sus gefes: Pym acababa de morir á los pocos dias de haberle atacado una enfermedad; menos brillante que Hampden, no habia por esto prestado menos servicios. Recto y enérgico, era hábil á la vez para perseguir á un enemigo, para dirigir una discusion ó una intriga; para fomentar el encono popular, y para empeñar en la defensa de su causa á los magnates vacilantes; era infatigable para las comisiones, escelente para dar cuenta de medidas decisivas, dispuesto siempre á encargarse de las funciones mas penosas y temidas, nunca agitado por deseos de gloria ó de fortuna, y llevado solo de la ambicion de que triunfase su partido. Poco antes de su enfermedad habia publicado una apología de su conducta, dirigida sobre todo á los amigos del orden y

de la paz , como impelido de inquietud por lo pasado y de espanto por las imputaciones del porvenir. Pero la muerte le libró como á Hampden del peligro de desmentir su vida ; y lejos de abultar los posteriores revolucionarios tales como Cromwell , Vané y Haslerig unos leves indicios de zozobra de que dió muestras en sus últimos dias aquel veterano de la reforma nacional , todos pusieron á las nubes su memoria. Su cuerpo quedó de manifiesto durante muchos dias , ya para satisfacer el anhelo del pueblo, como para rechazar la voz esparcida por los realistas de que habia muerto de enfermedad pedicular. Una comision se ocupó de examinar el estado de su fortuna y de hacerle erigir un monumento en la abadía de Westminster ; la cámara entera acompañó su féretro, y poco despues se encargó del pago de sus deudas contraidas todas al parecer en servicio de la patria , y que subian á 10.000 libras esterlinas.

Al tiempo que los comunes adoptaban estas disposiciones , una diputacion de la municipalidad se dirigia á los lores á dar gracias á ambas cámaras por su energía y al lord general por su valor, á renovar el juramento de vivir y de morir por su santa causa, y á invitarlas para un banquete solemne en prueba de la union.

El parlamento volvió á grangearse toda la confianza. El mismo dia en que debia reunirse la asamblea de Oxford tuvo lugar un llamamiento nominal en Westminster ; solo acudieron veinte y dos lores á la cámara alta , pero doscientos ochenta miembros á la de los comunes : nótese que otros ciento estaban

ausentes por orden ó por el servicio del parlamento. Resolvió este no sufrir de modo alguno que se pusiesen en duda sus derechos, y desechar toda relacion con los rivales que se les queria dar. Poco tardó en ofrecérseles para ello coyuntura. No bien habian transecurrido ocho dias, cuando Essex envió sin abrirle á la cámara alta un pliego que acababa de transmitirle el conde de Forth, general en gefe del ejército del rey. Encargóse á una junta de inspeccion, y el informe que dió fué pronto y breve: el pliego no contenia nada que incumbiese á las dos cámaras, y el lord general debia volverle á quien se lo enviaba. Essex obedeció al instante.

Solo á él con efecto se dirigia el pliego. Cuarenta y cinco lores y ciento diez y ocho miembros de los comunes reunidos en Oxford le participaban su instalacion, sus deseos pacíficos y las buenas disposiciones del rey, y le invitaban á que con todo su influjo procurase tambien que se determinasen por la paz *aquellos cuya confianza obtenia*. Solo con estas palabras se designaba á las cámaras de Westminster, en quien persistia Carlos con no querer reconocer al parlamento.

El 18 de febrero recibió Essex otra carta en que el conde de Forth le pedia un salvo conducto para dos gentilhombres que el rey queria enviar á Lóndres con instrucciones relativas á la paz. « Milord, le respondió Essex, cuando me pediréis un salvo conducto para que esos señores puedan dirigirse á las cámaras de parte del rey, haré cuanto este de mi parte para contribuir á lo que desean todos los buenos ciudadanos, qual es que se restablezca una per-



fecta armonía entre S. M. y su único y fiel consejo, el parlamento.»

«No tomó Cárlos á mal que fuesen tan intratables sus contrarios, y que la guerra fuese al fin su único partido. Pero la asamblea de Oxford no la echaba de arrogante; conocia su nulidad, dudaba de su derecho, no habia osado tomar el nombre de parlamento, y temia que el rey oponia un obstáculo á la paz negándole al de Westminster. Por esto insistió todavía en que diese algun paso é hiciese alguna concesion capaz de suavizar los ánimos, y al cabo consintió Cárlos en escribir á las cámaras para proponerlas una negociacion. El sobre decia así: A los lores y comunes del parlamento reunidos en Westminster;» pero hablaba de los *lores y comunes del parlamento reunidos en Westminster*. Pronto un enviado de Essex trajo la respuesta de las cámaras: «La carta de V. M., decian, nos da las mas tristes ideas tocante á la paz: en ella se da el mismo título que á nosotros á los que faltando á su deber han desertado del parlamento; y á este mismo parlamento, convocado segun las leyes conocidas y fundamentales del reino, autorizado para sus reuniones por una ley especial sancionada por V. M., se le niega hasta su nombre. No podemos faltar al honor del país que se nos ha confiado, y es nuestro deber dar á conocer á V. M. que estamos decididos á defender con riesgo de nuestras vidas y haberes los justos derechos y el pleno poder del parlamento (9 marzo 1644.)»

Perdió la asamblea de Oxford toda esperanza de conciliacion, y consideró desde entonces por demas

su existencia. Continuó sin embargo hasta el 16 de abril, publicando largas y tristes declaraciones, votando algunos impuestos y empréstitos, dirigiendo amargas quejas á las cámaras de Westminster, y dando al rey muchas pruebas de fidelidad; pero tímida, inactiva, impotente, y solo deseosa de gran-gearse alguna dignidad hablando constantemente al monarca del órden legal y de la paz. Este, que temia tales consejeros, tardó poco en encontrarlos tan importunos como inútiles: ellos mismos se cansaban del innoble papel que con tanta solemnidad hacian. Despues de pomposas protestas sobre que modelaria su conducta por sus sentimientos, Cárlos pronunció su disolucion, y á poco se felicitaba ya con la reina por verse libre «de ese parlamento raquíico, perrera de cobardes y sediciosas mociones.»

Próxima á abrirse la campaña, se le anunciaba ya con poco lisonjeros auspicios. A pesar de la inaccion de los dos ejércitos principales, la guerra habia continuado con ventaja para el parlamento en todo lo restante del reino. Al Nordeste, despues de seis semanas de triunfos, habian sido casi enteramente destruidos por Fairfax en el condado de Chester y junto á Nantwich los regimientos llegados de Irlanda. Al Norte, habian empezado los escoceses su movimiento de invasion bajo las órdenes del conde de Leven. Salióles al encuentro lord Newcastle; pero durante su ausencia derrotó Fairfax en Selby á un numeroso cuerpo de realistas, y para librar la plaza de York de todo riesgo, se vió aquel precisado á encerrarse en ella. Al Este, se formaba un nuevo

ejército de catorce mil hombres al mando de lord Manchester y de Cromwell, dispuesto á dirigirse donde fuese necesario un refuerzo. Al Mediodía, junto á Alresford, sir William Waller habia alcanzado una inesperada victoria sobre sir Ralph Hopton. Algunas ventajas del príncipe Roberto en los condados de Nottingham y de Lancaster no compensaban ciertamente tantos descalabros. Aumentábase la indisciplina y el desorden entre los realistas; los hombres honrados se entristecian y disgustaban, mientras los demas exigian la licencia por precio de un arrojó sin virtud: de dia en dia era mas débil la autoridad del rey sobre los gefes y la de estos sobre los soldados. En Lóndres por el contrario eran cada vez mas enérgicas las medidas; movia á quejas que ninguna deliberacion de los comunes fuese secreta para el rey; al instante se dió un poder casi absoluto sobre la guerra y relaciones interiores y exteriores á un consejo compuesto de siete lores, de catorce miembros de los comunes y de cuatro comisionados escoceses. Llegó el entusiasmo á impeler á varias familias á privarse de una comida por semana y dar su valor al parlamento: pronto un decreto hizo de ello una obligacion para todos los habitantes de Lóndres y de sus alrededores. Estableciéronse derechos de consumo hasta entonces desconocidos sobre el vino, la cidra, la cerveza, el tabaco y muchos otros géneros, y redobló su rigor la junta de secuestros. Al abrirse la campaña mantenian el parlamento cinco ejércitos, los de los escoceses, de Essex y de Fairfax, todos á cargo del tesoro público; y los de Manchester y de Waller por medio de contribuciones lo-

cales, percibidas semanalmente en ciertos condados que debian aprontarlas. Estas fuerzas subian á mas de cincuenta mil hombres, de los que disponia á su placer la junta nombrada de ambos reinos (1).

A pesar de la presuncion que reinaba en Oxford, no tardó en manifestarse una viva zozobra. Admirábanse de no recibir de Lóndres ninguna confidencia; solo se sabia que se hacian allí grandes preparativos, que el poder se concentraba en manos de los mas osados, que hablaban de medidas decisivas, y que todo tomaba en fin un siniestro aspecto. De repente se esparce la voz de que Essex y Waller se han puesto en movimiento, y se adelantan para poner sitio á Oxford. La reina, embarazada de siete meses, declaró que queria partir al instante; en vano algunos miembros del consejo se aventuraron á deplorar el mal efecto de tal resolucion; en vano manifestó disgusto el mismo Cárlos: la sola idea de verse encerrada en una plaza sitiada le era, decia, insoportable, y se moriria si no la permitian retirarse al Oeste, en algun punto donde pudiese parir lejos de la guerra, embarcándose en todo caso para Francia. Fuera de sí á la menor objeccion se desesperaba, suplicaba y

---

(1) Los escoceses eran 21.000 hombres, y su manutencion mensual costaba 51.000 lib. est.; Waller mandaba 5.100; Essex 10.500, que costaban mensualmente 30.504 lib. est.; la manutencion del de Waller subia semanalmente á 2.658 lib. est.; Manchester mandaba 14.000 hombres, que costaban semanalmente 8.445 libras est.; y Fairfax de 5 á 6.000: no se ha podido indagar á cuanto ascendia su manutencion y sueldo etc.

lloraba ; nadie insistió pues ; se le escogió por morada á Exeter en el condado de Devon , y á últimos de abril se separó de su marido , que ya no debía verla mas.

Essex y Waller se dirigian en efecto á bloquear á Oxford, mientras Fairfax , Manchester y los escoceses iban á reunirse junto á York para sitiar la plaza. De este modo las dos grandes ciudades y los dos poderosos ejércitos realistas, el del rey y el de Newcastle , eran atacados á la vez por todas las fuerzas del parlamento. Tal era el plan sencillo y osado que acababa de adoptar la junta de ambos reinos.

A últimos de mayo casi estaba bloqueada Oxford: las tropas del rey , sucesivamente desalojadas de las plazas que ocupaban en los alrededores , tuvieron que replegarse , unas en la ciudad y otras al norte de ella ; ningun socorro podia llegar á tiempo ; el príncipe Roberto se habia internado en el condado de Lancaster ; el príncipe Mauricio sitiaba en Dorset el puerto de Lima , y lord Hopton permanecia en Bristol para salvar la plaza de las conspiraciones que se tramaban para entregarla al enemigo. Un refuerzo de ocho mil milicianos de Lóndres ponía á Essex en estado de completar el bloqueo. Parecia tan inminente el riesgo , que uno de los mas fieles consejeros del rey le propuso entregarse personalmente al conde : « Puede , respondió indignado , que me encuentren en poder del conde , pero muerto. » Esparcióse por Lóndres la voz de que viéndose apretado el rey , intentaba dirigirse de repente sobre la capital ó ponerse bajo la proteccion del lord-general. « Milord , escribieron al instante á

Essex los comunes sobresaltados, es general por acá la voz de que S. M. viene á Lóndres, y deseamos que procureis descubrir el fundamento de tales rumores; si algun día llega á vuestra noticia que S. M. se propone retirarse, bien sea por acá ó en el ejército, creemos que daréis al instante aviso á las cámaras, y no obraréis nada sin su consentimiento. » Comprendió Essex la desconfianza que encubrian estas palabras. « Ignoro absolutamente, respondió, de donde procede el rumor de que S. M. se dirige á Lóndres y procuraré descubrirlo; pero juzgo que en la capital es donde mejor podrá saberse, pues el ejército lo ignora. Si llega á mi noticia que el rey quiere presentarse al ejército ó al parlamento, os informaré al instante; mas no sé que motivo haya para creerlo, y en todo caso seré yo el último que lo sepa. »

Otro rumor bien distinto y mas cierto sorprendió á poco al parlamento y al ejército: el rey estaba en salvo. El 3 de junio á las 9 de la noche, seguido del príncipe de Galles y dejando en la plaza al duque de York con toda la corte, salió de Oxford, atravesó dos acampamentos enemigos, se reunió á un cuerpo de tropas ligeras que le esperaba hácia el norte, y en poco tiempo estuvo fuera de alcance.

Llegó á lo sumo la sorpresa, y se debió tomar una pronta resolución. Carecía ya de objeto el sitio de Oxford; pronto se presentaría el rey con fuerzas formidables, y convenia sobre manera impedirle que se reuniese al príncipe Roberto. Essex convocó un gran consejo de guerra, y propuso que Waller, libre de bagajes y gruesa artillería, siguiese en perse-

quecion del rey , mientras marchaba él al Oeste para hacer levantar el sitio de Lima , y reducir el pais á poder del parlamento. Waller desechó este plan, por no ser tal , dijo , el destino señalado por la junta de ambos reinos á los dos ejércitos caso que debiesen separarse : tocábale á él el mando del Oeste. El consejo de guerra fué del parecer del lord general ; Essex reclamó con orgullo la sumision , y Waller obedeció , poniéndose sin retardo en movimiento , aunque habiendo antes dirigido amargas quejas á la junta sobre el desprecio que hacia el conde de sus instrucciones.

Vivamente ofendida esta, pasó la queja á los comunes, y al instante se dió orden á Essex para que persiguiese al rey, y dejase á Waller solo en el Oeste como hubiera debido practicarlo.

No muy alegre habia entrado el conde en campaña ; durante el invierno , sus enemigos habian vuelto en sí de su estupor y le tendian mil lazos ; poco antes de su partida una peticion popular habia clamado por la reforma de su ejército , y los comunes la escucharon sin muestras de descontento ; el de Waller estaba mas provisto y era pagado con mas exactitud ; evidentemente para reemplazarle en todo caso , formaba Manchester otro ; en Lóndres y en su acampamento se indignaban sus amigos viendo que desde una sala de Westminster unos hombres estraños á la guerra querian arreglar las operaciones y prescribir movimientos á los generales. El conde contestó á la junta : «Vuestras órdenes son contrarias á la razon y á la disciplina militar ; si retrocediese , no seria poco el ánimo y fuerza moral

que cobraría el enemigo. Vuestro inocente, si bien que sospechoso servidor, Essex. » Y continuó su marcha.

Sorprendida la junta, dejó para otra ocasion su queja y encono, pues aun los enemigos del conde no se sentian bastante fuertes para perderle ni aun para despreciar sus servicios. Contentáronse de consiguiente con dirigirle una reprimenda sobre el tono de su carta, y le mandaron seguir en la espedicion que por el anterior mensaje se le prescribia abandonar.

Las noticias del ejército de Waller confirmaron tan prudentes disposiciones. Despues de haber perseguido en vano al rey, se encontraba á su vez en peligro aquel favorito de la junta. En cuanto supo Carlos que se habian separado los dos generales del parlamento, y que solo debia hacer frente á uno, se detuvo, escribió al príncipe Roberto que acudiese prontamente al socorro de York, y tomando una resolucion atrevida volvió á entrar en York á los diez y siete dias de su salida, se puso á la cabeza de sus tropas, y tomó la ofensiva; mientras Waller le buscaba todavía en el condado de Worcester. Al rumor de los movimientos del rey, volvió apresuradamente el parlamentario, como que solo él quedaba para cubrir el camino de Lóndres; reunió algunos refuerzos, y se adelantó con su acostumbrada confianza para ofrecer ó aceptar al menos el combate. Carlos y los suyos, animados del ardor que inspira una ventaja inesperada despues de un grave riesgo, lo deseaban aun mas vivamente. La accion se empeñó el 29 de junio en Copredybridge, condado de



Buckingham, y á pesar de una honrosa resistencia, fué batido Waller, mas completamente aun de lo que creyeron al principio los vencedores.

La fortuna pareció inspirar á Carlos una osadía y una táctica hasta entonces desconocida. Tranquilo tocante á Waller, resuelve marchar al Oeste, acosar á Essex, y destruir de esta manera en detall á dos ejércitos que poco antes casi le tenían prisionero. Por otra parte el conde se habia presentado junto á Exeter, residencia de la reina, que recién parida ignoraba los movimientos de la campaña, y volveria á sus terrores. Dos días despues de su victoria se puso Carlos en movimiento, y al propio tiempo para hacer agradable al pueblo su ventaja mas que por un sincero deseo de la paz, dirigió desde Evesham un mensaje á las cámaras, en que sin darlas el nombre de parlamento se deshacia en protestas pacificas, y ofrecia volver á abrir las negociaciones.

Pero, antes que este mensaje llegase á Lóndres, se habia desvanecido ya todo motivo de recelo: la derrota de Waller se tomaba ya por un accidente poco importante; el parlamento acababa de saber que sus generales habian alcanzado junto á York la mas brillante victoria, que la ciudad no podia tardar en rendirse, y que por fin estaba casi aniquilado el partido realista del Norte.

En efecto, el 2 de julio en Marston-Moor tuvo lugar desde las siete hasta las diez de la noche una batalla decisiva que debia originar los mayores resultados. Tres días antes, al acercarse á York el príncipe Roberto con veinte mil hombres, estaban decididos los parlamentarios á levantar el sitio, anhelando solo

que no entrasen socorros en la plaza; pero el príncipe burló sus planes, y entró en York sin combatir. Newcastle le instó vivamente á que se contentase con tan feliz resultado, pues la discordia, decia, fermentaba en el acampamento enemigo; los escoceses estaban mal con los ingleses, los independientes con los presbiterianos; y el teniente general Cromwell con el mayor-general Crawford; por último le rogaba que si insistia en presentar batalla aguardase á lo menos un refuerzo de tres mil hombres que llegaria dentro de pocos dias. Apenas le escuchó Roberto, respondió que tenia órdenes del rey, y mandó á sus tropas que marchasen sobre el enemigo que se retiraba. Pronto alcanzaron su retaguardia, y ambos ejércitos se prepararon para el combate. Casi á tiro de fusil y separados solo por algunas zanjas, permanecieron inmóviles y silenciosos los combatientes por espacio de dos horas, esperando mutuamente el ataque. «¿A qué punto me destina V. A.?» preguntó Newcastle al príncipe. — No cuento empeñar la accion hasta mañana por la mañana, le dijo Roberto; podeis descansar hasta entoncés. » Newcastle se retiraba, cuando oyó por el tiroteo que la batalla habia principiado, y acudió allá á la cabeza de algunos gentilhombres ofendidos y voluntarios como él. En pocos instantes todo fué horroroso desórden en la llanura: los dos ejércitos se mezclaron casi al azar; parlamentarios y realistas, infantería y caballería, oficiales y soldados, todos andaban errantes ó por bandas, pidiendo órdenes, buscando á sus cuerpos, batiéndose cuando encontraban al enemigo; pero sin resultado como sin

plan. De repente se declaró en derrota el ala derecha de los parlamentarios; la caballería escocesa, rota y aterrada por una valiente carga de los realistas, se dispersó completamente: en vano quiso Fairfax contenerla; los escoceses huían exclamando: ¡Somos perdidos! Esparcióse rápidamente la noticia de su derrota hasta llegar á Oxford, donde hubo algunas horas de regocijo. Pero, al volver al campo de batalla los realistas vencedores le encontraron en poder de un enemigo vencedor; el ala derecha, aunque mandada por el mismo Roberto, había sido arrollada despues de encarnizada lucha por el tenaz arrojo de Cromwell y de sus escuadrones; la infantería de Manchester había consumado la derrota; y contento Cromwell con la ventaja, había vuelto al campo para asegurarse la victoria antes de lograr sus frutos. Titubearon un momento los dos cuerpos victoriosos, se cargaron con furor; pero á las diez no quedó un realista en toda la llanura, escepto tres mil muertos y mil seiscientos prisioneros.

Roberto y Newcastle entraron aquella misma noche en York sin verse, y se dirigieron mutuamente un mensaje: « He resuelto, escribió el príncipe, partir con mi caballería y lo que me queda de infantería.—Parto al momento, escribió Newcastle, á embarcarme para el continente.» Ambos cumplieron su palabra: Newcastle se embarcó en Scarborough, y Roberto se puso en marcha para Chester con los restos de su ejército: York capituló á los quince días.

El partido independiente se entregó al júbilo; tan

brillante jornada se debia á sus gefes y á sus soldados ; la pericia de Cromwell habia decidido la victoria. Por la vez primera los escuadrones parlamentarios habian arrollado á los realistas , y esto se debia á los caballeros de Cromwell : sobre el campo de batalla habian recibido el nombre de *troncos de hierro*. El mismo estandarte del príncipe Roberto atestiguaba su triunfo ; y hubieran podido enviar otros ciento á los comunes si en su entusiasmo no los hubiesen destrozado para adornarse. Essex habia vencido dos veces , pero como á la fuerza y para salvar al parlamento próximo á sucumbir ; mas los independientes buscaban el combate y los peligros. Esos escoceses, que se habian mostrado tan débiles en dia tan glorioso , pretenderian acaso someterlos á su tiranía presbiteriana ? Se hablaria aun de la paz como de una necesidad ? Solo la victoria y la libertad eran necesarias ; se debian conquistar á todo precio , adelantando esa feliz reforma tantas veces comprometida por hombres interesados ó tímidos , y tantas otras salvada por el brazo del Señor. En todas partes resonaba este lenguaje ; do quier los independientes , libertinos ó fanáticos , paisanos , procuradores ó soldados , espresaban sus pasiones y sus sentimientos ; en todo se mezclaba el nombre de Cromwell que empezaba á ser famoso en guerra y en política. « Milord , dijo un dia á Manchester , en quien confiaba todavía su partido , entregaos á nosotros ; no digais ya que debe mirarse por la paz , contemporizarse con los lores , y temerse una negativa del parlamento ; ¿ para qué necesitamos la paz y la nobleza ? Nada adelantaremos mientras vos no

os llameis simplemente Montaque; si favoreceis á los hombres honrados, pronto os encontraréis á la cabeza de un ejército que dará la ley á Carlos y al parlamento.

A pesar de tan aventuradas esperanzas ignoraba el mismo Cromwell cuan cercano estaba el triunfo de su partido, y la triste suerte que le esperaba al enemigo á quien temia mas.

Essex se habia ido internando en el Oeste tras fáciles ventajas, desconociendo los peligros que ya le acosaban. En tres semanas hizo levantar el sitio de Lima, ocupó á Weimouth, Barnstaple, Tiverton y Taunton, y habia dispersado casi sin combatir los cuerpos realistas que probaban á detenerle. Al acercarse á Exeter le envió á pedir la reina un salvo-conducto para pasar á Bath á rehacerse de su parto. « Si V. M., le respondió, quiere pasar á Lóndres, no solo la ofrezco un salvo-conducto, si que la acompañaré yo mismo; allí recibirá los mejores consejos y desvelos para el restablecimiento de su salud; si otra cosa se me pide no puedo acceder á ello sin participarlo al parlamento. » Llena de terror la reina huyó á Talmouth, donde se embarcó para Francia, y Essex siguió su marcha. Todavía estaba á la vista de Exeter, cuando supo que el rey, vencedor de Waller, se adelantaba rápidamente contra él; reuniendo cuantas fuerzas encontraba. Convocóse un consejo de guerra para decidir si se debia seguir en adelante ó salir al encuentro de Carlos. Essex se inclinaba á esto último; pero muchos oficiales que poseian bienes en Cornouailles, donde se dirigian, habian hecho intencion de cobrar sus rentas atrasadas, y desecha-

ron toda idea de retirada, diciendo que Cornouailles se sublevaría á su favor, perdiendo el rey uno de los condados que le eran mas adictos. Essex se dejó persuadir, y se internó en formidables desfiladeros, escribiendo á Lóndres que le enviasen refuerzos. El pueblo no se levantó á su favor, carecian los víveres, y el rey le acosaba de cerca. Escribió de nuevo á Lóndres que su situacion era peligrosa y se hacia forzoso que Waller ó algun otro picase la retaguardia del ejército del rey para sacar al suyo del aprieto. La junta de ambos reinos movió gran ruido con sus apuros, y pareció animada de sumo ardor para socorrerle: se prescribieron públicas rogativas; se pasaron órdenes á Waller, Middleton y al mismo Manchester, que habia vuelto del Norte con parte de su ejército: todos á su vez manifestaron el mayor ardimiento: « Que me envíen dinero y hombres, escribia Waller; testigo el cielo, que no es por culpa mia si tardo; ¡ caiga el deshonor y la sangre sobre los que motiven mi retardo! Si no me llega dinero, iré sin él; » pero no se movió. Middleton usó el mismo lenguaje, se puso en movimiento, pero se detuvo al menor obstáculo. Manchester no destacó ningun cuerpo de su ejército. Asegurados con la victoria de Marston-Moor los gefes de los independientes, Vane, Saint-John, Ireton y Cromwell, nada se les daba comprar con un gran descalabro la ruina de su enemigo.

Sabian que aun en estos momentos de apuro tenia Essex su suerte en sus manos. El 6 de agosto le dirigió el rey una carta muy cortés y llena de promesas, en que le instaba á que volviese la paz á su

pais. Llevóse la lord Beauchamp, sobrino del conde, y parecia que la recibian favorablemente muchos coroneles de su ejército. «No puedo contestar, dijo Essex; solo aconsejaré al rey que vuelva al parlamento.» Carlos no insistió; quizás aun, á pesar del desastre de Marston-Moor, deseaba muy poco la intervencion de tal mediador; pero en torno suyo habia obstinados partidarios de la paz; el espíritu de independecia y de exámen dominaba entre los realistas; el nombre del rey no ejercia ya sobre ellos su antiguo imperio, y muchos oficiales discutian libremente en sus reuniones los negocios públicos y sus voluntades. Persuadidos á que si habia Essex desechado toda negociacion era porque las promesas del rey se le presentaban sin garantía, determinaron ofrecérsela, y le invitaron á conferenciar con ellos. Lord Wilmot y lord Piercy, comandantes de caballería y de artillería, estaban al frente de esta trama; osado uno, animoso y estimado por su alegre afabilidad, y frio el otro y arrogante, pero aventurado en sus planes y amigo de dar banquetes á sus compinches. Al saberlo Carlos se encolerizó; pero la intencion gustaba, á pesar de que ofendiesen, y tomó el partido de consentir: la carta que se envió al lord-general tenia un carácter oficial, é iba firmada por el príncipe Mauricio y el conde de Brentford, general en gefe del ejército. «Milores, respondió Essex, al principio de vuestra carta hablais de la autorizacion que teneis para dirigírmela, tocante á mí, no me ha dado ninguna el parlamento, y no podría hacerlo sin ser traidor á mi juramento. Vuestro servidor Essex.» Tan seca negativa irritó á

los realistas, y ya no se habló mas de negociacion; Wilmot y Piercy perdieron sus mandos, y volvieron á empezar las hostilidades.

Pronto se encontró Essex en una situacion desesperada: combatia diariamente, y solo para caminar de peligro en peligro; se cansaban sus soldados y se empezaba á murmurar; los estrechaba cada vez mas el rey, levantando reductos; se veian ya los caballeros privados de ir por forraje; apenas le quedaban libres algunas comunicaciones con la costa, que es por donde solo podia procurarse víveres; y á últimos de agosto estaba ya tan acosado, que los realistas podian ver lo que se pasaba en su acampamento. En tal estremidad, mandó á la caballería, á cuyo frente estaba sir William Balfour, que atravesase como pudiese entre los enemigos, y se puso en marcha con la infantería para llegar al puerto de Foy. A favor de la noche y de la niebla, logró pasar la caballería entre dos cuerpos realistas; pero la infantería, internada por caminos estrechos y fangosos, perseguida por todo el ejército del rey, y obligada á abandonar á cada paso cañones y bagajes, perdió en fin toda esperanza, y se habló de capitular. Abatido Essex, turbado, y anhelando solo sustraerse á tanta humillacion, huyó sin consultar á nadie, seguido solo de dos oficiales, ganó la costa y se embarcó para Plymouth, dejando su ejército á las órdenes de Skippon, mayor-general.

En cuanto se supo su partida, convocó este un consejo de guerra: «Señores, dijo, nuestro general con algunos principales gefes ha juzgado conducente abandonarnos; nuestra caballería ha parti-



do, y nos encontramos solos para defendernos: he aquí lo que os propongo: tenemos tanto valor y el mismo Dios por ayuda que la caballería; probemos también fortuna; abrámonos paso al través del enemigo: vale más morir con honor que salvarse con mengua.» Pero el heroísmo de Skippon no encontró eco: muchos oficiales, valientes y leales, pero presbiterianos ó moderados como Essex, estaban tristes y desalentados. El rey les hizo proponer una capitulación inesperada; solo exigía que se le entregase la artillería, las municiones y las armas; por lo demás, oficiales y soldados quedaban libres, y serían conducidos con seguridad hasta los cuarteles del parlamento. Aceptáronse estas condiciones, y escoltados los batallones parlamentarios por escuadrones realistas, atravesaron desarmados y sin general esos condados que en otro tiempo habían recorrido como vencedores.

Entre tanto desembarcó Essex en Plymouth, y dió cuenta al parlamento de su desastre: «Es el golpe más terrible, decía, que haya recibido jamás nuestro partido; solo deseo ser juzgado: tales desgracias no deben ser sofocadas.» Ocho días después recibió de Londres esta respuesta:

«Milord: la junta de ambos reinos ha comunicado á las cámaras del parlamento vuestra carta fecha en Plymouth, y nos mandan manifestaros que, penetradas de la gravedad de esta desgracia, pero sometiéndose á la voluntad de Dios, en nada habeis desmerecido su confianza fundada en vuestros méritos y en vuestra lealtad. Han resuelto echar mano de sus más enérgicos esfuerzos para reparar esta

pérdida, y confiaros un ejército que con la bendición de Dios pueda poner en mejor estado nuestros negocios. El conde de Manchester y sir William Waller han recibido orden de marchar con todas sus tropas á Dorchester. El parlamento ha mandado así mismo que se os envíen seis mil fusiles, seis mil uniformes y quinientos pares de pistolas, para equipar y reanimar á vuestros soldados. Creen todos que vuestra permanencia en este condado, para reorganizar y poner en movimiento los distintos cuerpos, tendrá los mas saludables efectos.»

Grande fué la sorpresa del conde: esperaba persecuciones, ó cuando menos amargas quejas; pero su fidelidad recientemente probada, la grandeza misma de su descalabro y la necesidad de hacer frente al enemigo, unía á sus partidarios los hombres vacilantes, y contenia á sus enemigos. Essex, afligido por su desgracia y por su falta, ya no les parecia temible: le conocian, y preveian que pronto para no esponerse á golpes tan terribles abandonaria el campo. Hasta entonces, tratándole con dignidad se daba muestras de energía; se evitaba una informacion desagradable tal vez acerca de las causas del acontecimiento; y por último se empeñaba á hacer un nuevo esfuerzo á los partidarios mismos de la paz. Tan hábiles como ardorosos los gefes de los independientes, callaron, y unánime el parlamento pareció sostener con dignidad tamaño desastre.

Su actividad y la firmeza de su ademan paralizaron un tanto los movimientos del rey, quien dirigió á las cámaras un mensaje pacífico, y se contentó despues con amenazar algunas plazas, como Ply-

mouth, Lima, y Portsmouth, que no se rindieron. Mas á últimos de setiembre supo que Montrose habia por fin encendido la guerra civil en Escocia, y alcanzaba ventajas. Despues de la batalla de Marston-Moor, disfrazado de criado, y seguido solo de dos amigos, habia aquel gefe pasado á pie la frontera de Escocia y dirigiéndose á Strathern á casa de un primo suyo, para aguardar el desembarco de los auxiliares irlandeses que Antrim debía enviarle. Ocultábase de dia, y andaba de noche errante por los cercanos montes, oyendo en persona las relaciones de sus confidentes. Pronto supo que habian desembarcado ya los irlandeses, y que se adelantaban robando y saqueando, pero sin saber donde dirigirse, y buscando á su vez el general que se les habia prometido. Acercábanse al condado de Athol; se les presentó de repente Montrose en traje de montañés, y acompañado de un solo criado: al instante le reconocieron por gefe. Al rumor de su llegada acudieron muchas bandas, y sin perder momento las llevó al combate, exigiéndolo todo de su valor, y prometiéndolo todo á su rapacidad: quince dias despues habia ganado dos batallas, ocupado á Perth, tomado por asalto á Aberdeen, sublevado las tribus del Norte, y llevado el terror hasta las murallas de Edimburgo.

Al saber estas noticias, se lisonjeó Cárlos de que estaba reparado el desastre de Marston-Moor, que el parlamento encontraría pronto en el Norte un poderoso contrario, y que él podia sin temor continuar sus triunfantes correrías por el Mediodía. Resolvió marchar sobre Lóndres, y para dar á su es-

pedición una apariencia popular y decisiva, echó al partir una proclama invitando á todos sus súbditos del Mediodía y del Este á levantarse en masa, elegirse sus oficiales, y reunírsele, para ir á intimar con él á las cámaras que aceptasen por último la paz.

Pero estas habian tomado sus medidas: ya las tropas de Manchester, de Waller y de Essex reunidas cubrian á Lóndres hácia el Oeste; jamás el parlamento habia reunido tan grande ejército en un solo punto; y aun, al rumor de la proximidad del rey, le reforzaron cinco regimientos de la milicia de Lóndres bajo las órdenes de sir James Harrington. Estableciéronse al propio tiempo nuevos pechos; los comunes decretaron que la vajilla del rey, hasta entonces depositada en la torre, se fundiese para el servicio público. Por último, cuando se supo que ambos ejércitos estaban á la vista, se cerraron las tiendas, el pueblo se precipitó á los templos, y se prescribió un ayuno solemne para invocar tocante á la próxima batalla las bendiciones del Señor.

En el campo como en la capital se esperaban los resultados: solo Essex, triste y enfermo, permanecia inmóvil en Lóndres, si bien que revestido del mando. Informadas las cámaras de que no partia, le enviaron una comision para darle pruebas de su afectuosa confianza. Essex les dió gracias, pero no salió para el ejército. La batalla se empeñó en su ausencia á Newbury, el 27 de octubre, casi en las mismas posiciones donde el año anterior al volver de Gloucester habia vencido tan gloriosamente. En su ausencia mandaba lord Manchester. La accion fué larga y encarnizada; los soldados de Essex so-

bre todo hicieron prodigios; al ver los cañones que habian perdido en el condado de Cornouailles se precipitaron sobre las baterías reales, recobraron las piezas, y se las llevaron abrazándolas con transporte. En cambio sufrieron un fuerte descalabro algunos regimientos de Manchester. Por algunas horas ambos partidos se atribuyeron la victoria; pero al dia siguiente renunció Cárlos á sus proyectos sobre Lóndres, y empezó su movimiento de retirada para ir á Oxford á tomar cuarteles de invierno.

El parlamento no exageró en nada su triunfo; no se celebró ninguna ceremonia en accion de gracias, y al dia siguiente del en que llegó á Lóndres la noticia de la batalla, tuvo lugar segun costumbre el ayuno mensual de las cámaras, como si ningun motivo hubiese de regocijo. El público se admiraba de tanta frialdad. Pronto circularon rumores alarmantes: la victoria, decian, hubiera podido ser mas decisiva, pero la discordia reinaba entre los generales, y habian permitido que se retirase el rey sin obstáculo al resplandor de una clara luna, cuando hubiera bastado el menor movimiento para impedirselo. Y subieron de punto aquellos cuando se supo que el rey se habia vuelto á presentar á los alrededores de Newbury, que habia sacado libremente su artillería del castillo de Donington, y aun ofrecido de nuevo la batalla sin que el ejército saliese de su inmovilidad. El clamor fué general; la cámara de los comunes ordenó una informacion: solo esta coyuntura aguardaba Cromwell para romper el silencio: « Todo debe imputarse, dijo, al conde de Manchester;

desde la victoria de Marston-Moor teme vencer por decirlo así; cuando reapareció junto á Newbury nada era mas fácil que destruir enteramente su ejército; fui en busca del general, le manifesté como podia lograrse, pedí permiso para atacar con mi sola brigada, otros oficiales insistieron conmigo; pero se negó obstinadamente, y añadió, que aunque destruyésemos su ejército el rey siempre seria rey, y pronto encontraria otro, mientras que si nosotros éramos batidos, solo seríamos rebeldes y traidores, condenados infaliblemente en virtud de la ley.» Estas últimas palabras conmovieron vivamente á la cámara, pues no podia sufrir que se dudase de la legalidad de su resistencia. Al dia siguiente rechazó Manchester el ataque en la cámara alta, esplicó su conducta y sus palabras, y á su vez acusó á Cromwell de indisciplinado, de falso, y aun de traidor y pérfido, puesto que el dia de la batalla no ocupó el punto que se le habia señalado. Cromwell no respondió á esto, y solo renovó sus violentas acusaciones.

Grande fué la emocion entre los presbiterianos, porque desde algun tiempo era Cromwell objeto de sus alarmas. Se le habia visto sumiso y adulator con Manchester, exaltándole contra Essex, y adquiriendo despues sobre su ejército mas ascendiente que el mismo general. A él acudian los independientes, los sectarios de todos colores, enemigos del pacto con Escocia como del rey; bajo su proteccion dominaba una licencia fanática; todos hablaban y oraban á su placer. En vano para paralizar su influencia se habia nombrado mayor-general al coronel Skeldon

Crawford, escocés y rígido presbiteriano, pues solo habia sabido acusar locamente á aquel de cobardía, mientras él mismo fué blanco de mil acusaciones y denunciaciones al parlamento y al pueblo. Animado Cromwell con esta ventaja y los visibles progresos de su partido, se habia declarado abiertamente patrono de la libertad de conciencia, y habia obtenido de las cámaras la formacion de una junta encargada de indagar como se podria contentar á los disidentes ó dejarlos en paz. Ahora atacaba ya al mismo Manchester, hablaba con insulto de los escoceses, se envanecia de poder triunfar sin ellos, de sacarlos de Inglaterra si pretendian oprimirle, y llegaba su audacia hasta declararse contra el trono, contra los lores, y todo el órden antiguo y legal del pais. Irritados é inquietos los gefes de los presbiterianos y políticos moderados, se reunieron en casa de Essex para discutir de que modo podrian librarse de tan peligroso enemigo. Despues de una larga conferencia resolvieron consultar á Whitelocke y Maynard, ambos sabios jurisconsultos, acreditados en la cámara, y que no sin motivo creian ser favorables á su causa. Se les envió á buscar de parte del lord-general, casi en mitad de la noche, sin decirles de que se trataba. Llegaron algo agitados por lo extraordinario del llamamiento. «Señores, les dijo lord Lowen, canciller de Escocia, bien sabeis que el teniente general Cromwell no ha cesado de hacernos odiosos desde nuestra entrada á Inglaterra; tampoco ignorais que odia á todos nosotros y al lord general, por tantos títulos respetable, y que segun nuestro pacto debe ser perseguido todo *incendiario*. Por tal re-

putan las leyes de Escocia al que escita la discordia. Deseamos saber de vuestra ilustracion si tiene aquella palabra la misma acepcion segun las leyes inglesas, si recae aquel dictado contra Cromwell, y si debe por tanto ser perseguido.»

Los dos jurisconsultos se miraron, y despues de algunos momentos de silencio: «Ya que nadie toma la palabra, dijo Whitelocke, diré mi parecer para probar mi sumision á su Escelencia. La palabra *incendiario* tiene entre nosotros la misma acepcion que entre los Escoceses; pero, solo probando que Cromwell ha procurado escitar la discordia entre los dos reinos podrá decirse que merece esta calificacion. Seguramente que S. E. ni nadie entrará en tal cuestion sin fundamento sólido. Fuera de que, Cromwell es osado, hábil, muy fecundo en recursos, y ha adquirido últimamente mucha influencia en los comunes: seguramente que no le faltarán entre los lores amigos para sostenerle. Por mi parte no he oido ni tengo la menor noticia de ningun hecho que le presente como incendiario. Dudo pues que sea prudente cargar por este lado sin reunir antes las pruebas suficientes; solo en este caso podrá ser útil convocarnos de nuevo, y entonces daremos nuestro parecer.»

Maynard vino á decir lo mismo, y añadió que la palabra incendiario no estaba muy en boga en Inglaterra, y daria lugar á incertidumbres. Hollis Stapleton y Merrick se aferraron en su plan, diciendo que Cromwell no tenia tanta influencia en la cámara, que se encargaban de acusarle, y que recordaban muy bien hechos y palabras que le hacian culpable;



pero los comisionados escoceses rehusaron empeñarse en esta lucha. A las dos de la madrugada se retiraron Maynard y Whitelocke, y la conferencia no tuvo otro resultado que escitar á Cromwell á que redoblase sus golpes, puesto que, «algun falso hermano» dijo Whitelocke (quizás fué él mismo) le informó de lo pasado.

Essex y sus amigos buscaron al mal otro remedio: todas sus ideas se volvieron hácia la paz. Nunca las cámaras la habian puesto en olvido; á veces se hacian solemnes mociones, en que la voz del presidente decidia de la suerte del pais; los embajadores de Francia y de Holanda pasaban sin cesar de Lóndres á Oxford, ofreciendo su mediacion, rara vez sincera, y siempre eludida aunque con embarazo. Eran tantos los que deseaban la paz, que nadie osaba contrariarla abiertamente, y hacia dos meses que una junta de miembros de ambas cámaras y de los comisionados escoceses trabajaba en redactar las proposiciones. De repente instó este trabajo el partido presbiteriano, y en pocos días las proposiciones fueron presentadas á las cámaras, discutidas y adoptadas, de manera que el 20 de noviembre partieron nueve comisionados para llevarlas al rey. Creíanle en Wallingford, y se presentaron delante de la plaza; á las dos horas se les recibió por fin para decirles que el rey habia partido y que le encontrarían probablemente en Oxford. Deseaban hacer noche en Wallingford; pero en vista de las amenazas de la guarnicion, juzgaron prudente retirarse. Al dia siguiente, cercanos ya de Oxford, se detuvieron sobre una colina á quinientos pasos de la ciu-

dad, y se hicieron anunciar al gobernador. Transcurrieron algunas horas, y no llegaba respuesta. El rey, paseándose en su jardín, percibió sobre la colina el grupo que formaban los comisionados y su séquito, pidió quien eran, y envió al instante para que fuesen introducidos y alojados, espresándoles cuanto sentía haberles hecho esperar tanto. A su tránsito por las calles se agrupaba el gentío, los llenaba de insultos, y aun les echaba piedras y lodo. No bien habian llegado á su alojamiento, cuando estalló un tumulto; Hollis y Whiteloke salieron al instante; algunos oficiales realistas llamaban *miserables*, *traidores* y *rebeldes* á los del séquito de los comisionados, y no querian permitir que se acercasen al hogar. Hollis cogió por el cuello á uno de los oficiales, y le sacó fuera, echándole en cara su conducta. Whiteloke hizo otro tanto; se cerraron las puertas de la posada, y el gobernador les dió una guardia. Al anoecer, muchos miembros del consejo, Hyde entre ellos, pasaron á ver á los comisionados, escusaron tales desórdenes, les dieron muestras de sus deseos pacíficos, y les participaron que el rey los recibiría al día siguiente.

La audiencia fué corta; lord Denbigh leyó en alta voz en presencia del consejo y de la corte las proposiciones del parlamento, tales que el rey no podia aceptarlas; se le pedía que entregase su poder á la desconfianza de las cámaras, y su partido á su venganza; más de una vez se oyó entre los presentes un murmullo de cólera; sobre todo, cuando se leyó que quedaban escludos de toda amnistia los príncipes Roberto y Mauricio, que estaban presen-

tes, todos se echaron á reir; pero el rey les impuso silencio con mirar severo, y continuó escuchando con paciencia y gravedad. Concluida la lectura: «Teneis poderes para tratar? dijo á lord Denbigh. — No señor; nuestra mision consiste en presentar á V. M. las proposiciones, y á solicitar su respuesta por escrito. — Está bien, os la enviaré así que pueda;» y los comisionados se retiraron.

Al anochecer, Hollis y Whitelocke con consentimiento de sus colegas hicieron una visita á lord Denbigh, gentilhombre de cámara, en otro tiempo amigo suyo, y á quien sus heridas habian impedido pasar á verlos. No habia transecurrido un cuarto de hora cuando entró el rey y les dijo con muestras de afecto: «Siento mucho que no me hayais hecho proposiciones mas razonables. — Señor, dijo Hollis, son las que el parlamento ha creido deber adoptar, y espero que podrán tener buenos resultados. — *El rey*: Lo sé; no podiais llevar mas de lo que os entregaban, pero confieso que algunas de estas proposiciones me han admirado sobre manera; seguramente no podeis creer que la razon ni el honor me permitan acceder á ellas. — *Hollis*: Bien es verdad que yo las hubiera deseado mejores; pero la mayoría... — *El rey*: Harto presumo que vos y vuestros amigos habréis hecho esfuerzos para ello: me consta que deseais la paz. — *Whitelocke*: He tenido el honor de acercarme con este deseo á V. M., y siento no haberlo alcanzado. — *El rey*: Desearia que todos pensasen como vosotros, pues entonces concluiria pronto la querella; quiero tambien la paz, y en prueba de ello y para probaros la confianza que

pongo en los dos, os pido vuestros consejos tocante á la respuesta que debo dar á estas proposiciones para que produzcan la paz. — *Hollis*: Disimule V. M. si en la actualidad no podemos dar una respuesta. — *Whitelocke*: Solo casualmente nos encontramos aquí, y nuestras funciones no nos permiten aconsejarle, aunque fuésemos capaces de ello. — *El rey*: Tocante á la capacidad yo la juzgo; por lo demas, solo á título de amistad y como á leales súbditos os pido vuestra opinion. — *Hollis*: Señor, como simple particular creo que vuestra mejor respuesta seria venirse con nosotros. — *El rey*. ¿Como podria yo volver á Lóndres con seguridad? — *Hollis*: Creo que ningun peligro correria V. M. — *El rey*: Esto es intrincado, y supongo que los que os han enviado quieren una pronta respuesta á este mensaje. — *Whitelocke*: La mejor seguramente y la mas pronta seria que V. M. se presentase á su parlamento. — *El rey*: Dejemos esto; permitidme rogaros que entreis en la otra sala, que conferenciéis juntos, y pongais por escrito lo que debo responder en bien de la paz. — *Hollis*: Obedecerémos la orden de V. M. »

Pasaron á la sala contigua, y despues de vacilar un momento escribió Whitelocke disimulando su carácter el consejo que el rey pedia; y dejando el papel sobre la mesa volvieron al otro aposento. El rey entró solo en el que dejaban, tomó el papel, saludó cortesmente á los dos comisionados y se retiró. Volvieron estos á su posada, y guardaron con sus amigos un profundo silencio sobre lo que les acababa de suceder.

Tres dias despues llamó el rey á la comision, y entregando á lord Denbigh un pliego cerrado y sin sobrescrito : « Esta, le dijo, ésta es mi respuesta, llevádsela al que os ha enviado. » Admirados de este proceder y de la obstinacion del rey en no querer dar á las cámaras el nombre de parlamento, pidió el conde permiso para retirarse un momento con sus colegas á fin de deliberar sobre lo que debian practicar. « ¿A qué deliberar? dijo el rey; no teneis poderes para tratar; así me lo dijisteis al llegar, y sé que desde entonces no habeis recibido correo. » Lord Denbigh insistió alegando que la comision presentaria tal vez observaciones á S. M. « Señores, dijo vivamente el rey, recibiré cuanto me presentéis de Lóndres, pero nada de cuanto hayais forjado en Oxford; con vuestro permiso, no me cogereis.— Señor, respondió el conde, no somos gente de tender lazos á nadie.— No lo digo por vosotros.— Permítanos V. M. al menos preguntar á quien se dirige este papel.— Es mi respuesta, y debeis recibirla, aunque fuese un romance de Robin-Hood.— El negocio que nos trajo aquí es algo mas gravé que un romance.— Lo sé, pero os lo repito, dijisteis que no teniais poderes para tratar; mi memoria es tan buena como la vuestra: solo os encargaron que me entregaseis las proposiciones: un postillon hubiera podido hacer lo mismo.— Presumo que V. M. no nos toma por postillones.— No digo esto; pero, aquí está mi respuesta, que debeis tomar: á nada mas estoy obligado. » A cada momento se agriaba la conversacion, en vano Hollis y Pierpoint probaron á hacer decir al rey que dirigía su mensaje á las dos

cámaras. Los comisionados se decidieron al cabo á recibir la respuesta, y salieron. Por la noche pasó á su domicilio Athburnham, criado de cámara del rey, y les dijo: «S. M. se acuerda de que en un momento de enfado soltó algunas palabras que tal vez podrían ofenderos, y me manda aseguraros que no fué tal su intencion en modo alguno.» Los comisionados protestaron su respetuosa deferencia á las palabras del rey, y partieron para Lóndres, seguidos de un trompeta encargado de recibir la respuesta del parlamento al pliego cerrado que traian.

Solo contenia la demanda de un salvo-conducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, por medio de los cuales prometia el rey enviar dentro de pocos dias una respuesta mas explícita. Concedióse al instante el salvo-conducto, y se dió audiencia á los dos lores en cuanto se presentaron. No traian todavía ninguna respuesta; su mision oficial se limitaba á pedir que se abriesen conferencias y se nombrasen de una y de otra parte negociadores para tratar de la paz. Pero, habiendo entregado este mensaje permanecieron todavía en Lóndres; corrió la voz de que se les reunian muchos sospechosos, y era que varios miembros de los comunes pasaban á conferenciar con ellos. La municipal, en la que dominaban los independientes, manifestó la mas viva inquietud. Se invitó á los dos lores á que partiesen, pero permanecieron bajo frívolos pretextos. Subia de punto la agitacion; las pasiones del pueblo amenazaban estallar antes que surtiesen efecto las intrigas del partido. Instigados por los amigos mismos de la paz, los dos lores vol-

vieron por último á Oxford, y á las tres semanas de su partida se determinó que cuarenta comisionados, los veinte y tres en nombre de los parlamentos de ambos reinos, y los diez y siete en nombre del rey se reunirían en Uxbridge para discutir con regularidad las condiciones de un tratado.

Sin embargo, mientras los presbiterianos preparaban la paz, los independientes se apoderaban de la guerra. El 9 de diciembre se habian reunido los comunes para tomar en consideracion los padecimientos públicos y buscar algun remedio á ellos: nadie pedia la palabra; parecia que aguardasen todos alguna medida decisiva cuya responsabilidad se queria eludir. Despues de un largo silencio se levantó Cromwell: «Fuerza es hablar hoy dia, dijo, ó callar para siempre. No se trata nada menos que de salvar una nacion ensangrentada y casi moribunda del deplorable estado á que la ha reducido la prolongacion de la guerra. Si no la continuamos de una manera mas enérgica, mas rápida y mas eficaz, si solo peleamos como aventureros que solo medran con los combates, el reino se cansará de nosotros y se le hará odioso el nombre de parlamento. ¿Qué dicen nuestros enemigos? aun mas; ¿qué dicen muchos que eran amigos nuestros al abrirse este parlamento?.. Que los miembros de ambas cámaras han alcanzado grandes empleos y mandos, que guardan la espada entre las manos, que con su influjo en el parlamento y su autoridad en el ejército quieren perpetuar su grandeza, y que no permitirán que la guerra se acabe por temor de que con ella no se acabe tambien su poder. Lo que digo aquí delante

de todos es lo mismo que se murmura en todas partes. No aplicaré mis palabras á nadie; conozco el mérito de los generales, miembros de las cámaras, á los que se ha confiado el mando; pero, para aliviar mi conciencia, digo que si no se da otra direccion al ejército, si no se sigue con mas vigor la guerra, el pueblo no podrá soportarla por mas tiempo y os obligará á aceptar una paz deshonrosa. Guardaos bien de dirigir acusaciones contra los comandantes en gefe; muchas faltas tendria que echarme en cara yo mismo, y sé cuan difícil se hace evitarlas en la guerra. Desterremos toda idea de informacion sobre las causas del mal, y apliquémonos á buscar el remedio: creo que todos tenemos el corazon inglés para no titubear en hacer al bien público el sacrificio del interés personal, y no ofendernos de lo que decida el parlamento.—Esto es innegable, repuso al instante otro miembro; cualquiera que sea la causa, he aquí que se han terminado dos campañas y aun no estamos libres de riesgo. Parece que se han metido en saco roto nuestras victorias, precio de una sangre inestimable, ganadas con tanto denuedo, y concedidas por el Señor: lo que ganamos hoy se pierde mañana; las ventajas obtenidas en verano sirven solo para las conversaciones del invierno; las correrías acaban con el otoño y vuelven á principiarse con la primavera, como si la sangre derramada debiese solo fertilizar los campos de batalla para hacer retoñar nuevas lides. Nada decidiré sobre este punto; pero sí digo que la division de nuestras fuerzas al mando de distintos gefes y la falta de armonía entre ellos ha dañado



mucho á nuestra causa. — Solo veo un medio para acabar con todo esto:» dijo Zouch Tate, fanático obscuro que nunca pudo medrar; y es, que cada cual renuncie francamente á sí mismo. Propongo que ningun miembro de una ni de otra cámara pueda durante esta guerra poseer ni ejercer ningun empleo ni mando civil ó militar, lo que se consignará en un decreto.»

La proposicion no era nueva: ya el año anterior se habia manifestado por incidencia y sin efecto una idea semejante en la cámara alta; y por aquel tiempo tambien, atendido sin duda el clamor público, habian mandado los comunes una informacion acerca del número y del valor de toda suerte de empleos ocupados por miembros del parlamento. Ora fuese de intento ó por embarazo, titubearon los presbiterianos en rechazar la proposicion de Tate, y pasó casi sin objecion. Pero, á los dos dias, cuando volvió á presentarse bajo la forma de un decreto definitivo, la discusion fué larga y muy viva, y se renovó cuatro veces en ocho dias. Era evidente que se trataba de quitar el poder ejecutivo á los políticos moderados, á los presbiterianos, y á los primeros gefes de la revolucion, que se les queria confinar en Westminster y levantar un ejército extraño al parlamento. En cada sesion se iba empeñando la resistencia cada vez mas violenta, y se declararon contra la medida algunos de los miembros que acostumbraban contemporizar con el partido independiente: « Bien sabeis, dijo Whitelocke, que entre los griegos y romanos se confiaban á los senadores los mayores cargos militares ó civiles, cre-

yéndose que unidos mas íntimamente con el senado y testigos de sus deliberaciones, comprenderian mejor los negocios públicos y faltarian menos á su deber. Así lo han practicado nuestros mayores; en todos tiempos han mirado á los miembros del parlamento como hombres los mas propios para cargos eminentes: seguid, os ruego, su ejemplo, y no os priveis voluntariamente de vuestros mas seguros y mas útiles servidores.» Otros se adelantaron hasta denunciar abiertamente la ambicion oculta de sus rivales. «Se habla, dijeron, de renunciar cada cual á sí mismo: este será el triunfo de la envidia y del interés personal.» Pero el público no hacia caso de estas predicciones; el partido presbiteriano se iba desmoronando, y muchos lo veian sin pesar; de manera que si bien los independientes estaban distantes de tener una mayoría en la cámara, sin embargo su proposicion salió victoriosa; en vano por última prueba pidieron los amigos de Essex que solo él fuese esceptuado de la medida; esta peticion fué desechada, y el 21 fué definitivamente adoptado el decreto y presentado á los lores.

Con estos confiaban los presbiterianos, pues era imperioso el interés de la cámara en desechar la medida, por cuanto heria á todos sus miembros; y les arrebatava el resto de poder que les quedaba. Pero, para hacer frente á aquella medida debian grangearse popularidad, y desterrar toda sospecha de connivencia con la corte de Oxford, contentando así las pasiones del pueblo presbiteriano. Continuáronse con este fin cuatro causas hacia tiempo olvidadas; la de lord Macguire, como cómplice de la insurrec-

cion de Irlanda; la de los Hotham, padre é hijo, por haber intentado entregar al rey la plaza de Hull; la de sir Alejandro Carew, por una tentativa igual con la isla de san Nicolas de que era gobernador; y la de Laud en fin, varias veces emprendida y otras tantas abandonada. Los cuatro primeros eran culpables de delitos recientes, legalmente probados, y que podian encontrar imitadores; pero Laud, encarcelado durante cuatro años, anciano y enfermo, solo podia responder de la parte que habia tomado en una tiranía ya vencida. A la manera que con la causa de Strafford, fué imposible probar contra él la alta traicion legal. Para condenarle como á aquel por medio de un bill extraordinario era preciso el consentimiento del rey: no obstante, los odios teológicos son tan sutiles como implacables. Entre los que conocian de la causa se encontraba ese mismo Prynne á quien en otro tiempo hizo Laud mutilar bárbaramente, y que anhelaba solo venganza. Despues de largos debates en que dió muestra el arzobispo de suma habilidad y prudencia, un simple decreto de las dos cámaras, votado solo por siete lores é ilegal aun insiguiendo todas las tradiciones de la tiranía parlamentaria, pronunció su sentencia de muerte. Murió con valor, despreciando á sus enemigos, y temiendo solo por el porvenir del rey. Igual fin tuvieron las demas causas; de modo que en seis semanas se levantó cinco veces el cadalso en Tower-Hill, cosa inaudita desde el origen de la revolucion. Encaminábanse al mismo fin las medidas de orden general. Ocho dias antes de la ejecucion de Laud fué definitivamente abolido el rito de la iglesia

anglicana, hasta entonces tolerado, y recibió la sancion del parlamento, á peticion de la asamblea de teólogos, un libro titulado *Direccion del culto público*. No ignoraban los gefes del partido que esta innovacion encontraria resistencia, y se les daba poco de ello, pensando solo que para retener un poder vacilante necesitaban de todo el apoyo de los presbiterianos fanáticos, á quienes nada negaban por lo mismo. Los independientes por su parte no perdonaban medio para hacer adoptar en la cámara alta el decreto decisivo; volvian á la carga con peticiones, algunas de ellas amenazadoras, y pedian que los lores y los comunes formasen una sola asamblea. Prescribióse un ayuno solemne para pedir las luces del Señor en tan grave deliberacion; ambas cámaras asistieron solas á los sermones que se predicaron aquellos dias en Westminster, sin duda para dar mas libertad al orador, que Vane y Cromwell habian elegido. Por último, despues de mensajes y repetidas conferencias, pasaron en cuerpo los comunes á la cámara alta para reclamar la adopcion del decreto; pero los lores habian tomado ya su resolucion, y fué desechada la medida el mismo dia en que se daba tan pomposo paso.

Grande parecia la victoria, y propicio el momento para aprovecharla, puesto que se acercaban las negociaciones de Uxbridge. A instancia de los miembros fugitivos que acababan de abrir en Oxford su segunda legislatura, consintió Cárlos en dar á las cámaras de Westminster el nombre de parlamento. «Si hubiese tenido en mi consejo, escribió á la reina, solo dos personas de mi parecer, jamás hubiera

cedido.» Habia al propio tiempo nombrado sus comisionados, que casi todos deseaban la paz. Solo entre los del Parlamento habia tres, Vane, Saint-Jhon y Prídeaux, que estaban por la guerra. El 29 de enero llegaron los negociadores á Uxbridge, animados de rectas intenciones y llenos de esperanza.

Recibiéronse con afabilidad y cortesía: todos se conocian desde mucho tiempo, y muchos eran íntimos antes de estas funestas disensiones. La tarde misma de su llegada se visitaron libremente felicitándose por su mision de paz Hyde, Colepepper, Palmer, Whitelocke, Hollis y Pierpoint. Notábase sin embargo mas embarazo y reserva en los comisionados de Westminster, en razon de que su dueño era mas desconfiado. Las negociaciones debian durar veinte dias, y tenian sobre todo por objeto la religion, la milicia y la Irlanda. Se decidió que cada una de estas cuestiones se ventilaria durante tres dias. Mientras se trató solamente de los preliminares, todo fué fácil, la confianza y la politica eran francas; pero no bien empezó la discusion oficial, cuando todo fueron ya dificultades. Cada una de las fracciones parlamentarias tenia su interés fundamental del que nada queria ceder: los presbiterianos el establecimiento privilegiado de su iglesia, los polítics el mando de la milicia, y los independientes la libertad de conciencia; y obligado el rey á ceder á todos, obtenia solo sacrificios de unos que negaban los otros. Uno y otro partido se preguntaba además si con la paz quedaria dueño del poder. El debate sobre religion se hizo teológico: todos querian tener razon, y la paz era lo de menos.

Poco á poco se agriaron las demas cuestiones. Entre los comisionados de Oxford, Hyde sobre todo era consultado por los de Westminster que conocian su crédito y sus conocimientos. Lord Lowden, canceller de Escocia, y los condes de Pembroke y de Denbigh hablaron con él larga y amistosamente acerca de los peligros del porvenir, de los siniestros planes que fermentaban en el parlamento, y de la necesidad en que se encontraba el rey de ceder en mucho para salvarlo todo. Hyde los escuchaba, pero la susceptibilidad de su amor propio, su arrogancia y tono áspero, y su desdeñosa probidad, ofendian casi siempre á los que habian anhelado granjearse su voluntad. El menor incidente lo embarazaba todo. Un dia de mercado, en la iglesia de Uxbridge y delante de un pueblo numeroso, Love, predicador fanático llegado de Lóndres, habló con la mayor violencia contra los realistas y el tratado: « De él, dijo, nada podemos esperar de bueno; esos hombres han venido de Oxford con el corazon ensangrentado; quieren solo divertir al pueblo esperando coyuntura para dañarle: entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno.» Los comisionados del rey pidieron que se castigase á tal energúmeno; pero los de Westminster solo se atrevieron á desterrarle de Uxbridge. Corrian alarmantes rumores sobre las verdaderas intenciones del rey: cediendo, decian, á los deseos de su consejo nada queria menos que la paz, prometia á la reina no obrar nada sin su consentimiento, y procuraba fomentar las disensiones interiores de las cámaras. Sospechábase además que trataba

por bajo mano con los papistas de Irlanda, y las mas solemnes propuestas de sus comisionados no podian disipar sobre este punto las desconfianzas.

Acercábase entretanto el término prefijado á las negociaciones, y el parlamento no se mostraba dispuesto á prolongarlas. Desolados los amigos de la paz viendo que iban á separarse sin resultado, probaron el último esfuerzo. Parecióles que seria eficaz alguna concesion del rey sobre la milicia, como por ejemplo si ofrecia confiar por algunos años su mando á gefes, la mitad nombrados por las cámaras. Lord Southampton partió inmediatamente para Oxford á obtener el consentimiento del rey. Negóse al pronto Cárlos, pero el conde insistió; y como se le uniesen sus amigos, suplicando de rodillas al rey en nombre de su corona y de su pueblo que no desechase el único medio de negociar, al fin cedió. Era tan vivo entre sus consejeros el deseo de la paz, que lo creyeron allanado todo. Fairfax y Cromwell se encontraban en el número de los individuos á quienes el rey debia conceder el mando de la milicia. Por la noche reinó el regocijo en la mesa real, y como se quejase el rey de que no era muy bueno el vino: «Espero, le dijo riendo uno de los convidados, que dentro de pocos dias le beberá mejor V. M. en Guildhall con el lord corregidor.» Al dia siguiente se disponia Southampton á partir para Uxbridge, y se presentó al rey pidiéndole por escrito las instrucciones convenidas; pero oyó con admiracion que Cárlos se negaba ya á todo.

Tan repentina mudanza era efecto de una carta de Montrose, llegada de Escocia con una rapidez sin

igual. Quince días antes había en Inverlochy alcanzado una brillante victoria sobre las tropas escocesas mandadas por Argyle: daba de ello parte al rey, y añadía: « Señor, permítame V. M. sagrada expresar mi humilde opinion tocante á lo que me escriben de las negociaciones con el parlamento rebelde. Triste ha sido para mí esta noticia tanto como alegre la de vuestras victorias. La última vez que tuve el honor de ver á V. M. le manifesté cuanto sabia sobre los planes de los rebeldes, y V. M. se convenció de que tenia razon. Estoy seguro que desde entonces nada ha sucedido que haya podido hacer mudar de dictámen á V. M. Quanto mas concedais mas os pedirán, puesto que solo estarán contentos si pueden haceros servir de monigote. Perdonad si me atrevo á decir que es indigno de un rey tratar con súbditos rebeldes mientras se presentan con las armas en la mano. No quiera Dios que me declare contra la clemencia de V. M.; pero me estremezco de horror cuando pienso que se habla de un tratado mientras están á la vista ambos ejércitos. Permitidme asegurar humildemente á V. M. que con las bendiciones del cielo estoy en buen camino para hacer entrar á este reino en sus deberes; y si no se frustran las medidas que he concertado con otros vuestros leales súbditos, antes que concluya este verano acudiré al socorro de V. M. con un valiente ejército, que sostenido por la justicia de vuestra causa domará enteramente á la rebelion. Séame dado solamente, despues de estos gloriosos sucesos, decir lo que el general de David á su dueño: — Ven tú mismo, para que esté hecho todo en tu nombre. — En todas mis ac-



ciones solo deseo la gloria y el interés de V. M.»

Esta carta volvió al rey sus mas lisonjeras esperanzas ; menos confiado Southampton no insistió , y regresó á Uxbridge con la negativa , sin explicar su causa. Rompiéronse las conferencias , y los presbiterianos volvieron á Westminster con el corazón condolido de un desastre que los volvía á abismar en todos los peligros de su situacion.

Agraváronse estos durante su ausencia. Obligados , momentáneamente al menos, los independientes á renunciar al decreto de abnegacion de sí mismos , se habian aferrado en la reorganizacion del ejército. En pocos dias se habia preparado , concertado el plan, la forma y el camino de llevarla á cabo. Debía formarse un solo ejército compuesto de veinte y un mil hombres , y mandado por un solo general , revestido del derecho de nombrar á todos los oficiales con el beneplácito del parlamento. Este era Fairfax. Desde mucho tiempo habia llamado la atencion su valor , su franco carácter , la felicidad de sus expediciones, y el entusiasmo belicoso de sus soldados; secretamente entre los del partido , y públicamente en la cámara , habia Cromwell alabado esta eleccion. Essex conservaba su título ; Waller y Manchester su comision, pero sin asomos de poder. Desde el 28 de enero se pasó á los lores el decreto que prescribía la ejecucion de esta medida ; pero se procuraba retardar al menos su adopcion , ya con enmiendas , ya con una lenta discusion. No obstante , en este punto era difícil la resistencia , porque en pro del decreto estaba la opinion pública , convencida de que la multitud de ejércitos y de gefes

era la verdadera causa de la prolongacion de la guerra. Con este apoyo insistieron vivamente los comunes, hasta que cedieron al fin los lores con la adopcion del decreto. El 19 de febrero, dos dias antes de romperse las negociaciones de Uxbridge, Fairfax fué introducido en la cámara, y con aire sencillo y modesto recibió de pie, junto al asiento que se le habia preparado, las felicitaciones oficiales del presidente.

De vuelta á Lóndres, procuraron los gefes presbiterianos rehacerse de su derrota. La cámara alta se quejó amargamente de los injuriosos discursos proferidos contra ella, y del rumor esparcido de que los comunes meditaban la abolicion de los pares. Aquellos respondieron con una declaracion solemne de su profundo respeto por los derechos de los lores, y su firme resolucion de sostenerlos. Los comisionados escoceses dirigieron á la cámara en nombre del pacto una esposicion tímida á la vez y chocante. Muy sobre sí los comunes, pasaron á los lores un nuevo decreto que estendia mas aun los poderes de Fairfax, y quitaba de sus despachos la orden, hasta entonces repetida en actos análogos, « de velar por la seguridad de la persona del rey. » Los lores votaron que se añadiesen estas palabras, mas se opusieron á ello los comunes: « Esta frase, decian, solo es buena para embarazar á los soldados permitiendo que el rey se arriesgue sin peligro al frente de sus tropas. » Los lores insistieron, y en tres debates consecutivos, á pesar de cuantos pasos daban los independientes, siempre fueron unos mismos los votos sobre esta cuestion. Todo quedaba indeci-

so; los comunes declararon que habian hecho cuanto estaba de su parte, y que si se seguia alguna desgracia del retardo solo los lores responderian al pais. Estos empezaban á cansarse de una resistencia que preveian ser inútil. En esto llegó de Escocia el marqués de Argyle, tocante á religion presbiteriano, pero en política algo mas osado; pronto le trataron con intimididad los independientes, Vane y Cromwell sobre todo. Argyle por otra parte anhelaba vengar recientes ultrajes: indagador profundo y ardiente, pero mas enérgico en el consejo que sobre el campo de batalla, solo de lejos habia visto la derrota de sus soldados por Montrose, y habia huido al momento. Desde entonces, así en Inglaterra como en Escocia, solo con insulto hablaban de él los caballeros, y solo su completa humillacion podia lavar tal afrenta. Procuró hacer que los comisionados escoceses y algunos gefes presbiterianos dejasen de oponerse á la reorganizacion del ejército y al decreto de abnegacion de sí mismos, pues una necesidad imperiosa, dijo, lo exige así. De dia en dia se mostraban mas vacilantes los amigos de Essex. Decidido este á vista del peligro, anunció que queria dar su dimision; y el 1.º de abril, levantándose en la cámara alta con un papel en la mano, pues era muy pobre orador, dijo: «Milores, habia aceptado el mando para obedecer las órdenes de ambas cámaras; y me atrevo á decir que durante estos tres años os he servido fielmente sin menoscabo de mi honor ni daño para mi causa. Hoy dia veo por esos decretos que desean los comunes ver concluida mi comision que ningun interés personal me impelia á sostener. No ignoran

muchos que ya queria presentar mi dimision antes de salvar á Gloucester; solo pidiéndomelo por el bien público me hicieron renunciar á tal proyecto. Ya no es así ahora, y presento mi comision al que me la dió, deseando que pueda ser útil este paso como lo creen algunos. Presumo que no se tomará á mal el que pida por mis oficiales que queden sin destino una parte de sus atrasos, y que lo restante les sea garantido por el estado del tesoro : no puede evitarse la desconfianza; sin embargo, bueno será ponerla algunos límites , para que al menos no se origine de ahí nuestra ruina. Nadie tome á mal mi consejo , hijo solo de mi adiccion al parlamento, cuya prosperidad es mi único deseo. »

Este discurso se tomó á bien entre los lores , los que se apresuraron á manifestar á los comunes que adoptaban sin enmienda su nuevo decreto acerca de la reorganizacion del ejército. A imitacion de Essex, dieron á poco su dimision los condes de Denbigh y Manchester. La cámara votó en su favor, por su patriótico sacrificio , gracias y promesas á las que adhirieron los comunes. Al dia siguiente (1) se adoptó sin obstáculo en la cámara alta un decreto de abnegacion de sí mismo algo distinto del anterior , pero igual en el fondo (2) : muchos se felicitaron por ver al fin terminada una lucha que no sin espanto habian visto empeñada.

---

(1) 3 de abril de 1645.

(2) *Parl. Hist.* Véanse las anotaciones y piezas históricas.

## LIBRO VI.

Formacion del ejército de independientes. — Cromwell conserva su mando. — Campaña de 1645. — Alarmas del parlamento. — Batalla de Naseby. — Coge el parlamento y publica la correspondencia privada del rey. — Decadencia del partido realista en el Oeste. — Fuga y zozobras del rey. — Victorias de Montrose en Escocia. — El rey pretende reunirsele, pero infructuosamente. — Derrota de Montrose. — Permanencia del rey en Newark. — Entra en Oxford y procura renovar las negociaciones con el parlamento. — Este se niega. — Nuevas elecciones. — Trata el rey con los rebeldes Irlandeses. — Descúbrese. — Derrota de los últimos cuerpos realistas. — El rey huye de Oxford y se refugia al acampamento Escocés.

(1645-1646.)

No bien Essex y Manchester habian dado su dimision, cuando Fairfax salió de Lóndres, y fijando en Windsor su cuartel general, se dedicó sin descanso á reorganizar el ejército que le estaba confiado. Se habian predicho vivas resistencias á esta organizacion; Cromwell, á quien abrazaba tambien el decreto de abnegacion, desechó todo temor, y dijo que « sus soldados habian aprendido á sus órdenes á combatir ó á deponer las armas, segun lo mandase el parla-

mento. » Sin embargo , estallaron algunas sediciones , en Reading sobre todo donde se encontraban cinco regimientos de infantería de Essex , y en el condado de Hertford , donde estaban acantonados ocho escuadrones de su caballería , al mando del coronel Dalbier. La presencia de Skippon , nombrado mayor-general del nuevo ejército y su ruda pero simpática elocuencia , bastaron para calmar los regimientos de Reading. Los de Dalbier vacilaron mucho mas, y hasta corrió en Lóndres la voz de que se dirigian á Oxford , de modo que Saint-John , estremado en todo, escribió á sus confidentes del condado de Hertford que era preciso caer á mano armada contra tales facciosos. Pero , pudo mas el influjo de algunos oficiales reformados ; y aun el del mismo Essex , pues al cabo se sometió Dalbier y pasó al cuartel general. A la verdad no era muy vivo el descontento entre los soldados , y se resignaban sin pensar á obedecer á sus nuevos gefes. El parlamento les hizo distribuir quince dias de sueldo , y ordenó la venta de los bienes secuestrados á algunos delinquentes para hacer con ello frente á imperiosas reclamaciones. Amotináronse así mismo los soldados de Cromwell , á pesar de sus promesas , declarando que solo querian servir bajo sus órdenes ; pero tuvo aquel bastante imperio sobre ellos para hacerlos entrar en su deber. Al saber su insurreccion , partió al momento para prestar , dijo , á las cámaras este último servicio antes de dejar el mando. Por el 20 de abril casi se habia llevado ya enteramente á cabo la operacion general ; todos los nuevos cuerpos se organizaban sin obstáculo : solo en Lóndres se pro-

longaba la agitacion por el concurso de oficiales reformados que acudian á la capital, ya para solicitar sus atrasos, ya para esperar el curso de los acontecimientos.

En Oxford rebozaban esperanza el rey y su corte. No dejó con todo Cárlos de sentir algun torcedor despues de haberse roto las negociaciones de Uxbridge, á pesar de las brillantes noticias de Escocia. Aunque poco dispuesto á la paz, necesitaba que dominase en Westminster un partido pacífico, y sintió su derrota. Resolvió entonces separarse de su hijo Cárlos, príncipe de Galles, que rayaba á los quince años, y enviarle con el título de generalísimo á los condados del Oeste, ya para darles un gefe capaz de mantener su lealtad, y ya para dividir los peligros que podian amenazar á la majestad. Hyde y los lores Capel y Colepepper recibieron orden de acompañar al príncipe y de dirigirlo todo en su nombre. Tal era en este momento la tristeza del rey, que hablaba con Hyde de lo que sucederia si cayese en manos de los rebeldes, y le hizo consultar por bajo mano si seria bueno hacer embarcar al príncipe para el continente. « Tales cuestiones, respondió Hyde, solo se ventilan el dia de la desgracia; » y el 4 de marzo el príncipe y sus consejeros se despidieron del rey, á quien no debian ya volver á ver. Pero, un mes despues, cuando se supo en Oxford los obstáculos que encontraba la reorganizacion del ejército parlamentario, cuando se vieron regimientos insurreccionados, y que cesaban en el mando oficiales ilustres, todo fué confianza y júbilo entre los caballeros. Pronto hablaron solo con irrisión de

ese conjunto de paisanos y artesanos predicadores, insensatos hasta el punto de arrinconar á los mas hábiles generales y sustituirlos por oficiales oscuros y novicios cual soldados. Renovábanse diariamente las sátiras contra el parlamento y sus defensores; y el rey se sonreía á pesar de su gravedad. Animábanle por otra parte secretas esperanzas, nacidas de intrigas que ignoraban aun sus mismos confidentes.

A mediados de abril anunció Fairfax que dentro de pocos dias abriria la campaña. Cromwell llegó á Windsor para besar, decia, la mano de su general, y presentarle su dimision. Al verle entrar en su cuarto le dijo Fairfax. « Acabo de recibir de la junta de ambos reinos una órden para vos; se os manda que paseis con algunos escuadrones á ocupar el camino de Oxford á Worcester con el objeto de interceptar toda comunicacion entre el rey y el príncipe Roberto. » Aquella tarde partió Cromwell, y en cinco dias, antes que se hubiese puesto en movimiento el nuevo ejército, habia ya batido en tres encuentros á los realistas, tomado la plaza de Blechington y dado cuenta á las cámaras de estos triunfos. « ¿ Quien me traerá muerto ó vivo á ese Cromwell? » exclamó el rey, mientras se regocijaban porque no habia dado todavía su dimision.

No habia transcurrido una semana cuando ya el parlamento decidió que permaneciese en el mando. Se habia abierto la campaña. El rey acababa de salir de Oxford, se habia reunido al príncipe Roberto y se adelantaba rápidamente hácia el Norte, ya para hacer levantar el sitio de Chester, como para combatir al ejército escocés y volver á recobrar sus an-



tiguas ventajas; si le salian bien estas operaciones amenazaba á su placer el Este ó el Mediodía, sin que pudiese oponérsele Fairfax, pues estaba en marcha hácia el Oeste para salvar la importante plaza de Taunton, bloqueada estrechamente por el príncipe de Galles. Llamóse al general en jefe, pero entretanto quedaba solo Cromwell para atisbar los movimientos del rey, y á pesar del decreto de abnegacion recibió orden de continuar sirviendo durante cuarenta dias. Iguales órdenes se pasaron á otros tres distinguidos oficiales miembros de los comunes, ora fuese por motivos análogos, ora porque no apareciese solo Cromwell exceptuado.

Apresuróse Fairfax á volver; continuaba el rey adelantándose hácia el Norte; pero, sin saberse porque, todo estaba mas tranquilo en Lóndres; ningun cuerpo realista cubria á Oxford, foco constante de la guerra en el centro del reino: creyó el parlamento tener confidencias seguras en la plaza, y recibió Fairfax orden de atacarla. Apoderarse de ella era una ventaja inmensa, y si se prolongaba el sitio, la posición era excelente para acudir á todos los puntos que amenazase el rey. Delante de la plaza se reunió Cromwell al cuartel general.

A poco empezaron muy vivas en Lóndres las alarmas. Diariamente llegaban malas noticias del Norte; el ejército escocés en vez de salir al encuentro al rey, se habia replegado hácia las fronteras de Escocia, por necesidad segun unos para oponerse á los progresos de Montrose, y por mala fe segun otros á causa de que el parlamento se descartaba del yugo de los presbiterianos y de los extranjeros. Como

quiera, merced á esta retirada, ni siquiera tuvo Carlos que acercarse á Chester para hacer levantar el sitio; tranquilo por esta plaza, medio para él de comunicacion con la Irlanda, se encaminaba á los condados confederados del Este, baluarte del parlamento. Era fuerza salvarlos de esta invasion, y nadie mas á propósito para ello que Cromwell, pues allí ejercia su influencia, allí habian dado principio sus hazañas: por tanto recibió orden de dirigirse á Cambridge en defensa de la confederacion.

Otro peligro le llamó bien pronto: á los ocho dias de su partida se supo que el rey habia entrado por asalto en Leicester, y que en el Oeste estaba de nuevo estrechamente bloqueada Taunton. Profunda fué la consternacion: los presbiterianos triunfaban: «Ved ahí, decian, el fruto de esta decantada reorganizacion: los descalabros. En un dia se apodera el rey de nuestras mejores plazas, y vuestro general permanece inmóvil delante de Oxford, aguardando sin ver temblar y abrirle las puertas á las mugeres de la corte.» Por toda respuesta se presentó á la cámara alta una peticion de la municipalidad, que imputaba todo el mal á la inaccion de los escoceses, á los retardos en las levas para el ejército, y al prurito de las cámaras en querer gobernarlo todo de lejos: acababa pidiendo que se diese mas libertad al general, mejores consejos á los escoceses, y el antiguo mando á Cromwell. Al propio tiempo se dió orden á Fairfax de abandonar el sitio de Oxford, ir en busca del rey, y combatirle á toda costa. Al practicarle escribió á las cámaras pidiendo á Cromwell, indispensable, decia, para el mando de la caballe-

ría. Diez y siete coroneles firmaron esta carta. Los lores retardaron su respuesta, pero la de los comunes fué pronta y eficaz. Fairfax lo participó á Cromwell; todos los cuerpos apresuraron su marcha, y el 12 de junio, al oeste de Northampton, algunos caballos enviados á un reconocimiento dieron de repente con un destacamento del ejército del rey.

No esperaba este tal encuentro; sabedor del sitio de Oxford y del espanto de su corte, renunciaba á su expedicion á los condados del Norte y del Este, y volvía á salvar su cuartel general. Pero su confianza era suma; acababa de saber una nueva victoria de Montrose, y escribía á la reina: «Nunca habian ido tan bien mis asuntos.» Así fué que seguía lentamente su rumbo, se detenía en los puntos que le gustaban, se divertía en cazar, y daba á sus caballeros suelta rienda. En cuanto supo la aproximacion de los parlamentarios, se replegó sobre Leicester para reunir sus tropas y esperar las que debían llegarle dentro de pocos días así del país de Galles como de los condados del Oeste. Al día siguiente, á la hora de cenar, era la misma su confianza y no pensaba en ofrecer batalla, cuando le participaron que los escuadrones parlamentarios picaban su retaguardia. Cromwell acababa de llegar. Convocóse al punto un consejo de guerra, y á la media noche, á pesar de la resistencia de muchos oficiales que opinaban porque se esperasen refuerzos, logró el príncipe Roberto que se marchase contra el enemigo.

El encuentro tuvo lugar á la mañana siguiente, sobre la colina de Naseby, al nordeste de Northampton. Al rayar el alba se encontraba el ejército del

rey alineado en batalla sobre una pequeña altura, en una posición ventajosa. Algunos caballos enviados á hacer un reconocimiento volvieron diciendo que no veían á los parlamentarios. Impaciente Roberto, pasó el mismo á practicar el reconocimiento con algunos escuadrones, y se resolvió que hasta su vuelta permanecería inmóvil el ejército. No bien habria andado media legua, cuando se presentó la vanguardia enemiga para atacar á los caballeros. Creyó en su exaltación el príncipe que se retiraba el enemigo, y se adelantó mas, enviando á decir al rey que se le reuniese al instante para que no se les escapase la coyuntura. A las diez llegaron algo cansados los realistas; y Roberto á la cabeza de la caballería del ala derecha se arrojó sobre la izquierda de los parlamentarios, mandada por Ireton, que fué después yerno de Cromwell. Casi al propio tiempo este general con los escuadrones de su ala derecha atacó la izquierda del rey, formada por los caballeros del condado del Norte, al mando de sir Marmaduke Langdale; poco después, ambas infanterías colocadas en el centro, una bajo las órdenes de Fairfax y Skippon, y otra bajo las del mismo rey, vinieron á las manos. Ninguna acción habia hasta entonces sido tan general y tan encarnizada. Era casi igual la fuerza numérica de ambos ejércitos; ebrios de confianza los caballeros, tenían por santo la reina María; constantes en su fe los parlamentarios, peleaban exclamando: *Dios nos asiste*. La primera carga del príncipe Roberto fué feliz como siempre; después de una viva refriega quedaron rotos los escuadrones de Ireton; este mismo jefe, acribillado de heri-

das, cayó por unos momentos en poder de los caballeros. Pero mientras Roberto, víctima siempre de una misma falta, perseguía al enemigo hasta los bagajes del acampamento y perdía el tiempo en atacarlos con la esperanza del botín, Cromwell, dueño de sí mismo y de los suyos como en Marston-Moor, desbarató por su parte los escuadrones de Langdale, y dejando á dos de sus oficiales para impedir que se rehiciesen, se apresuró á volver al campo de batalla, que se disputaban ambas infanterías con mayor encarnizamiento que en ningun otro punto. Los parlamentarios, atacados por el mismo rey, fueron al principio desordenados, y Skippon gravementè herido; Fairfax le instó á que se retirase. «No, dijo, mientras haya alguien en el campo, permaneceré aquí:» y dió á su reserva órden de adelantarse. Un sablazo quitó el casco á Fairfax; Cárlos Doyley, coronel de su guardia, al verle correr por el campo de batalla con la cabeza desnuda, le rogó que aceptase el suyo: «Estoy bien, no le necesito, respondió Fairfax;» y añadió enseñándole un cuerpo de infantería real que se mantenía firme en el campo: «¡Como pues! ¿serán una muralla esos hombres? los habeis cargado?—Dos veces, general, pero sin fruto.—Pues bien! atacadlos de frente, mientras lo hago yo por retaguardia, y nos encontraremos en el centro:» y en efecto se encontraron atravesando las líneas enemigas. Fairfax mató por su mano al abanderado, y entregó el estandarte á uno de los suyos: envaneciase por ello este como de una hazaña propia, lo que incomodó á Doyley; mas Fairfax le calmó: «Bastante honor me cabe, le dijo, dejad que él

tome una parte.» Replegábanse ya los realistas , cuando apareció Cromwell con sus escuadrones victoriosos. Al verlo se puso Cárlos á la cabeza de su regimiento de guardias, única reserva que le quedaba, para cargar á este nuevo enemigo ; ya se habia dado la órden y puesto la tropa en movimiento, cuando el conde de Carnewarth, escocés, que iba al lado del rey, cogió la brida de su caballo , y exclamó echando un voto : «¿Queréis que os maten?» y le hizo volver riendas. Los caballeros que estaban al lado del rey hicieron lo mismo sin saber porque; los demas siguieron el ejemplo , y en un abrir de ojos habia todo el regimiento dado la espalda al enemigo. La sorpresa degeneró en terror; todos se dispersaron por la llanura, unos para huir, y otros para retener á los fugitivos. En vano exclamaba Cárlos en medio del grupo de sus oficiales: Deteneos! deteneos! Solo se desvaneció un tanto el terror á vista del príncipe Roberto que volvía al fin al campo de batalla con sus escuadrones. Rehízose entonces al rededor del rey un cuerpo bastante numeroso , pero compuesto de caballeros en desórden , fatigados, turbados y abatidos. Cárlos, con la espada en la mano, los ojos inflamados, y la desesperacion en el semblante , se abalanzó dos veces, exclamando con todas sus fuerzas : « Señores , una carga mas, y la victoria es nuestra. » Nadie le siguió ; la infantería, arrollada en todas partes, estaba dispersada ó prisionera : fué preciso huir; el rey con unos dos mil caballos lo practicó hácia Leicester, dejando su artillería , sus municiones, sus bagajes , unos cien estandartes, el suyo propio, todos sus papeles y cin-

co mil hombres en poder de los parlamentarios.

La victoria sobrepujaba las mas quiméricas esperanzas: Fairfax se apresuró á dar parte á las cámaras sencillamente, sin alusiones ni consejos políticos. Cromwell escribió así mismo, pero solo á los comunes, como si tuviese de ellos el mando: su carta acababa así: « Marcada está aquí la mano de Dios; solo á él pertenece la gloria, y á ninguno mas. El general os ha servido con honor y lealtad, y el mayor elogio que puedo darle es que de todo se confiesa deudor á Dios y á ningun mérito aspira; por su valor sin embargo se ha hecho acreedor á todo. La gente honrada (hacia ilusion á los independientes entusiastas) se ha portado fielmente; está llena de confianza, y en nombre de Dios os ruego que no la desalenteis. Deseo que esta accion haga nacer en todos la humildad y la gratitud. Confio así mismo que los que esponen así su vida en bien del país puedan confiar en Dios por la libertad de conciencia, y en vosotros por la política. »

Algunos se ofendieron viendo que un teniente general al servicio del parlamento daba con tal tono consejos y alabanzas; pero su voz se perdia en medio del entusiasmo público, de modo que el dia en que llegó á Lóndres la carta de Cromwell, los mismos lores votaron que se le prorogaba el mando por tres meses.

Opinaron al mismo tiempo que debía aprovecharse la victoria para dirigir al rey proposiciones razonables, dictámen que fué aprobado de los comisionados escoceses. Pero los vencedores ni lo soñaban. Los comunes en lugar de responder pidieron que

todos los ciudadanos fuesen convocados en Guildhall para oír la lectura de los papeles encontrados al rey, sobre todo sus cartas á la reina, y para juzgar por sí mismos de la confianza que en adelante se podia poner en las negociaciones. Fairfax habia vacilado en abrirlos, pero Cromwell é Ireton combatieron sus escrúpulos, y los comunes no se anduvieron en chiquitas. La lectura se hizo en medio de un numeroso concurso, y causó un efecto prodigioso. Era evidente que el rey no habia nunca deseado la paz; que ninguna concesion era para él constante ni ninguna promesa obligatoria; que solo contaba con la fuerza, y aspiraba siempre al poder absoluto; y en fin, que á pesar de sus protestas tantas veces repetidas, se dirigia al rey de Francia, al duque de Lorena y á todos los príncipes del continente, para introducir en su reino soldados extranjeros. El nombre mismo de parlamento que habia dado á las cámaras para obtener las conferencias de Uxbridge, era en su boca una mentira, porque secretamente habia protestado contra este paso oficial en los registros de la municipalidad de Oxford. Todos los ciudadanos fueron admitidos á convencerse por sus propios ojos que las cartas eran verdaderamente de mano del rey, y despues de la asamblea de Guildhall el parlamento las hizo publicar.

El encono fué el mismo en todas partes, y los amigos de la paz enmudecieron. En vano probaron algunos á declararse contra esta publicacion, violacion brutal, decian, de los secretos domésticos. Pedian si era posible dar fe á su autenticidad, ó si era probable que unas cartas se hubiesen mutilado y



otras omitido; insinuaban que algunos miembros de las cámaras habian negociado con menos franqueza y deseo de paz: pero el pueblo no admite excusa ni explicación alguna desde que sabe que se le ha querido engañar. A mas de que, era evidente en todo caso la mala fe del rey, y para hacer la paz se necesitaba confianza. Ya solo se habló de guerra; se activó el alistamiento, la recepcion de tributos, y la venta de bienes de los delincuentes. Los escoceses consintieron por último á internarse en el reino, y Fairfax, no encontrando mas fugitivos que perseguir, se puso en movimiento hácia los condados del Oeste para terminar la expedición que el sitio de Oxford le habia hecho abandonar.

Todo habia mudado en estos condados, baluarte hasta entonces de la causa real; no porque la opinion del pueblo fuese ya favorable al parlamento, sino porque era indiferente para el rey. Este tenia en ellos todavía algunos cuerpos de tropas y conservaba todas las plazas; pero no hacian ya la guerra hombres graves, de chapa, populares y amigos desinteresados de la corona, como el marqués de Hertford, sir Bevil Greenville, lord Hopton, Trevannion y Slanning; algunos habian perecido, otros estaban disgustados, ó los habia sacrificado la debilidad del rey al impulso de intrigas cortesanas. En lugar de ellos, mandaban dos libertinos y codiciosos caballeros: lord Goring y sir Ricardo Greenville, á quienes ningun principio ni entusiasmo unia á la causa real, pues solo veian en la guerra un pábulo á sus pasiones, y la ventaja de poder oprimir á sus enemigos, de vengarse, de estar á sus glo-

rias y de enriquecerse. Goring era valiente, bien visto de los suyos, hábil y enérgico en el campo de batalla, pero insolente en sus palabras y modales; ni aun su lealtad era segura, pues habia sido traidor al rey y al parlamento, y parecia dispuesto á serlo nuevamente. Greenville, menos desarreglado y mas influyente con la nobleza del pais, era duro, insaciable, y de un valor sino dudoso al menos poco ardiente. Pasaba el tiempo recogiendo contribuciones para mantener tropas que no reunia, ó para dedicarse á empresas que no soñaba siquiera. A par de los gefes habia tambien mudado el ejército: no era ya un partido levantado á impulso de su adhesion é intereses, frívolo pero sincero, licenciado pero adicto; era una amalgama de súbditos depravados, indiferentes á su misma causa, entregados dia y noche á la licencia, y cuyo desenfreno indignaba al pais. Reducido el príncipe de Galles, ó mas bien su consejo, á servirse de tales hombres, en vano se esforzaba á satisfacerlos y reprimirlos á la vez, ya para proteger contra ellos al pueblo, ya para retenerlos en las filas, y atraer nuevos soldados.

Pero el pueblo no respondia á ningun llamamiento; pronto hizo mas: reuniéronse millares de paisanos, que bajo el nombre de *clumenos* recorrían armados las campiñas. No se declaraban por el rey ni por el parlamento; solo querían alejar de sus hogares los horrores de la guerra contra cualquiera que los molestase. Ya por el año anterior se habian formado algunas bandas en los condados de Worcester y de Dorset, suscitadas por las violencias del príncipe Roberto. Por marzo de 1645, eran una

confederacion permanente, regular, mandada por gentilhombres la mayor parte ex-realistas, defensores de las propiedades, del orden y de la paz. Trataban con ambos partidos, les entregaban víveres á condicion de que no se los quitarian á mano armada, algunas veces les impedian combatirse, y llevaban escritas en sus banderas estas palabras:

Si pretendéis robar nuestros rebaños,  
Estad seguros que tendréis batalla.

Mientras los realistas dominaron en el Oeste, se sublevaron los clumenos contra ellos y á favor de los parlamentarios, en quienes encontraron disposiciones pacíficas. Ora amenazaban con el incendio á cuantos rehusaban unirse á ellos para esterminar á los caballeros, ora invitaban al gefe de los parlamentarios á que en union con ellos sitiase á Hereford, de donde salian los caballeros para infestar el pais. El 2 de junio dirigieron al príncipe de Galles una peticion quejándose de las rapiñas de Goring, y persistieron en ella. A principios de julio, vencedor Fairfax, llegó al Oeste; intimidados los caballeros, cesaron de devastar libremente las campiñas, y al momento se dirigieron los clumenos contra Fairfax y sus soldados. Pero este general mandaba un ejército bien pagado, bien provisto, entusiasta y disciplinado; trató con suavidad á los clumenos, negoció con ellos, asistió en persona á alguna de sus reuniones, les prometió la paz; y pudo con esto activar la guerra sin crueldades. En pocos dias se decidió la campaña. Goring, sorprendido y batido en Langport, condado de Somerset, dejó dispersas sus

tropas ; Greenville envió al príncipe de Galles su dimision de feld-mariscal , quejándose altamente de que le hubiesen obligado á hacer la guerra á sus costas : á las tres semanas de la llegada de Fairfax , los caballeros que recorrían poco antes el Oeste estaban encerrados en las plazas que pronto iban á ser sitiadas.

Entretanto preguntaban todos lo que hacia el rey y donde estaba , porque muchos lo ignoraban. Después del desastre de Naseby habia huido de ciudad en ciudad , descansando poquísimas horas , y tomando ya el camino del Norte , ya el del Oeste para reunirse á Montrose ó á Goring , segun la variedad de sus planes y de sus temores. Al llegar á Hereford se decidió por último á ir al pais de Galles , donde esperaba reclutar alguna infantería , envió al príncipe Roberto á Bristol , se dirigió al castillo de Ragland , propio del marqués de Worcester , gefe del partido católico , y riquísimo magnate de Inglaterra. Era originada esta preferencia de secretos desigñios , peculiares solo á los católicos. Hacia tres años además que el marqués daba al rey pruebas de la mayor adhesion : le habia prestado 100.000 lib. est. , habia levantado á sus costas dos cuerpos de tropas á las órdenes de su hijo Herbert , y á pesar de sus achaques mandaba en su castillo una fuerte guarnicion. Recibió al rey con una pompa respetuosa , convocó á la nobleza de los alrededores , y todo eran cacerías , homenajes y diversiones. El fugitivo monarca respiró por unos dias , durante los cuales olvidó todas sus desgracias.

Al cabo le sacaron tambien de su letargo los des-

calabros del Oeste. Supo al propio tiempo que en el Norte había caído Carlisle en poder de los escoceses, y que se adelantaban hácia el Mediodía para poner sitio á Hereford. Salió de Ragland para acudir al socorro de Goring; pero apenas hubo llegado á orillas del Saverna, cuando la falta de reclutas, las disensiones de los oficiales, y mil embarazos imprevistos le desalentaron é hicieron volver al pais de Galles. Encontrábase en Cardiff indeciso, cuando le presentan una carta del príncipe Roberto al duque de Richmond, en que decia que estaba todo perdido y que convenia de todos modos la paz, y encargaba que la leyesen al rey. Cuando le parecia que peligraba su honor entonces recobraba Cárlos toda su energía. Escribió al instante á su sobrino: « Razon tendríais si no hiciese la guerra en defensa de mi religion, de mi corona y de mis amigos. Hablando como soldado ó como hombre de estado, convengo que es probable mi ruina; pero como cristiano debo decir que Dios no permitirá el triunfo de los rebeldes. Cualquiera que sea el castigo que tenga á bien conminarme, nada me obligará á arrepentirme ni á abandonar mi causa. Sépanlo mis amigos: todos deben estar decididos á morir, ó lo que es peor, á vivir tan miserablemente como puedan obligarnos á ello los infames. Por Dios no nos entreguemos á vanas quimeras; creedme, la sola idea de que anhelaís por un tratado precipitará mi pérdida. » Y para animar sus partidarios, dejó el pais de Galles, atravesó sin ser visto el ejército escocés y los condados de Shrop, Stafford, Derby y Nottingham; y habiendo llegado al de York convocó

en Doncaster todos sus leales caballeros del Norte para reunirse con ellos al fiel y nunca vencido Montrose.

Acudieron los caballeros entusiastas á la presencia del rey ; se trató de formar un cuerpo de infantería ; faltaban víveres en las plazas, y valia mas desguarnecerlas ; en tres dias cerca de tres mil hombres ofrecieron al rey sus servicios , prontos á marchar. Solo se esperaba una carta de Montrose para saber si se le encontraria en Escocia , ó se señalaria un punto de reunion para Inglaterra. De repente se supo que Lesley, á la cabeza de la caballería escocesa habia dejado el sitio de Hereford , y se encontraba ya en Rotherham , á cuatro leguas de Doncaster, en busca del rey. El descalabro de Naseby habia desalentado enteramente á los realistas, y su confianza se desvanecia á vista del peligro. Muchos abandonaron el acampamento ; los mas valientes juzgaban imposible reunirse con Montrose, solo pensaban en la seguridad del rey. Huyó este , seguido de unos 1500 caballos , atravesó sin obstáculo el centro del reino, batió aun casualmente algunos destacamentos parlamentarios , y entró el 29 de agosto en Oxford, no sabiendo que practicar con estas cortas fuerzas que le quedaban.

A los dos dias llegaron á su noticia recientes y prodigiosas ventajas de Montrose en Escocia ; no solo en el Norte de este reino y entre los montañeses triunfaba la causa real, si que tambien al Mediodía y en las tierras bajas : el 15 de agosto habia obtenido en Kilsyth la séptima y brillantísima victoria contra los parlamentarios. El ejército de estos quedó des-

truido; Bothwell, Glasgow, y aun Edimburgo, habian abierto sus puertas al vencedor; se soltaron todos los realistas prisioneros; todos los magnates indecisos se declararon al fin; huían de todas partes los gefes parlamentarios, unos á Inglaterra y otros á Irlanda. En fin, la caballería de Lesley era llamada á Escocia para defender la patria, y aun se añadió que ya se dirigia á aquel reino cuando huyó espantado de Duncaster.

Al oír estas gloriosas hazañas, salió Cárlos para marchar contra el ejército escocés con el objeto de obligarle al menos á levantar el sitio de Hereford. A su tránsito por Ragland supo que Fairfax acababa de atacar á Bristol, importante plaza de sus posesiones en el Oeste, defendida por el príncipe Roberto, y capaz de resistir cuatro meses. Encontrábase á una jornada de Hereford, cuando supo que los escoceses habian levantado el sitio, y se retiraban precipitadamente hácia el Norte. Se le instó para que persiguiese á los fugitivos, que turbados y en desorden atravesaban un país enemigo, pues hubiera sido fácil destruirlos. Pero Cárlos se encontraba tambien fatigado de una actividad superior á sus fuerzas; dijo ser forzoso socorrer é Bristol, y aguardando la llegada de algunas tropas llamadas del Oeste al intento, volvió al castillo de Ragland, ya para disfrutar de esta morada deliciosa, ó ya para hablar con el marqués de Worcester del misterioso negocio que los reunia.

No bien hubo llegado, cuando recibió la inesperada noticia de que Roberto habia rendido la plaza de Bristol al primer asalto, casi sin resistencia, sin que

nada le faltase para la defensa. Grande fué la consternacion de Cárlos, y amarga para su alma la idea de su ruina en el Oeste. Escribió al príncipe : « Sobrino mio, si bien la pérdida de Bristol ha sido para mí un golpe terrible, sin embargo el modo como habeis rendido la plaza me hace olvidarlo todo. ¿Qué puedo hacer cuando procede tan cobardemente un hombre por cuyas venas corre mi sangre?... Tanto podria decir que prefiero callar. Acordaos que el 12 de agosto me escribisteis que os defenderiais cuatro meses si no habia sedicion en Bristol. ¿Os habeis defendido siquiera cuatro dias? qué sedicion ha habido? Concluyo, deseando que os busqueis en Ultramar la subsistencia, hasta que Dios sea servido disponer de mí. Ahí os envio un pasaporte; plegue al cielo que podais un dia grangearos lo que habeis perdido. Una victoria no me seria mas grata que el poderme llamar sin mengua vuestro tio y fiel amigo. *Cárlos Rey.* »

Escribió el mismo dia á Oxford, donde se habia retirado el príncipe, mandando á los lores del consejo que recogiesen sus despachos, atisbasen sus pasos, destituyesen al coronel Legg, gobernador de Oxford y amigo suyo, y los arrestasen á entrambos si habia algun tumulto en la plaza. Su carta acababa con esta posdata : « Decid á mi hijo que sentiria menos su muerte que verle imitar una accion tan cobarde como la rendicion de Bristol. »

Un recurso solo quedaba al rey, y era su reunion con Montrose, probada otra vez en vano. Era ante todo preciso marchar hácia Chester para hacer levantar su sitio, puesto que era el único puesto que



le quedaba para desembarcar tropas de Irlanda, como meditaba. Al cabo de ocho dias perdidos en Hereford, se puso en marcha al través de las montañas del pais de Galles, único camino á favor del cual podia escapar á un cuerpo parlamentario que observaba sus movimientos. Le siguieron unos cinco mil hombres, entre infantería y caballería. Encontrábase ya delante de Chester, cuando picaron su retaguardia los parlamentarios que habian venido por un camino mas fácil. Pero fueron cargados vigorosamente, y tuvieron que replegarse; en esto, el coronel Jones, que dirigia el sitio, destacó un cuerpo que cogió entre dos fuegos á los realistas. El rey vió caer al lado suyo á sus mejores oficiales, y pronto tuvo que huir desesperado hácia el pais de Galles, viendo que le era imposible reunirse á Montrose; única esperanza suya.

Esta era ya un error, pues hacia diez dias que Montrose huia como él buscando soldados y asilo. El 13 de setiembre, en la selva de Ettrick, junto á la frontera de ambos reinos, le habia Lesley sorprendido confiado y sin fuerzas. A pesar de todos sus esfuerzos, le habian abandonado los montañeses para ir á esconder en sus asilos el fruto de sus rapiñas. Algunos magnates celosos de su gloria, Aboyne entre ellos, se habian alejado con sus vasallos; otros desconfiaban de su fortuna y no se le reunieron como habian prometido. Brillante y temerario, escitaba la envidia en los corazones viles, y no inspiraba ninguna seguridad á los tímidos. Algo de envanecimiento se mezclaba á su carácter y dañaba á su influencia: sus amigos le servian con pasion, y

sus soldados con entusiasmo, pero no imponia á sus iguales. Su poder por otra parte se fundaba solo en la victoria, y los hombres prudentes, mas numerosos cada dia, le miraban con sorpresa, como un metéoro á quien nadie detiene, pero que pronto pasa. Un descalabro disipó la ilusion, y al dia siguiente de su derrota, el conquistador de Escocia solo era ya un proscrito aventurero.

A este golpe miró Cárlos al rededor suyo, no sabiendo donde buscar un punto de apoyo. Hasta le faltaban consejeros, pues al lado de su hijo estaban los mas sabios. Quedábale solo lord Digby, confiado siempre, dispuesto á oponer los planes á los reverses, y ocupado sobre todo de su crédito, á pesar de su celo. Opinó el rey que le convendria pasar el invierno en la isla de Anglesey, fácil de defender, y cercana á Irlanda; pero le hicieron fácilmente desistir de un proyectó segun el cual abandonaba su reino, cuando aun tenia en él plazas como Worcester, Hereford, Chester, Oxford y Newark. Todos se inclinaban á encerrarse en la primera, pero nada convenia menos á lord Digby. Enemigo declarado del príncipe Roberto, habia motivado los rigores del rey contra su persona despues de la pérdida de Bristol, de manera que aquel deseaba á toda costa ver á su tio, justificarse y vengarse, lo que fácilmente hubiera logrado en Worcester; de cuyo punto era gobernador su hermano Mauricio. Solo á Newark le era mas difícil comparecer: así fué que con sorpresa general se decidió el rey por Newark.

Súpolo al instante el príncipe, y se puso en camino para allá á pesar de la prohibicion que tenia. Re-

pitio el rey que no le recibiria , mas no por esto dejó de estar inquieto Digby. Bien fuese efecto de casualidad ó de mala fe , corrió de repente la voz de que Montrose habia reparado su pérdida y batido á Lesley , y que se adelantaba á la frontera de ambos reinos. Sin mas informes partió el rey con dos mil caballos para probar por tercera vez á reunírsele. Pronto se disipó el error ; á los dos dias de marcha supieron á no dudarlo que Montrose vagaba todavía sin soldados por las montañas del Norte. Ya no le quedaba al rey otro recurso que volver á Newark , en lo que convino el mismo Digby. Pero tocante á él , decidido á no presentarse al príncipe Roberto , persuadió á Cárlos que era preciso enviar socorros á Montrose , y se encargó de conducirlos. Separáronse con esto ; Digby con 1500 caballos , casi lo único que quedaba de realistas , para el Norte ; y Cárlos para Newark con 300 ó 400 caballos por ejército , y con John Ashburnham su ayuda de cámara por consejero.

Al llegar á la plaza , supo que Roberto se encontraba en el castillo de Belvoir , á tres leguas de la ciudad , con su hermano Mauricio y una escolta de 120 oficiales. Mandóle á decir que permaneciese allí hasta nueva orden , muy ofendido de su llegada. Pero el príncipe siguió adelantándose , y muchos oficiales de la guarnicion , y á mas su gobernador sir Ricardo Willis , le salieron á recibir. Llegó , y sin hacerse anunciar se presentó al rey con todo su séquito. « Señor , le dijo , vengo á daros cuenta de la pérdida de Bristol , y á patentizar las calumnias de que he sido blanco. » Turbado Cárlos á par que irritado ,

apenas le contestó; era hora de cenar y se pusieron á la mesa retirándose la escolta: el rey habló con Mauricio sin dirigir la palabra á Roberto, y concluida la cena se retiró á su cámara. Roberto se alojó en casa del gobernador. Sin embargo, al dia siguiente consintió el rey en la convocacion de un consejo de guerra, y despues de algunas horas de sesion se declaró que el príncipe no habia faltado á su valor ni á su fidelidad. Nada mas fué posible obtener del rey. Harto poco era en sentir del príncipe y de sus partidarios, los que permanecieron en Newark exhalando sin rebozo su mal humor. El rey por su parte probó á poner un término á los desórdenes cada dia mayores de las guarniciones. Para dos mil hombres de tropas habia veinte y cuatro oficiales generales ó coroneles, cuyo sueldo absorbia casi todas las contribuciones del condado. Los mas adictos gentil-hombres de los alrededores se quejaban amargamente del gobernador, y en vista de ello le reemplazó, si bien que empleándole con miramiento cerca de su persona real, pues le confirió el mandó de sus guardias á caballo. Sir Ricardo se oponia, diciendo que esta elevacion se tomaria á desgracia, en razon de que era muy pobre para cortesano. «Daré providencia» respondió el rey volviéndole la espalda. El mismo dia, á hora de comer, entraron á ver al rey los dos príncipes, sir Ricardo, lord Gerard y veinte oficiales de la guarnicion: «Señor, dijo Ricardo, lo que V. M. me ha dicho esta mañana en secreto se ha hecho público en la ciudad, y me deshonra.—No es por ninguna falta, añadió Roberto, por lo que pierde sir Ricardo su destino; es por ser

amigo mio. — Todo esto, repuso lord Gerard, es una trama de lord Digby, quien es un traidor, como lo probaré. » Lleno de pasmo Cárlos á par que de admiracion se levantó de la mesa, y dando algunos pasos hácia su cámara, mandó á Willis que le siguiese: « No, señor, dijo este; he recibido una injuria pública, y espero una reparacion tambien pública. » A esta negativa, fuera de sí Cárlos se precipitó hácia ellos, y pálido de cólera, con voz terrible y con gesto amenazador les dijo: « Salid, salid, y no parezcáis nunca mas á mi presencia. » Turbados á su vez los caballeros, salieron precipitadamente, volvieron á casa del gobernador y abandonaron la ciudad en número de doscientos.

Toda la guarnicion y los habitantes acudieron para ofrecer al rey la espresion de su respeto y constante adhesion. Por la noche, los descontentos le hicieron pedir pasaportes, rogándole que tuviese á bien no considerarlos como rebeldes: « No los bautizaré hoy dia, dijo el rey; tocante á los pasaportes, dénselos cuantos pidan. » Estaba aun conmovido, cuando le llegó la noticia de que lord Digby habia sido batido en Sherburne, que sus caballeros se habian dispersado y que hasta se ignoraba el paradero de aquel gefe. En consecuencia, hácia el Norte no quedaban ya soldados ni esperanzas. La misma plaza de Newark dejaba de ser un punto seguro, pues las tropas enemigas de Poyntz se acercaban, ocupaban sucesivamente las plazas cercanas, estrechaban cada dia mas el círculo, y llegaba á hacerse dudoso si el rey lograria escaparse. El 3 de noviembre, á las once de la noche, se reunieron en la plaza del

mercado unos 500 caballeros, resto de muchos escuadrones: preséntase el rey, toma el mando de uno de ellos, y sale con direccion á Oxford. Estaban prevenidas dos pequeñas guarniciones á su tránsito; caminó de dia y de noche, huyendo ya de un cuerpo ó bien alejándose de una plaza enemiga; y se creyó salvado entrando en Oxford por encontrar allí su consejo, su corte, sus hábitos favoritos, y algun descanso.

Pronto le alcanzó tambien la desgracia. Mientras anduvo errante de condado en condado y de ciudad en ciudad, Fairfax y Cromwell continuaron sus gloriosas expediciones en el Oeste. En menos de cinco meses cayeron en su poder quince plazas importantes. Concedian honorificas condiciones á toda guarnicion que se les mostraba sumisa, y daban inmediatamente el asalto cuando respondia alguna con altivez. No dejaron de causarles bastante inquietud los clumenos, puesto que despues de haber probado con ellos la dulzura, tuvo al cabo Cromwell que valerse de las armas. Atacóles con actividad y destreza, ora con rigor ó con clemencia. A instancia suya el parlamento calificó de traicion toda reunion de este género; fueron arrestados algunos gefes, la exacta disciplina del ejército tranquilizó al pueblo; poco tardaron en desaparecer los clumenos; y cuando el rey entró en Oxford, era tan desesperada en el Oeste la situacion de su partido, que al dia siguiente escribió al príncipe de Galles mandándole que estuviere pronto para pasar al continente.

Tocante á su persona en nada pensaba, y le parecia que abismándose en la inaccion olvidaria su im-

potencia. Invitó sin embargo al consejo á que le indicase algun medio capaz de sacarle del atolladero. Poco habia que escoger, y así se propuso enviar un mensaje á las cámaras, pidiendo un salvo-conducto para cuatro negociadores, en lo que consintió el monarca.

Nunca el parlamento estuvo menos dispuesto por la paz. Acababan de entrar en los comunes ciento treinta miembros nuevos en lugar de los que se habian salido para seguir al rey. Largo tiempo retardada esta medida, adoptóse al cabo á peticion de los independientes, hábiles en sacar partido en Westminster de las victorias ganadas en el campo de batalla. De todo echaron mano para dominar en las elecciones, prescribiéndolas aisladamente y una tras otra, ora retardándolas, ora acelerándolas segun el aspecto que presentaban, sutiles y arrebatados á par de vencedora minoría. Muchos hombres célebres del partido entraron por este medio en la cámara, Fairfax entre ellos, Ludlow, Ireton, Blake, Sidney, Hutchinson y Fleetwood. No por esto en otros puntos dejaron de tener distinto resultado las elecciones; muchos condados enviaron á Westminster hombres estraños á toda faccion, si bien que opuestos á la corte, amigos del órden legal y de la paz. Pero á su llegada se encontraban inespertos, sin vínculos, sin gefes, poco dispuestos á adoptar á abatidos presbiterianos, que habian perdido en su mayor parte la antigua reputacion. Muy débil fué su valía, y casi nula su influencia; y por tanto, el primer efecto de la nueva reunion fué dar á los independientes mas audacia y poder. Desde

entonces tomaron un carácter mas violento los actos del parlamento. Se supo que durante su permanencia en Lóndres habian intrigado los comisionados del rey urdiendo tramas para sublevar al pueblo: se decidió al instante que no se recibirian mas comisionados, que no tendrian lugar ulteriores negociaciones, que las cámaras redactarian sus proposiciones de paz bajo la forma de bills, y que se intimaría sencillamente al rey que las adoptase ó desechase meramente como si residiese en Whitehall, y segun costumbre. El príncipe de Galles ofreció su mediacion entre el rey y el pueblo, y Fairfax transmitió su carta á las cámaras, « haciéndose, dijo, un deber de no sofocar en sus asomos la benigna esperanza del jóven pacificador. » Ni se le contestó siquiera. Iba á espirar el término fijado al mando de Cromwell, y se prorogó de nuevo por cuatro meses sin señalar la razon. Recrudeciéronse los rigores contra los realistas, y fué revocado el decreto que concedia el quinto de los bienes secuestrados á favor de las mugeres é hijos de los delincuentes. Por otro decreto, desechado anteriormente por los lores, se prescribió la venta de gran parte de los bienes de los obispos y de los delincuentes. No seguia menos violento curso la revolucion en las campañas y en la guerra. Prohibióse dar cuartel á ningun irlandés cogido en Inglaterra con las armas en la mano; eran fusilados á centenares, y se les echaba al mar atados por la espalda. Aun entre los mismos ingleses no se notaba ya aquella dulzura y modo caballeroso, que daba vislumbres de igualdad á ambos partidos, tocante á la educacion, á las cos-



tumbres, y á la necesidad misma de la paz. Entre los parlamentarios, casi solo Fairfax conservaba estos rasgos de humanidad; al rededor de él eran hábiles y valientes á la par oficiales y soldados; pero los de costumbres salvajes, los fanáticos, pensaban solo en vencer, y veian únicamente unos enemigos en los caballeros. Estos á su vez, irritados por tener que sucumbir contra tales contrarios, procuraban desatarse en sátiras, en epigramas y en canciones mas insultantes cada dia. De este modo se iba haciendo cruel la guerra, como entre gentes que solo se conocen para despreciarse ú odiarse. Al propio tiempo estalló el mal encubierto encono entre los escoceses y las cámaras; se quejaban aquellos de que no se pagase su ejército, y estos de que un ejército aliado pillase y devastase á fuer de enemigo los condados que ocupaba. Do quier en fin, la ardiente fermentacion, los odios profundos, y las medidas mas fuertes y decisivas, daban poca esperanza de paz y ni aun de tregua.

Los avances del rey fueron desechados, y se negó todo salvo-conducto. Insistió con nuevos mensajes, pero infructuosos, pues se le contestó que las intrigas de sus cortesanos impedian que se les diese entrada. Ofreció pasar en persona á Westminster para tratar con el parlamento, pero, á pesar del celo de los escoceses fué tambien desechada esta proposicion. Renovó con todo sus instancias, no tanto para lograr su demanda, como para poner á las cámaras en mal con el pueblo que deseaba la paz. Pero sus enemigos tenian un medio mas seguro para acabar de desacreditarle, y anunciaron solem-

nemente que eran falsos sus descos; que acababa de concluir con los Irlandeses, no una tregua, sino un tratado de alianza; que diez mil rebeldes, al mando de Glamorgan iban á desembarcar en Chester; que el precio de este odioso socorro era la completa abolicion de las leyes penales contra los católicos, la libertad de su culto, el reconocimiento de su derecho á las iglesias como á las tierras de que se habian apoderado, en una palabra, el triunfo del papismo y la ruina de los protestantes en Irlanda. Una copia del tratado y muchas cartas que hacian relacion á él se habian encontrado en el coche del arzobispo de Tuam, uno de los gefes de los sublevados, muerto casualmente en una refriega, junto á las murallas de Sligo. La junta de ambos reinos, que hacia tres meses que guardaba estos documentos para una ocasion importante, los presentó á las cámaras, las que mandaron su publicacion.

Llegó á lo sumo la turbacion del rey, porque los hechos eran innegables, y aun no lo sabia todo el parlamento. Hacia dos años que el mismo conducia esta negociacion con el mayor secreto, ignorándolo su mismo consejo, y aun en gran parte el mismo marqués de Ormond, su teniente en Irlanda, y cuyo celo le era tan necesario. Solo lord Herbert, católico, hijo mayor del marqués de Worcester, y titulado conde de Glamorgan, obtenia acerca del particular toda la confianza del rey. Valiente, generoso, arrojado y adicto á su señor en peligro y á su religion oprimida, Glamorgan iba y venia de Inglaterra á Irlanda, encargándose de dar los pasos á que se negaba Ormond, sabiendo solo hasta donde

se estendian las concesiones del rey. Por su medio tenia lugar la correspondencia de Cárlos con Rinuccini, nuncio del papa recientemente llegado á Irlanda, y con el papa mismo. En fin, el rey les habia autorizado formalmente por un acto secreto, firmado de su mano, para conceder á los Irlandeses cuanto juzgase necesario á fin de obtener un socorro eficaz, y se obligaba á ratificarlo todo por ilegales que pudiesen ser las concesiones, deseando solo el mas impenetrable secreto hasta tanto que pudiese confesarlo todo. Concluyóse el tratado el 20 de agosto del año anterior, y Glamorgan seguia en Irlanda instando vivamente su ejecucion. No era otro el secreto de las largas visitas, de la permanencia del rey en el castillo de Ragland, morada de Worcester, y de esas esperanzas misteriosas que algunas veces dejaba entrever en medio de sus reveses.

Casi á un tiempo se supo en Oxford como en Dublin que estaba descubierto el tratado. Harto comprendió Ormond el golpe que con ello recibiria la causa real, y bien fuese que ignorase realmente, segun dijo, que Cárlos habia autorizado tales concesiones, ó mas bien que quisiese darle márgen para negarlo, mandó prender al instante á Glamorgan, como por haber comprometido gravemente al monarca concediendo sin facultad á los rebeldes lo que todas las leyes les negaban. Leal á toda prueba Glamorgan, enmudeció, no produjo ningun acto secreto que tenia á mano con la firma de Cárlos, y dijo que el rey era libre de ratificar ó no lo que el habia prometido en su nombre. Cárlos por su parte se apresuró á desmentirle en un manifiesto dirigido

á las cámaras y en sus cartas oficiales al consejo de Dublin, diciendo que no le habia dado otra misión que reclutar soldados y secundar los esfuerzos de Ormond; pero, para uno y otro partido era la mentira una rueda usada que para nada servia. Al cabo de algunos días soltaron á Glamorgan, quien continuó activando con ardor y sobre las mismas bases la ejecucion del tratado. El parlamento votó ser insuficiente la justificacion del rey; Cromwell fué de nuevo prorogado en el mando, y Cárlos no encontró otro medio de salvacion que una guerra que ya no podia sostener.

Solo le quedaban dos cuerpos de tropas, uno en el condado de Cornouailles al mando de Hopton, y otro sobre la frontera del país de Galles, mandado por Astley. A mediados de enero habia el príncipe de Galles, abandonado de Goring y Greenville, escrito á lord Hopton instándole á que tomase el mando del resto de su ejército reunido al rededor suyo: «Señor, contestó Hopton, los que no quieren obedecer se escudan comunmente con el honor, por mi parte no puedo obedecer hoy dia á V. A. sin el sacrificio del mio; porqué, ¿como hacer frente con tropas tan escasas, temidas solo de sus mismos amigos, y blanco de la burla de los contrarios? Solo son temibles el dia del pillaje, y solo tienen resolucion para huir. Sin embargo, puesto que V. A. juzga necesaria mi presencia, le seguiré con peligro de mi honor:» y tomó el mando de unos siete ú ocho mil hombres. Pronto fué tan odioso para ellos, como lo eran para él sus escesos: los mismos valientes no podian sufrir su disciplina y su vigilan-

cia, acostumbrados bajo las órdenes de Goring á una guerra menos incómoda y mas provechosa. Fairfax, decidido á someter el Oeste; tardó poco en marchar contra ellos, y el 16 de febrero sufrió Hopton en Torrington una derrota mas desastrosa que sangrienta. En vano probó, retirándose de ciudad en ciudad, á rehacer una parte de su ejército; le faltaban á la vez oficiales y soldados. «No dí jamás á esta época, decia, un punto de reunion á un regimiento sin verle llegar reducido de la mitad, ó dos horas demasiado tarde.» Fairfax le acosaba cada dia mas, de manera que con una reducida fuerza se vió estrechado hasta la estremidad de Cornouailles. Supo en Truro que cansados los paisanos de la guerra, querian apoderarse del príncipe de Galles y entregarle al parlamento. Era llegada la hora del peligro, y seguido de su consejo se embarcó el príncipe, aunque solo para retirarse á la isla de Scilly, y en suelo inglés. Mas desembarazado Hopton probó de nuevo á combatir; pero sus tropas pedian á gritos capitular. Hizole ofrecer Fairfax condiciones honrosas, las que siempre eludió: por último sus oficiales le declararon que si no consentia tratarian sin su mediacion: «Tratad, pues, les dijo; pero no por mí:» y ni él ni lord Capel quisieron ir comprendidos en la capitulacion. Firmados los artículos y disuelto el ejército, se embarcaron para Scilly en busca del príncipe, y el rey no conservó ya en el Sud-oeste mas que insignificantes guarniciones.

No cupó mejor suerte á lord Astley. Encontrábase en Worcester con tres mil hombres, cuando le mandó el rey que pasase á Oxford; y aun salió á su

encuentro con 1500 caballos. Deseaba tener á su lado un cuerpo suficiente para esperar los socorros de Irlanda; pero antes que pudiese efectuarse su reunion, Brereton y Morgan á la cabeza de los parlamentarios alcanzaron á Astley, cuyos movimientos hacia tiempo que observaban. Completa fué la derrota de los caballeros; mil ochocientos cayeron muertos ó prisioneros, y los demas se dispersaron. El mismo Astley, despues de una resistencia desesperada, cayó en poder del enemigo; era anciano, estaba fatigado del combate, y apenas podia andar; conmovidos los soldados á vista de su valor y de sus canas, le trajeron un tambor. Sentóse, y dijo á los oficiales de Brereton: « Señores, habeis concluido ya, y podeis entregaros al placer, si ya no preferís armaros unos contra otros.»

Esta discórdia era la única esperanza que le quedaba á Cárlos, y se apresuró á probarla. Ya de antemano estaba en relacion con algunos independientes, con Vane sobre todo, intrigante hasta lo sumo, á quien en otro tiempo habia escrito el secretario de estado Nicolas paraque procurase que pudiese el rey pasar en persona á las cámaras, prometiéndole que si exigian estas el triunfo de la disciplina presbiteriana se les reunirian los realistas « para estirpar del reino esa dominacion tiránica, y y garantizarse mutuamente la libertad. » Se ignora lo que Vane contestó á esta carta, pero sí se sabe que despues de la derrota de Astley le escribió el mismo Cárlos lo siguiente: « Estad seguro del puntual cumplimiento de mis promesas; os conjuro por todo lo mas sagrado á que me presteis sin retardo

vuestros buenos oficios; de otro modo será ya demasiado tarde, y moriré sin recoger el fruto. No puedo explicaros todas mis necesidades, pero estoy seguro que si lo hiciese pondriais á un lado toda consideracion para servirme. Está dicho todo; fijos de mí, y os recompensaré plenamente. Si dentro de cuatro dias no he recibido respuesta, me veré en la precision de buscar otro recurso. ¡Dios nos asiste!... habré cumplido al menos mi deber.» Dirigió al propio tiempo un mensaje á las cámaras, ofreciendo licenciar sus tropas, entregar todas sus plazas, y volver á Whitehall.

A esta proposicion y al rumor de que tal vez iba á llegar el rey, se esparció la mayor alarma por Westminster; políticos y fanáticos, presbiterianos é independientes, todos sabian que una vez llegado el rey á Whitehall, ya no se dirigirian contra él las asonadas de la Cité; todos estaban decididos á hacer la mayor resistencia; todos tomaron las mas violentas medidas contra tal peligro. Prohibióse recibir al rey, ó salirle al encuentro si venia á Lóndres, ó proporcionarle de cualquier modo medios para acercarse. La comision de la milicia recibió poderes para impedir toda reunion, prender á cualquiera que viniere con el rey, prevenir toda afluencia al rededor suyo, y aun poner su persona al abrigo de todo riesgo en caso de necesidad. Los papistas, los delinquentes, los oficiales reformados, los soldados aventureros, y demas que se habian manifestado contra el parlamento, recibieron órden de salir de Lóndres dentro de tres dias. Creóse por último un tribunal marcial, y se prescribió la pena de muerte contra

cuantos tuviesen directa ó indirectamente relaciones con el rey , ó viniesen sin pasaporte de un punto ocupado por tropas realistas , ú ocultasen á cualquiera que hubiese hecho armas contra el parlamento , ó voluntariamente dejasen escapar á un prisionero de guerra , etc., etc. Ningun acto de las cámaras fué nunca mas terrible.

Vane por su parte dejó sin respuesta, ó al menos sin efecto , la carta del rey.

Entretanto las tropas de Fairfax se adelantaban á marchas dobles para bloquear á Oxford: ya el coronel Rainsborough y otros dos regimientos estaban acampados á vista de la plaza. El rey ofreció á aquel gefe que se entregaria á él como le diese palabra de conducirle al instante al parlamento ; pero se negó el coronel. Dentro de pocos dias iba á ser completo el bloqueo , y por mucha que fuese su duracion , el resultado era infalible: Cárlos caeria como prisionero de guerra en poder del enemigo.

Solo un asilo le quedaba tal vez , y este era el acampamento de los escoceses. Hacia dos meses que Mr. de Montreuil , ministro francés , trabajaba para procurárselo , movido mas de sus desgracias que de las instrucciones de Mazarin. Desengañado al pronto por los comisionados escoceses residentes en Lóndres, y convencido por un viaje á Edimburgo de que nada podia esperar del parlamento de Escocia , se habia dirigido por último á algunos de los gefes que sitiaban á Newark , y sus disposiciones le parecieron tan favorables , que creyó poder prometer al rey en su nombre y bajo la garantía del rey de Francia que los Escoceses le recibirian como á su legíti-



mo soberano, librarian de todo riesgo á sus partidarios y á él mismo, y procurarían consolidar con todo su poder el restablecimiento de la paz. Las dudas y retractaciones de los oficiales escoceses, que deseaban salvar al rey sin agriarse con el parlamento, dieron pronto á conocer que Montreuil se habia adelantado sobradamente, y por tanto le envió á llamar á Oxford. Sin embargo, la necesidad cada dia mas urgente daba con todo ello al traste. La reina desde Paris escribia á Cárlos que confiase en el ministro francés. Hubo nuevas conferencias, y aquellos oficiales hicieron algunas promesas. Transfiriólas Montreuil al rey; pero diciéndole ser aventurada la empresa, y preferible todo otro refugio, pues entre aquellos solo su persona estaria enteramente segura.

De todos modos Cárlos no podia esperar mas: Fairfax estaba ya en Newbury, y dentro de tres dias debia completarse el bloqueo. El 27 de abril, á la media noche, seguido solo de Ashburnham y de un eclesiástico muy práctico en los caminos, salió de Oxford á caballo, disfrazado de criado, y al propio tiempo, para alejar toda sospecha, salian otros tres hombres de cada una de las puertas de la ciudad. Tomó el camino de Lóndres. Al llegar á las alturas de Harrow, frente de su capital, se detuvo lleno de zozobra: podia bajar, volver á Whitehall y aparecer de repente en la Cité que se declaraba por él. Nada no obstante le convenia menos que una resolucion singular y atrevida, porque le faltaba entonces decision, y temia sobre todo cuanto pudiese comprometer en lo mas mínimo su dignidad. Vaciló

algunas horas; mas despues se alejó de Lóndres, y marchó hácia el Norte, si bien que lentamente, casi al azar y con la misma incertidumbre. Montreuil habia prometido salirle al encuentro en Harborough, condado de Leicester; mas no compareció. Cárlos envió á su eclesiástico, el doctor Hudson, á la descubierta, y se internó en los condados del Este, errante de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, á lo largo de las costas, mudando continuamente de disfraz, pidiendo en todas partes noticias de Montrose, y anhelando solo reunírsele: larga y difícilísima empresa. Volvió Hudson; todo seguia como anteriormente: Montreuil prometia siempre un asilo, sino agradable seguro al menos, en el acampamento de los escoceses. Cárlos se decidió por fin antes por cansancio que por eleccion, y el 5 de mayo, nueve días despues de su salida de Oxford, el ministro francés le introdujo de madrugada en Kelham, cuartel general de los escoceses.

El conde de Leven y sus oficiales afectaron al verle gran sorpresa; se dió al instante aviso á los comisionados del parlamento, y partieron correos para anunciarlo á Edimburgo y á Lóndres. Así los oficiales como los soldados le trataban con sumo respeto; pero por la noche se le dió una crecida guardia á pretexto de hacerle los honores debidos, y cuando para conocer su situacion quiso darle el santo, le dijo Leven: «Permita V. M. que lo haga yo mismo que soy aquí el mas antiguo soldado (1).»

(1) Véase á Malcolm Laing, á Clarendon, y á los demas autores, cuyo nombre fuera inútil repetir, y de que hemos dado noticia en una nota del tomo primero.

## LIBRO VII.

Zozobras é intrigas de los independientes. — Permanencia del rey en Newcastle. — Desecha las proposiciones del parlamento. — Negocia este con los Escoceses para que le entreguen al rey y se retiren del reino. — Consienten en ello. — El rey es conducido á Holmby. — Estalla la discordia entre el parlamento y el ejército. — Conducta de Cromwell. — Saca de Holmby al rey. — Marcha el ejército sobre Lóndres y acusa á once gefes presbiterianos. — Se apartan estos del parlamento. — Permanencia de Carlos en Hamptoncourt. — Negocia con el ejército. — Asonada en la Cité en favor de la paz. — Muchos miembros de ambas cámaras se retiran al ejército. — Este los conduce á Lóndres. — Derrota de los presbiterianos. — Aparecen los republicanos y los niveladores. — Cromwell se hace sospechoso á los soldados. — Se insurreccionan estos contra los oficiales. — Habilidad de Cromwell. — Terrores del rey. — Huye á la isla de Wight.

(1646-1647.)

PRONTO se supo en Lóndres que el rey habia salido de Oxford, pero sin que nada indicase donde estaba ni á donde se encaminaba. Corrió la voz que se ocultaba en la Cité, y se amenazó nuevamente de muerte á cualquiera que lo recibiese. Fairfax escri-

bió que se habia dirigido á los condados del Oeste , y al instante se enviaron allá los coroneles Russel y Wharton , oficiales de confianza , con órden de buscarle á toda costa. Inciertos á la vez los parlamentarios y los realistas , estaban impacientes los unos en sus esperanzas y los otros en sus terrores.

El 6 de mayo por la noche llegó en fin la noticia de que se encontraba el rey en el acampamento de los escoceses. Al dia siguiente votaron los comunes que solo á las dos cámaras incumbia disponer de su persona , y que fuese conducido sin retardo al castillo de Warwick. Los lores negaron á esto su adhesion , pero aprobaron que Poyntz , acantonado junto á Newark , recibiese órden de observar todos los movimientos del ejército escocés , y que Fairfax acudiese allá en caso de necesidad.

Los escoceses por su parte , deseosos de alejarse , obtuvieron del rey que les entregase la plaza de Newark , que fué confiada á las tropas de Poyntz , y colocando al rey á vanguardia , se dirigieron á Newcastle , frontera de su pais.

El partido independiente estaba en brasas. Hacia un año que todo prosperaba para él: dueño del ejército , habia vencido en todas partes , y granjeándose la admiracion popular. A sus banderas acudian los hombres osados , los ambiciosos enérgicos , los exaltados en sus esperanzas , cuantos aspiraban á hacer fortuna , cuantos hacian castillos en el aire , ó meditaban planes gigantescos. El mismo genio solo encontraba entre ellos libre campo : Milton , jóven todavía , pero célebre ya por su elegancia y sus conocimientos , acababa de reclamar con

una nobleza de lenguaje hasta entonces desconocida la libertad de conciencia, la de imprenta y la facultad del divorcio; indignado de tanta audacia el clero presbiteriano le habia en vano acusado á las cámaras, tomando por un crimen la tolerancia de tales escritos. John Lilburne, conocido ya por su ardiente resistencia á la tiranía, empezaba su infatigable guerra contra los lores, los jueces y los jurisconsultos, y se habia hecho popular. La confianza y el número de congregaciones disidentes, que subian ya á cincuenta y cuatro, unidas todas á los independientes, era mayor cada dia. En vano los presbiterianos habian al cabo obtenido de las cámaras el establecimiento esclusivo y oficial de su iglesia, pues los independientes favorecidos de los jurisconsultos y de los libertinos, habian logrado mantener la supremacia del parlamento en materia religiosa, y solo lentamente se ejecutaba con esto aquella medida. Al propio tiempo se aumentaba considerablemente con los donativos de las cámaras la fortuna personal de los gefes del partido, de Cromwell sobre todo. En cuanto llegaban del ejército eran recibidos del parlamento con solemnes homenajes; y en cuanto partian para él, probaban su influjo las gratificaciones y los empleos prodigados á sus protegidos. Así en Lóndres en fin como en los condados, ora se tratase de religion ó de política, de intereses ó de principios, todo el movimiento social se pronunciaba altamente por este partido. Pero en medio de tantas prosperidades, cuando alcanzaba el poder, se veia amenazado de perderlo todo, si en efecto llegaban

á alzarse contra él el rey y los presbiterianos.

De todo echó mano para librarse de tamaño riesgo. A impulso de su primer arrebató hubiera querido hacer atacar á los escoceses y apoderarse del rey á viva fuerza ; pero , á pesar de sus ventajas en las nuevas elecciones, estaba obligado á mayor reserva. Era evidente su minoría en la cámara alta, y no poseía en los comunes mas que un ascendiente precario , debido mas bien á la inesperienza de los miembros nuevamente elegidos, que á sus sentimientos. Probó por otros medios osados, artificiosos y secretos , injuriar á los escoceses , é irritar contra ellos al pueblo, con la esperanza de un rompimiento : ora eran detenidos é interceptados sus partes á las mismas puertas de Lóndres por subalternos, contra los que pedian en vano justicia ; ora llegaban contra ellos peticiones de los condados del Norte, contando sus exacciones , sus desórdenes, y lo que por su causa tenia que sufrir el pais. Foot presentó una á su favor en nombre de la Cité , y pidió por el contrario la represion de los nuevos sectarios, móviles de los desórdenes en la iglesia y en el estado : los lores dieron por ello las gracias á la municipalidad ; pero los comunes se dignaron apenas contestar concisa y secamente. Existian todavía algunos regimientos, últimos restos del ejército de Essex , en que dominaban los sentimientos presbiterianos , entre ellos una brigada acantonada en Wiltshire, al mando del mayor general Massey, valiente defensor de Gloucester : poco se tardó en dar sobre de ella todo género de quejas , y en obtener su licenciamiento. En las cámaras como en los periódicos , en los

lugares públicos como en el ejército, los independientes hablaban de los escoceses con insulto, quejándose de su codicia, burlándose de su economía, minando con éxito las prevenciones nacionales y las desconfianzas populares, y aprovechando toda coyuntura para escitar contra de ellos el desprecio y el odio. Por último votaron los comunes que ya no tenían necesidad del ejército escocés, y que entregándole 100,000 lib. est. y pidiéndole cuenta por lo restante, se le rogaría que volviese á su país.

Este paso no produjo el efecto que se deseaba, pues los escoceses lo escucharon todo con la mayor indiferencia; pero su conducta fué vacilante, y esto es lo que convenia á sus enemigos. Grande era el embarazo de los gefes dispuestos á servir al rey. Incurable este de su doblez, pues no se creia obligado á nada para con sus súbditos rebeldes, meditaba su ruina al tiempo que imploraba su apoyo: pocos dias antes de salir de Oxford escribió á Digby: «No desespero de empeñar á los presbiterianos ó á los independientes á que se me unan para esterminarse los unos á los otros, y entonces seré rey.» El pueblo presbiteriano por su parte, bien fuese inglés ó escocés, gobernado siempre por sus ministros, siempre apasionado por el pacto y por el triunfo de su iglesia, no quería oír hablar de composiciones con el rey mas que á aquel precio; de manera que los mas moderados no podian siquiera negociar con él. En tal zozobra, acusados por sus rivales é instigados por sus mismos exigentes secuaces, sus palabras se desmentian por sus actos, y estos se destruian mutuamente. Querian la paz, la prometian

al rey, hablaban sin cesar á sus enemigos del temor que les causaban los independientes; y sin embargo jamás habian sido tantas sus declaraciones de celo por el pacto, de adhesion á las cámaras, y de inviolable union; jamás se habian mostrado tan duros é intratables con el rey y los caballeros. Fueron condenados y muertos seis de los mas ilustres compañeros de Montrose cogidos en la batalla de Philip-Haugh: rigor sin ejemplar en la guerra civil de Inglaterra, y que solo tenia por motivo la venganza. Cárlos, antes de salir de Oxford, habia escrito al marqués de Ormond que solo se dirigia al acampamento de los escoceses sobre la promesa de que si necesario fuese defenderian sus justos derechos; y si bien su lenguaje hubiese sido menos explícito, es indudable con todo que habia dado lugar á esperanzas. Ormond publicó la carta del rey; mas los escoceses se apresuraron á desmentirla, tachándola de embuste dañoso. Diariamente subia de punto el rigor en torno del monarca; se prohibió acercársele á cuantos habian peleado á sus órdenes, y se interceptaron constantemente sus cartas. Para dar por último una brillante prueba de su lealtad al pacto, le intimaron que se instruyese en la verdadera doctrina de Cristo, de manera que Henderson, el mas famoso predicador del partido, pasó á Newcastle para emprender oficialmente la conversion del monarca cautivo.

Hábil y dignamente sostuvo Cárlos esta prueba, aferrado en su adhesion á la iglesia anglicana, pero raciocinando moderadamente contra un contrario tambien moderado. Durante la discusion escribió el



rey á todos los gobernadores realistas que entregasen sus plazas, á las cámaras que le enviasen sus proposiciones, á Ormond que continuase negociando con los Irlandeses hasta tanto que recibiese contra-órden, y á Glamorgan por fin, su mas íntimo confidente, en estos términos: « Si podeis procurarme una crecida cantidad de dinero, empeñando para su cobro mi reino, en cuanto vuelva á poseerle pagaré con usura. Decid al nuncio del papa que si encuentro medio de pasar entre vosotros, lo haré seguramente, pues veo claramente que todos los demas me desprecian. »

Le llegaron al fin las proposiciones de las cámaras, que estaban encargados de presentarle los condes de Pembroke y de Suffolk, y cuatro miembros de los comunes. Goodwin, uno de estos, empezó á leerse-las. « Una pregunta, señores, dijo el rey interrumpiéndole: ¿teneis poderés para tratar?—No, señor.—En este caso, salvo el honor del mensaje, hubiera podido hacer lo que vosotros un trompeta. » Goodwin acabó su lectura. « Pienso, dijo el rey que no desearéis una respuesta instantánea, porque el negocio es grave.— Señor, respondió Pembroke, solo podemos permanecer aquí diez días.— Está bien, repuso Cárlos, os daré la respuesta á tiempo: podeis retiraros. »

Transcurrieron muchos días sin que se hablase de nada á los comisionados. El rey leía y releía tristemente las proposiciones, mas humillantes y duras por cierto que cuantas habia desechado. Se le pedia la adopción del pacto, la abolición completa de la iglesia episcopal, y la concesión por veinte años del

mando del ejército, de la marina y de la milicia á favor del parlamento. Además se excluía de todo indulto á setenta y uno de su mas fieles amigos, y de los cargos públicos, hasta tanto que otra cosa dispusiesen las cámaras, á cuantos habian abrazado su partido. Instábanle sin embargo que lo aceptase todo; Mr. de Bellievre, embajador de Francia, llegado á Newcastle el dia mismo que el mensaje de las cámaras, se lo aconsejaba en nombre de su corte; Montreuil le trajo cartas de la reina que se lo rogaban, y aun ella misma, por consejo de Bellievre, le envió uno de sus domésticos para decirle que todos sus amigos desaprobaban su resistencia. «¿Qué amigos? dijo Cárlos con enfado.—Lord Jermin, señor.—Jermin nada entiende en punto á iglesia.—Lord Colepepper.—No tiene religion; pero Hyde qué opina?—Lo ignoramos; el canciller de hacienda no está en Paris; ha abandonado al príncipe, y ha permanecido en Jersey, de lo que está muy resentida la reina.—Y sin razon; el canciller es un hombre honrado que no abandonará jamás á su rey, á su príncipe, ni á su iglesia: mucho siento que no esté al lado de mi hijo.» El enviado de la reina, William Davenant, insistia con la vivacidad de un poeta y la ligereza de un libertino, hasta que incomodado el rey se lo quitó de delante. No eran menos vivas las instancias de parte de los presbiterianos; muchas ciudades de Escocia, entre otras Edimburgo, dirigieron al rey amistosas peticiones; hasta la Cité hubiera hecho otro tanto sino se lo hubiese impedido una prohibicion formal de los comunes. Unióse en fin la amenaza á la súplica;

la asamblea general de la iglesia escocesa pidió que en ningun caso pudiese el rey entrar en Escocia si rehusaba su consentimiento al pacto; y en una audiencia solemne, el canciller lord Lowden le declaró en presencia de los comisionados escoceses que si insistia en su negativa se le negaria en efecto la entrada en Escocia, y tal vez seria depuesto en Inglaterra para instituir otro gobierno.

Nada pudo vencer el orgullo del rey, ni sus escrúpulos religiosos, ni las secretas esperanzas á que daban pábulo algunos crédulos ó intrigantes amigos. Despues de haber retardado de dia en dia su respuesta, por último, el 1 de agosto llamó ante sí á los comisionados, y les entregó un mensaje escrito, en el que sin desechar absolutamente sus proposiciones, pedia de nuevo que se le admitiese en Lón-dres para tratar en persona con el parlamento.

Los independientes no pudieron contener su alegría. A la vuelta de los comisionados se propuso segun costumbre votarles las gracias. « Al rey se deben dar, exclamó un miembro. —¿Que vá á ser de nosotros ahora que ha desechado nuestras proposiciones? preguntaba lleno de zozobra un presbiteriano. —¿Qué hubiera sido de nosotros si las hubiese aceptado? » respondió un independiente. Llegó á poco un mensaje de los comisionados escoceses, ofreciendo entregar todas las plazas que ocupaban, y retirar de Inglaterra su ejército. Los lores votaron que sus hermanos de Escocia habian merecido bien del reino; no así los comunes, pero adoptaron que prohibian hablar mal ni imprimir nada contra los escoceses. Momentáneamente pareció que los dos par-

tidos, exasperado uno y animado otro con la negativa del rey, solo trataban de arreglar de mancomún sus intereses.

Pero las treguas de la prudencia ó del despecho son efímeras entre pasiones encontradas. La retirada de los escoceses daba margen á dos cuestiones: 1.<sup>a</sup> ¿cómo se les pagarían los atrasos que les eran debidos, y que hacia tanto tiempo reclamaban? y 2.<sup>a</sup> ¿quien dispondria de la persona del rey? No bien se habló de esto cuando los partidos volvieron de nuevo á la carga.

Tocante á la primera, obtuvieron fácilmente ventaja los presbiterianos. Bien es verdad que eran exorbitantes las demandas de los escoceses, pues sin contar lo que tenian recibido, reclamaban aun unas 700.000 lib. est.: « Sin hablar, decian, de las pérdidas enormes que habia experimentado la Escocia á causa de su alianza con la Inglaterra, y cuya evaluacion dejaban á la equidad de las cámaras. » Clamaron los independientes con amarga ironía contra una fraternidad tan onerosa, y á su vez opusieron á los escoceses una cuenta detallada de las sumas que habian percibido y de sus exacciones al norte del reino, cuenta segun la cual la Escocia deberia aun á la Inglaterra sobre unas 400.000 lib. est. Pero tales recriminaciones no podian ser admitidas, ni aun seriamente discutidas por hombres sensatos. La retirada de los escoceses era evidentemente necesaria; la solicitaban altamente los condados del Norte, y para obtenerla era preciso pagar, porque una guerra hubiera costado mucho mas cara, comprometiéndolo gravemente al parlamento. La obstinacion

rastrera de los independientes se tomó á ceguedad ó á intriga ; los presbiterianos por el contrario prometian hacer mas razonables á los escoceses ; todos los hombres indecisos , fluctuantes , ó reservados , que no pertenecian á ningun partido , y que cansados del despotismo presbiteriano habian dado frecuentemente la mayoría á los independientes , los abandonaron ahora. Votáronse 400.000 lib. est. como el máximum de las concesiones á que podian aspirar los escoceses , pagaderas la mitad á la época de su partida , y la otra mitad dentro del plazo de dos años. Aceptaron la propuesta , y al momento se abrió en la capital un empréstito para el cumplimiento de aquellas condiciones , dando por hipoteca el producto de la venta de los bienes de la iglesia.

Pero en cuanto se trató de la persona del rey fué embarazosa la posicion del partido presbiteriano. Hubiera deseado este que permaneciese entre los escoceses , y sin embargo el orgullo nacional se lo impedía , porque estaba en el honor del pueblo inglés disponer absolutamente de su soberano : ¿ que Jurisdiccion tenian los escoceses sobre el suelo de Inglaterra ? Eran solo auxiliares que clamaban por su sueldo : no se les necesitaba ni se les temia. Ellos sin embargo no podian aceptar sin resistencia tales desprecios ; decian que Cárlos era su rey como el de los Ingleses , y que tenian como estos el derecho de velar por su persona y su destino , puesto que el pacto les obligaba á ello. Enconáronse con la cuestion los ánimos ; se multiplicaban las conferencias , los folletos , las declaraciones y las acusaciones mutuas ; el pueblo , sin distincion de partidos , se pro-

nunciaba mas vivamente contra las pretensiones de los escoceses , á los que odiaba ; reaparecian las preocupaciones y las antipatías nacionales ; la codicia y pedantería teológica de unos se oponia cada dia mas al fanatismo y á la ilustracion mayor de sus aliados. Hollis , Stapleton y Glynn , gefes del partido presbiteriano , fatigados de una lucha vana , buscaban á ella un término. Persuadiéronse que si los escoceses entregaban al rey , habria motivo para licenciar el ejército de independientes , verdadero enemigo del parlamento y del rey. Aconsejaron por tanto á los escoceses que cediesen por interés de ellos mismos ; y por este tiempo , animados sin duda los lores de los mismos sentimientos , adhirieron á esta proposicion de los comunes de que hacia cinco meses que no se hablaba : « A las dos cámaras solo les incumbe disponer de la persona del rey. »

La mayor parte de los presbiterianos escoceses no deseaban interiormente otra cosa para salir de la posicion embarazosa en que se encontraban. Pero los amigos del rey eran mas osados é influyentes , y se hallaba á su frente el duque de Hamilton. Arrestado hácia tres años en un castillo de Cornouailles por sospechoso á la corte , salió libre al cabo cuando cayó la plaza en poder del parlamento , pasó algunos dias en Lóndres visitando á todos los miembros de ambas cámaras , se trasladó despues á Newcastle , donde volvió al favor del rey , y de vuelta á Edimburgo hacia los mas sinceros esfuerzos en favor del rey. Pronto se le unió toda la alta nobleza , los presbiterianos moderados , los sabios que abominaban el ciego fanatismo de la muchedumbre y la

insolente dominacion de los ministros , y los hombres honrados y tímidos , dispuestos á sacrificarlo todo para encontrar algun reposo. Obtuvieron todos de mancomun que se enviase una nueva diputacion á Newcastle para conjurar de rodillas al rey á que aceptase al fin las proposiciones del parlamento. Las apasionadas instancias de los compatriotas de Carlos , casi todos compañeros de su juventud , hubieron de conmoverle : « Sobre mi palabra , les dijo , los peligros que me habeis pintado me turban menos que el pesar de no poder satisfacer plenamente los votos de mi pais natal , que acabais de espresarme. No quiero que se engañe nadie sobre mis intenciones ; protesto que no me niego á nada ; únicamente deseo ser oido en Lóndres : si un rey negase esta facultad á cualquiera de sus súbditos , pasaria justamente por tirano. » Al dia siguiente , sin duda despues de nuevas instancias , ofreció reducir la iglesia episcopal á cinco diócesis , dejando en vigor el régimen presbiteriano en lo restante del reino , y reclamando únicamente para él y los suyos la libertad de su conciencia y de su culto , hasta tanto que de mancomun con las cámaras hubiese terminado todas las diferencias. Pero , ninguna concesion parcial podia ser suficiente para el pueblo presbiteriano , y quanto mas ofrecia el rey , mas se dudaba de su buena fe. Su proposicion apenas fué escuchada. Desalentado Hamilton habló de retirarse al continente , y se esparció al propio tiempo la voz de que el ejército escocés se volvía á su pais. Al instante Carlos escribió al duque lo siguiente : « Hamilton , tengo tanto que escribir , y tan poco tiempo para

hacerlo , que esta carta será confusa como el tiempo en que vivimos. Lisonjéanse los cortesanos de Lóndres que caeré en sus manos , como digan á mis compatriotas que no me quieren como á prisionero, y que solo me darán una guardia de honor para acompañarme á todas partes con seguridad mia. Dígoos pues , y deseara que todos lo supiesen , que no quiero que este ejército me deje solo en Inglaterra, á menos que clara y legalmente aparezca un hombre libre , sin que me rodeen súbditos que no quiera. Os pido que no os marcheis : » y la carta acababa con estas palabras . « Vuestro mas seguro , mas verdadero , mas fiel y constante amigo. » Hamilton se quedó. Reunióse el parlamento escocés ; sus primeras sesiones parecian anunciar un miramiento enérgico en favor del rey. Declaró que sostendria el régimen monárquico en la persona y en los descendientes de S. M. así como sus justos derechos á la corona de Inglaterra , y que se enviarian instrucciones á los comisionados escoceses en Lóndres , á fin de obtener que el rey pasase allá con honor , seguridad y libertad. Pero al otro dia la comision permanente de la asamblea general de la iglesia presbiteriana dirigió al parlamento una esposicion , en que le decia que escuchaba pérfidos consejos, y se quejaba de que pusiese en peligro la union de entrambos reinos , esperanza de los verdaderos fieles, para servir á un príncipe que se obstinaba en desechar el pacto de Cristo. Nada podian contra tal intervencion Hamilton y sus amigos. Dócil el parlamento retractó su voto de la víspera , y los moderados solo obtuvieron que se diese un nuevo paso cerca del rey



para que aceptase las proposiciones. Carlos á su vez solo respondió con otro mensaje, pidiendo que se le permitiese tratar personalmente con el parlamento.

En tanto que por quinta vez espresaba este deseo, firmaban las cámaras el tratado tocante al pago y á la retirada del ejército escocés. Se habia llevado á cabo el empréstito de la Cité: el 16 de noviembre salieron de Lóndres las 200.000 lib. est. que debian recibir los escoceses antes de su partida; Skippon mandaba la escolta, y dió por orden del dia á sus soldados que seria severamente castigado el que diese el menor motivo de queja á algun oficial ó soldado escocés. El convoy entró en York el 1.º de enero de 1647 al estampido del cañon de la plaza que celebraba su llegada, y tres semanas despues los escoceses recibieron en North-Allerton su primer pago. No se pronunció el nombre del rey en los actos de esta negociacion; pero ocho dias despues de haberse firmado el tratado, las dos cámaras votaron que seria conducido al castillo de Holmby en el condado de Northampton. Tratóse en los comunes sobre si se enviarian comisionados á Newcastle para recibir solemnemente al rey, ó si le recibiria Skippon sin ceremonia al tiempo que le entregasen las llaves de la ciudad y el recibo de las 200.000 lib. est. Los independientes insistian vivamente en lo último, alegres con la idea de humillar á un tiempo al rey y á sus rivales; pero los presbiterianos triunfaron, y el 12 de enero, nueve comisionados, los tres lores y los seis miembros de los comunes, partieron de Lóndres con séquito numeroso para ir á tomar respetuosa posesion de su soberano.

Jugaba Carlos al ajedrez cuando supo el voto de las cámaras y su próxima traslación al castillo de Holmby ; acabó sosegadamente la partida, y se contentó con responder que á la llegada de los comisionados les haria conocer su voluntad. Aumentábase sin embargo la zozobra en torno suyo ; sus amigos y domésticos le buscaban doquier socorros y refugio ; ora meditando la fuga, ora incitando en distintos puntos nuevas sublevaciones. El pueblo mismo empezaba á condolerse de su suerte. Un ministro escocés , predicando delante de él en Newcastle ; señaló á sus oyentes para que le repitiesen el salmo 51 que empieza así : « ¿ Tirano, como te glorificas en tu maldad , y te envanece de tus iniquidades ? » Mas el rey , levantándose de repente , entonó en vez de este versículo el del salmo 56 : « Dios mio , tened piedad de mí , porque mis enemigos me atormentan , y son muchos los que me hacen la guerra ; » todos siguieron su canto con entusiasmo : pero , ah ! que la piedad del pueblo es tardía é impotente.

Los comisionados llegaron á Newcastle : el parlamento de Escocia habia consentido oficialmente en entregar al rey. « Me venden y me compran , » dijo al saberlo. Sin embargo recibió bien á los comisionados , habló alegremente con ellos , felicitó á lord Pembroke por haber podido á su edad y en estacion tan cruel hacer tan largo viaje , se informó del estado de los caminos , é hizo traslucir en fin que no sentia acercarse al parlamento. Los comisionados escoceses hicieron la víspera de su partida otra tentativa en favor del pacto : « Si el rey le adopta , decian , en vez de entregarle á los Ingleses le llevaremos

á Berwick , y obtendremos para él condiciones razonables. » Aun mas : ofrecieron á Montreuil , que les servia siempre de intermediario , una fuerte suma como pudiese obtener solamente del rey una simple promesa. Carlos insistió en su negativa, pero sin quejarse de la conducta de la Escocia relativamente á él , tratando igualmente bien á los comisionados de ambas naciones sin la menor desconfianza. Alejáronse al fin los escoceses cansados de su impotencia ; Newcastle se entregó á las tropas inglesas , y el rey partió el 9 de febrero bajo la escolta de un regimiento de caballería. Viajaba lentamente , acudia de todas partes á verle un numeroso gentío ; alineábanse en el camino los atacados de lamparones para que los tocase al paso. En vano los comisionados quisieron alejar este concurso ; nadie estaba acostumbrado á oprimir ni á temer , y los mismos soldados no se atrevian á apartar con aspereza á los ciudadanos. Junto á Nottingham , Fairfax que tenia allí su cuartel general , salió al encuentro del rey , se apeó , le besó la mano , y montando otra vez á caballo , atravesó la ciudad á su lado conversando respetuosamente. « El general es un hombre de honor, dijo el rey al dejarle, ha cumplido su palabra; » y á los dos dias , al entrar en Holmby donde se hallaban reunidos para felicitarle los gentilhombres y los paisanos de los alrededores , se mostró contento de la acogida.

No dejaron de concebir por ello alguna zozobra los presbiterianos en Westminster ; pero cedió muy pronto á la alegría de verse dueños del rey , y libres en fin para atacar osadamente á sus enemigos. Tuvo

lugar la entrada de Carlos en Holmby el 16 de febrero, y el 19 habian ya votado los comunes que se licenciaria el ejército, salvo el necesario para Irlanda, para las guarniciones y la seguridad del reino. Poco le faltó para que se quitase á Fairfax el mando de las tropas que debian quedar en pie; al conservárselo se mandó que ningun miembro de la cámara pudiese servir con él, que no podria tener á sus órdenes ningun oficial superior al grado de coronel, y que todos estarian obligados á conformarse con la iglesia presbiteriana, y á adoptar el pacto. Los lores por su parte, para aliviar, decian, á los condados de los alrededores de Lóndres, los mas entusiastas por la causa pública, pidieron que se alejase el ejército, ínterin se determinaba su disolucion. Abrióse en la Cité un empréstito de 200.000 lib. est., con el objeto de pagar á las tropas licenciadas una parte de sus atrasos. En fin, una junta especial compuesta de casi todos los gefes presbiterianos, como Hollis, Stapleton, Glynn, Maynard y Waller, debió activar la ejecucion de estas medidas, y sobre todo el envió de los socorros á los desgraciados protestantes irlandeses que hacia tanto tiempo esperaban.

El ataque no era ciertamente imprevisto; hacia dos meses que se conocian los independientes en minoría, porque la mayor parte de los nuevamente elegidos que antes temian el despotismo presbiteriano empezaban ya á volverse de su lado. «¡Qué miserable se hace servir á tal parlamento! dijo cierto dia Cromwell á Ludlow; por mas que uno sea fiel, si le calumnia un legista cualquiera su opinion está perdida, en vez de que sirviendo á un general uno

es útil y no tiene que temer los ultrajes ni la envidia : si tu padre viviese , harto les daría que entender á estos muñecos.» Ludlow , sincero republicano que no se metía en intrigas de los partidos , nada comprendió ; pero Cromwell sabia encontrar otros mas fáciles de seducir. Contaba en el ejército con hábiles cómplices y obcecados instrumentos : Ireton , que despues fué su yerno , en otro tiempo letrado y ahora comisario general de caballería , enérgico , tenaz , profundo y osado con visos de moderacion ; Lamberto , brillantísimo oficial del ejército y muy ambicioso , que habia tambien estudiado leyes , y habia adquirido el arte de insinuarse entre los soldados ; otros valientes coroneles , que todo lo esperaban de su genio , y le obedecian como soldados. Por su medio , acabada la guerra , conservaba Cromwell desde Westminster toda su influencia en el ejército. En cuanto se supo que se trataba de licencia- miento , empezaron aquellos á murmurar ; les llegaban de Lóndres noticias , consejos é insinuaciones ; las hacian circular , exhortando por bajo mano á los soldados á que se aferrasen en pedir todos sus atrasos , á que desechasen el servicio de Irlanda , y no diesen lugar sobre todo á la menor desunion. Cromwell entretanto , inmóvil en Lóndres para alejar sospechas , se lamentaba en la cámara del descontento del ejército , y se deshacia en protestas de adhesion.

Al pronto llegó una peticion sumisa firmada solo por catorce oficiales. Prometian pasar á Irlanda á la primera órden , é insinuaban solo modestos consejos sobre el pago de los atrasos y las garan-

tías que acerca de ello tenían derecho á esperar las tropas. Las cámaras les dieron las gracias, pero con cierta acrimonia, diciendo que no convenia que nadie diese instrucciones al parlamento. No bien hubo llegado su respuesta al ejército, cuando se preparó al instante una nueva peticion mas enérgica y esplicita. Pedíase que los atrasos se arreglasen exactamente; que nadie tuviese que pasar por fuerza á Irlanda; que recibiesen pensiones los soldados mutilados, las viudas y los hijos de los soldados muertos, y que se les enviasen recursos á cuenta para no ser gravosos á los pueblos. Ya no venia firmada la esposicion por algunos oficiales, sino en nombre de los oficiales y soldados; y ya no se dirigia á las cámaras, sino á Fairfax, intérprete natural del ejército y defensor de sus derechos. Léfase el proyecto al frente de los regimientos, y se amenazaba á los oficiales que rehusaban firmarle.

Al primer rumor de tales intenciones, mandaron las cámaras á Fairfax que las pusiese coto, declarando que cualquiera que persistiese en ello seria considerado como enemigo del estado y perturbador del reposo público, y exigiendo además que algunos oficiales viniesen á dar esplicaciones.

Fairfax respondió que obedecería: Hammond, Pride, Lilburne y Grimes pasaron á Westminster, y negaron altamente los hechos de que eran acusados: « Es falso, dije Pride, que el proyecto de peticion se haya leído á la cabeza del regimiento. » Solo en efecto se habia leído á la cabeza de cada compañía; pero no se insistió mas, contentándose con que fuese abandonado y aun negado el proyecto.

Volvióse á los preparativos del licenciamiento; era cosa larga á par que insuficiente el empréstito abierto en la Cité, y para suplir á él se estableció un subsidio de 60.000 libr. est. mensuales. Se activó la formación de los cuerpos destinados á Irlanda; se prometieron grandes ventajas á los que entrasen en ellos; se nombró para mandarlos á Skippon y á Massey; y pasaron al ejército para anunciar estas resoluciones cinco comisionados pertenecientes todos al partido presbiteriano.

El mismo dia de su llegada tuvieron con ellos una conferencia doscientos oficiales reunidos en casa de Fairfax: «¿Quién nos mandará en Irlanda? preguntó Lamberto. — Están nombrados los mayores generales Skippon y Massey. — El ejército, observó Hammond, seguirá gustoso al mayor general Skippon, pues conoce el mérito de este grande soldado; pero á su lado necesitamos ver á los oficiales generales que tenemos tan probados. — Sí, exclamaron todos; vengan Fairfax y Cromwell, y seguimos todos.» Atónitos los comisionados, salieron de la sala, invitando á los oficiales de rectas intenciones que pasasen á su domicilio. Unos doce ó quince respondieron apenas á esta invitacion.

Algunos dias despues, ciento cuarenta y uno oficiales dirigieron á las cámaras una justificacion solemne de su conducta: « Con ser soldados, decian, no hemos dejado de ser ciudadanos; aun mas, defendiendo las libertades de nuestro pais, no es posible que seamos nosotros esclavos; entretanto, son desechadas y prohibidas nuestras peticiones, mientras se reciben y se provocan las que de diferentes

condados están llegando contra nosotros. Se nos trata de enemigos del estado : nosotros esperamos que será desoída esta acusacion , y que antes de licenciarnos se nos concederán para nuestra seguridad personal y para nuestros atrasos las garantías que necesitamos.»

No bien habia concluido la lectura de esta carta, cuando se levantó Skippon y presentó otra que le habian entregado la víspera tres simples soldados : ocho regimientos de caballería se negaban espresamente á servir en Irlanda: « Lazo infame, decian , y puro pretexto para separar á los soldados de los oficiales á quienes aman , y para encubrir la ambicion de algunos hombres que no reparan en constituirse tiranos.» A este ataque personal, sorprendidos á la vez é irritados los gefes presbiterianos , pidieron que la cámara hiciese comparecer é interrogarse á los tres soldados. Presentáronse con entereza : « ¿Donde se ha deliberado esta esposicion? les preguntó el presidente. — En reunion de regimientos. — Quien la ha redactado? — Un consejo de agentes nombrados por cada regimiento. — La han aprobado vuestros oficiales? — Muy pocos están enterados de ello. — ¿Sabeis que solo los caballeros pueden haber provocado tal paso? Vosotros mismos, habeis sido tal vez caballeros? — Entramos á servir al parlamento antes de la batalla de Edge-Hill, y de entonces mas no le hemos abandonado. » Uno de los tres se adelantó : « Recibí cierto dia cinco heridas y caí ; lo observó el mayor general Skippon , se acercó y me dió cinco chelines para procurarme algunos socorros: el mayor general podrá decir si mien-



to. — Es verdad, dijo Skippon mirando con interés al soldado; pero ¿qué significa esta frase en que hablais de la tiranía? — No somos mas que los agentes de nuestros regimientos; si la cámara nos da sus preguntas por escrito, las presentaremos, y volveremos despues con la respuesta. »

Estalló en la cámara un violento tumulto, y se deshacian en amenazas los presbiterianos. Cromwell se inclinó hácia Ludlow que estaba sentado á su lado: « Esos hombres, le dijo, no tendrán sosiego hasta que el ejército les dé el portante. »

Pronto la cólera dió lugar á la inquietud, se acababan de hacer descubrimientos bien tristes: ya no se trataba de reprimir tropas descontentas; el ejército en masa se mancomunaba, y se erigia en poder independiente y rival tal vez de su propio gobierno. Dos consejos, compuesto uno de oficiales, y otro de *promovedores* nombrados por los soldados, lo coordinaban todo y se apresuraban á negociar en su nombre. Todo estaba previsto para sostener esta organizacion naciente; cada escuadron, cada compañía nombraba sus promovedores; en cuanto era necesaria su reunion, cada soldado daba ocho sueldos para ocurrir á los gastos, y ambos consejos debian obrar de mancomun. Al propio tiempo corrió no sin fundamento la voz de que el rey habia recibido proposiciones del ejército en que al parecer se le ofrecia restituírle á sus derechos si se entregaba á él (1). En el seno mismo de las cámaras, á vista de

---

(1) Se le hicieron efectivamente proposiciones, mas no contestó.

este nuevo poder, y temiendo su pujanza aun mas que su triunfo, se presentaban tímidos los prudentes; estos se alejaban de Lóndres, y esotros, como Whitelocke, se acercaban á Cromwell, el que se apresuraba á recibirlos. Se resolvió hacer uso de la benignidad, y emplear en el ejército á los gefes populares. Se prometieron dos meses de sueldo, en vez de seis semanas como se habia votado, á las tropas que debian licenciarse; se redactó un decreto de amnistía general para todos los desórdenes y actos ilegales cometidos durante la guerra, y se señaló un fondo para el socorro de las viudas y de los huérfanos de los soldados. En fin, Cromwell, Ireton, Skippon, Fleetwood y demas generales miembros del parlamento que eran bien quistos del ejército, recibieron encargo de restablecer entre él y las cámaras la necesaria armonía.

Transcurrieron quince dias sin que pareciese producir ningun efecto su presencia en el cuartel general. Escribian frecuentemente, pero nada decian sus cartas: ora el consejo de oficiales habia rehusado responder sin el concurso de los promovedores, ora estos pedian tiempo para consultar con los soldados. Diariamente, á vista de los comisionados del parlamento, tomaba mas consistencia y valía ese gobierno enemigo. Cromwell entretanto no cesaba de escribir que en vano hacia esfuerzos para apaciguar el ejército, que su crédito sufría mucho, y que pronto se haria sospechoso y aun odioso á los soldados. Algunos comisionados volvieron al fin á Lóndres con la misma respuesta.

Esperábanlo los gefes presbiterianos, y aprove-

chando la irritacion de la cámara, que hasta entonces habia querido contemporizar, obtuvieron en pocas horas unas resoluciones enérgicas. Sobre una mocion de Hollis se votó que fuesen inmediatamente licenciadas las tropas que no quisiesen pasar á Irlanda; y hasta se señaló día y lugar para la ejecucion de esta medida. Los cuerpos debian ser disueltos aisladamente, cada uno en sus cuarteles, y casi instantáneamente, para que no tuviesen lugar de mancomunarse y reunirse. Se envió el dinero necesario para los primeros actos de esta operacion, y partieron comisionados presbiterianos para activarla.

Encontraron estos el ejército en el mas violento desorden: sabedores de todo, se habian sublevado muchos regimientos; unos se habian descartado de sus oficiales, y á banderas desplegadas salian al encuentro de sus camaradas; otros se hacian fuertes en los templos, declarando que no los abandonarían; estos se apoderaron del dinero destinado al licenciamiento; todos pedían á gritos una reunion general en que pudiese hacerse oír todo el ejército. Al instante se dirigió á Fairfax un manifiesto en nombre de los soldados, declarando que si sus oficiales se negaban á conducirlos, sabrian bien reunirse sin ellos y defender sus derechos. Turbado el general exhortaba á los gefes, escuchaba á los soldados, y escribia al parlamento, sincero é impotente con todos los partidos, incapaz de renunciar á la popularidad como de ejercer el poder. Reunió en fin un consejo de guerra, y todos los oficiales, á escepcion de seis, votaron que las resoluciones de las cámaras no eran satisfactorias, que el ejército no podia disolverse

sin mas seguras garantías , que era necesario reunir á todas las tropas para calmar los ánimos , é informar de todo al parlamento con una representacion sumisa.

Nadie podia ya hacerse ilusion : las cámaras no se bastaban á sí mismas despues de tal desprecio de su autoridad; necesitaban contra tal enemigo otra fuerza que su nombre, otro apoyo que la ley , y este solo podian darle el rey de una parte , y de otra la Cité, siempre presbiteriana y dispuesta á ser realista. Habíanse tomado ya algunas medidas bajo este aspecto ; quitóse el mando de la milicia al partido independiente y se confirió á una junta presbiteriana ; colocóse una guardia mas numerosa á la puerta de las cámaras ; se señalaron 12.000 lib. est. mas para sus gastos ; y recorrían libremente la Cité los restos leales del ejército de Essex. Este general habia muerto casi repentinamente á vuelta de una cacería, y cuando se preparaba á intervenir en favor de la paz : su pérdida se tomó á golpe tan funesto entre los presbiterianos , que corrieron cargos de envenenamiento contra sus enemigos. A pesar de esto, Waller, Poyntz y Massey estaban prontos á declararse. Tocante al rey , eran de temer sus disposiciones menos favorables ; dos veces se le habia rehusado con encono teológico el servicio de sus capellanes ; dos ministros presbiterianos celebraban solemnemente su culto en Holmby, á pesar de que Carlos rehusaba asistir á sus ceremonias; se habia alejado de su persona á sus mas íntimos domésticos ; se habia reprimido toda tentativa de correspondencia con su muger , sus hijos ó sus amigos ; apenas pudo obtener permiso de con-

versar con él uno de los comisionados del parlamento de Escocia : en fin , á pesar de que habia dirigido hacia quince dias á las cámaras una respuesta detallada á las proposiciones que habia recibido en Newcastle, aun no se habia tomado en consideracion. Dificil pues parecia una alianza despues de tan importunos rigores. Era sin embargo urgente la necesidad, y si bien el rey podia quejarse de los presbiterianos , sabia sin embargo que no deseaban su ruina. En Holmby se le rendian los honores acostumbrados á la majestad : su morada era magnífica , y el ceremonial de la corte se guardaba estrictamente ; los comisionados presbiterianos no le faltaban en nada al respeto , y vivian con él en armonía ; ora les invitaba el rey á acompañarle á paseo , ora jugaba con ellos al ajedrez , y nunca desdeñaba su conversacion. Seguramente no podia desconocer que los enemigos de las cámaras lo eran tambien suyos, ni desechar el único medio de salvación que le quedaba. Los lores votaron que se invitase á S. M. á venir á residir mas cerca de Lóndres en su castillo de Oatlands ; los comunes no se mezclaron en ello , pero dejaron entrever los mismos descos ; se activó secretamente la correspondencia con los comisionados que guardaban al rey , sobre todo con Greaves, comandante de la guarnicion. Hablábase ya en Westminster y en la ciudad de que el rey se uniria pronto al parlamento , cuando de repente llegó el 4 de junio la noticia de que la vispera habia sido arrebatado de Holmby por un destacamento de setecientos hombres , y que el ejército le tenia en su poder.

En efecto el 2 de junio habia salido con los comisionados hasta dos millas de Holmby, cuando repararon estos á un desconocido que llevaba el uniforme del regimiento de guardias de Fairfax. El coronel Greaves le preguntó quien era, de donde venia, y qué se decia en el ejército, á lo que contestó con cierta arrogancia el desconocido. Pronto se oyó la voz de que se dirigia sobre Holmby un cuerpo numeroso de caballería: «¿Habeis oido hablar de esto?» dijo Greaves al desconocido. — Algo mas; los ví ayer junto á este sitio. » Alarmada la comitiva se volvió á Holmby; se tomaron disposiciones para resistir un ataque, y la guarnicion prometió ser fiel al parlamento. A media noche llegó un cuerpo de caballería y reclamó la entrada. «¿Quién es el comandante?» preguntaron los comisionados. — Todos mandan, fué la respuesta. » Sin embargo se adelantó un hombre, el desconocido que habian encontrado, y dijo: « Me llamó Joyce, corneta de las guardias del general, y tengo que hablar al rey. — ¿De parte de quien?— De la mia. ( Los comisionados se echaron á reir). No hay que reir, señores; no he venido para escuchar vuestros consejos: quiero ver al instante al rey. » Greaves y el mayor-general Brown mandaron á la guarnicion que se preparase para hacer fuego; pero los soldados habian platicado con los recién-venidos; se abrian las puertas; los invasores se hallaban en el patio del castillo, dando la mano á sus camaradas y diciéndoles que querian poner en seguridad al rey; que habia una conspiracion para conducirlo á Lóndres, levantar nuevas tropas, y promover otra guerra civil: el co-

mandante del castillo, añadian, estaba dispuesto á llevar á cabo la traicion. A estas palabras esclamaron los soldados que no se separarian del ejército; Greaves se fugó. Al cabo de algunas horas conocieron los comisionados que no habia esperanza de poder resistir. Erase el medio dia: Joyce tomó posesion del castillo, colocó centinelas, y se retiró hasta la noche para dar algun descanso á sus tropas.

Volvió á las diez, pidiendo que le permitiesen ver al rey. «Está acostado, le respondieron. — No importa, es ya demasiado esperar, y quiero verle;» y con una pistola en la mano se hizo conducir al aposento del monarca. «Siento mucho, dijo á los gentilhombres de servicio, tener que turbar el sueño de S. M.; pero es preciso de todos modos que yo le hable al instante.» Se le preguntó si tenia autorizacion de los comisionados. «No tal; he colocado centinelas á sus puertas, y los que me han dado órdenes no los temen.» Se le dijo que dejase sus armas, y se negó. Vacilaban en abrirle, y se enfureció. Al ruido despertó Cárlos, llamó, y mandó que le introdujesen. Joyce entró con sombrero en mano, y la pistola baja, con aire de resolucion, pero sin descaro. En presencia de los comisionados á quienes hizo llamar, tuvo Cárlos con él una larga conferencia, y al fin le despidió diciéndole: «Hasta mañana Joyce; gustoso partiré mañana con vos si vuestros soldados confirman cuanto me habeis asegurado.»

Al dia siguiente á las seis de la mañana estaba aliñada ya la tropa de Joyce en el patio del castillo. El rey se presentó á lo alto de la escalera, seguido

de los comisionados y domésticos, y Joyce se adelantó hacia él. «Joyce, dijo el rey, os pregunto en virtud de que autoridad pretendéis apoderaros de mí, y sacarme de este castillo. — Señor, en virtud de la del ejército, para prevenir los planes de sus enemigos que quieren por segunda vez sumergir en sangre el reino. — Esta no es una autoridad legal; solo conozco en Inglaterra la mia y la del parlamento: ¿llevais una comision escrita de Fairfax? — La tengo del ejército, y en él viene comprendido el general. — No vale esta respuesta; el general es la cabeza del ejército: ¿teneis comision por escrito? — Señor, ruégoos que no me hagais mas preguntas: he respondido bastante. — Vamos, Joyce, sed franco conmigo; decidme, ¿qué comision teneis? — Vedla, Señor. — Donde? — Allí. — Donde? — Detrás de mí; » y señalaba sus soldados. «Jamás, dijo sonriéndose el rey, habia visto una comision semejante; convengo que está escrita en brillantes caracteres: esos señores son de buena talla, y vienen bien equipados. Pero, tened entendido que para sacarme de aquí os será necesaria la violencia, si no me prometis que seré tratado con respeto, y que no se exigirá de mí nada que turbe mi conciencia ni manche mi honor. — Nada, nada, exclamaron los soldados. — No es nuestra máxima, repuso Joyce, forzar la conciencia de nadie, y mucho menos la del rey. — Donde me vais á conducir? — A Oxford, señor, si os place. — No, aquel aire no es sano. — A Cambridge pues. — No, más me gusta Newmarket, son mejores los aires. — Como os plazca, señor.» El rey se retiraba, y los comisionados dieron algunos pa-



sos hácia la tropa : « Señores , dijo lord Montaque , nos hallamos aquí en virtud de la confianza del parlamento , y desearíamos saber si aprobais cuanto acaba de decir Joyce. — Sí , sí. — Diganlo en alta voz los que quieran que el rey permanezca aquí con nosotros. — Nadie , nadie. » Manifiesta de este modo su impotencia , se sometieron los comisionados. Tres de ellos subieron al coche del rey , los otros montaron á caballo , y Joyce dió orden de partir.

Al propio tiempo salió para Lóndres un mensajero , portador de una carta en que aquel gefe anunciaba á Cromwell que todo habia salido á maravilla. Si no se encontrase Cromwell en la capital debia ser entregada la carta á sir Arturo Haslerig , y en falta de él al coronel Fleetwood. Este fué quien la recibió , pues Cromwell se hallaba en el cuartel general al lado de Fairfax , al que tenia fuera de sí lo que pasaba. « No me gusta esto , dijo á Ireton , ¿ quien ha dado tales órdenes. — He mandado , respondió Ireton , que se asegurasen del rey en Holmby ; pero no que le sacasen de allí. — Ha sido forzoso , dijo Cromwell , que acababa de llegar de Lóndres ; de otro modo el rey iba á ser conducido al parlamento. » Sin embargo , Fairfax envió al encuentro de Cárlos al coronel Whalley con dos regimientos de caballería , y orden de reconducirle á Holmby. Negóse el monarca , protestando siempre contra la violencia que habia experimentado , pero gustoso de mudar de prision y de que estallase la discordia entre sus enemigos. A los dos dias se le presentaron en Childersley , cerca de Cambridge , el mismo Fairfax con todo su estado mayor , Cromwell , Ireton ,

Skippon, Hammond, Lamberto y Rich. La mayor parte, Fairfax el primero, le besaron la mano; solo Cromwell é Ireton se mantuvieron pasivos: el general en gefe protestó al rey que nada sabia en punto á la violencia que se le habia hecho. « No lo creeré, dijo Cárlos, si al instante no mandais prender á Joyce; este compareció: — He dicho al rey que mi comision no procedia del general, y solo del ejército: Reúnase este, y que me ahorquen si sus tres cuartas partes no aprueban mi hecho. » En vano habló Fairfax de pasarle por consejo de guerra: « Señor, le dijo el rey al despedirse, puedo tanto como vos en el ejército; » y pidió de nuevo que le condujesen á Newmarket. Allá pasó con él el coronel Whalley encargándose de su custodia; Fairfax volvió al cuartel general, y Cromwell á Westminster, donde hacia cuatro dias que se admiraban de no verle.

Encontró á las cámaras luchando con la cólera y el temor, con la energía y la debilidad. El espanto fué general á la primera noticia del rapto del rey. Skippon, á quien los presbiterianos se obstinaban en mirar como uno de los suyos, pidió con tono lamentable un ayuno solemne para obtener del Señor que se restableciese la armonía entre el parlamento y el ejército: en el ínterin se votó que se pagase una fuerte suma sobre los atrasos, y que se borrarse de los registros la declaracion de sedicioso contra el primer proyecto de peticion de los oficiales. Como llegasen nuevos detalles de lo acaecido, enviados por los comisionados, se enardecieron entonces las cámaras; llegó además á su noticia la carta de Joy-

ce á Cromwell, y aun se creyó haber traslucido el dia en que á instigacion de este gefe se proyectó tan osado golpe de mano. Manifestáronse las sospechas al volver aquel á Westminster; pero las rechazó, tomando á Dios, á los ángeles y á los hombres por testigos de que Joyce le era tan desconocido hasta el presente, como la luz del sol á un niño en el seno de su madre. Sin embargo, firmemente convencidos Hollis, Glynn y Grimstone, buscaban pruebas do quier, decididos á aprovechar la primera coyuntura para pedir su arresto. Cierta dia, poco antes de abrirse la sesion, se presentaron tres oficiales á Grimstone; «Hace poco, le dijeron, se trató de espurgar el ejército para saber con quien se podia contar; estoy seguro del ejército, dijo el teniente general; pero hay otro cuerpo que debe espurgarse cual es la cámara de los comunes, y esto solo puede hacerlo el ejército.—¿Repetiréis estas palabras en la cámara? les dijo Grimstone.—Sí;» y le siguieron á Westminster. Se habia abierto la sesion, y empeñado un debate: «Señor presidente, dijo entrando Grimstone, suplico á la cámara que se digne suspender la discusion, pues voy á tratar de otra mucho mas grave, por cuanto se trata de su libertad y de su existencia;» y acusó á Cromwell, entonces presente, de haber meditado emplear contra la cámara la fuerza armada: «Ahí están mis testigos, dijo, y pido que sean introducidos.» Presentáronse en efecto los dos oficiales, y renovaron su declaracion. No bien se habian retirado, cuando se levantó Cromwell, y cayendo de rodillas, y deshaciéndose en llanto, de modo que conmovió ó sorprendió al au-

ditorio, todo se le fué en piadosas invocaciones, en fervientes súplicas, y en llamar sobre su cabeza todas las maldiciones del Señor si algun hombre en todo el reino era mas fiel que él á la cámara. Levantándose despues habló mas de dos horas sobre el parlamento, el rey, el ejército, sus enemigos, sus amigos, y él mismo, amalgamándolo todo, sumiso y audaz, parlanchin y apasionado, repitiendo á la cámara que la llenaban de zozobra y la comprometian sin motivo, y que, esceptuando solo algunos hombres que miraban aun hácia la tierra de Egipto, los demas, oficiales y soldados, todos la eran adictos. Tanto pudo con su perorata, que al sentarse todo el ascendiente habia pasado á sus amigos, y « si hubiesen querido, dijo treinta años despues el mismo Grimstone, la cámara nos hubiera enviado á la torre á mí y á mis oficiales como á calumniadores. »

Pero Cromwell era demasiado sensato para querer vengarse, y harto previsor para que le alucinase la ventaja adquirida. Comprendió al instante que no podian reproducirse tales escenas, y aquella misma tarde salió secretamente de Lóndres, pasó al ejército reunido cerca de Cambridge, y dejándose de contemporizaciones imposibles aun con toda su hipocresía, se puso abiertamente á la cabeza de los independientes y de los soldados.

Pocos dias despues de su partida, marchaba ya el ejército sobre Lóndres; todos los regimientos juraron sostener hasta el último trance su causa, y bajo el nombre de *sumisa representacion* habian dirigido á las cámaras, no solo el cuadro de sus quejas

sino la espresion arrogante de sus votos sobre los negocios públicos, la constitucion del estado, las elecciones, el derecho de peticion, y la reforma general. En fin, á estas peticiones hasta entonces inauditas se unia un proyecto de acusacion contra once miembros de los comunes, Hollis, Stapleton, Maynard etc., enemigos del ejército, decian, y únicos autores de los fatales desprecios que por su causa sufría el parlamento.

Los presbiterianos habian previsto el golpe, y escudándose para la defensa. Hacia quince dias que de todo echaban mano para animar á su favor al pueblo de la Cité. Quejábase este de los derechos percibidos sobre la sal y la carne, y se abolieron; los aprendices habian reclamado contra la supresion de las fiestas religiosas, la de Navidad sobre todo que era en otro tiempo dia de júbilo para la Inglaterra, y al instante se instituyeron dias de recreo público para reemplazarlas. Continuaba elevándose un clamor general contra la codicia de los empleados, la acumulacion de empleos, los privilegios, y las ganancias sobre secuestros; incontinentemente votaron los comunes que ninguno de sus miembros recibiria cargos lucrativos, donativos ni asignaciones sobre los bienes de los delincuentes; que entregarían todos al tesoro público las sumas que hubiesen ya aceptado, y que sus propiedades estaba sujetas como las de los demas al pago de sus deudas. Por último, no se hacia ya mencion de la junta encargada de recibir las quejas de los ciudadanos contra los miembros de la cámara, y se restableció.

No obstante, habia llegado el dia en que de nada

sirven las concesiones, y en que los partidos solo conocen sus faltas para espiarlas. La Cité detestaba á los independientes, pero con temor, y era adicta á los presbiterianos sin confianza ni respeto, como á patronos vencidos. Por unos momentos parecieron fructuosas sus medidas; la municipalidad proclamó solemnemente su firme deseo de sostener al parlamento; se formaron algunos escuadrones de caballería; se reclutó entre la milicia; los oficiales reformados acudieron á alistarse; se hicieron preparativos de defensa; las cámaras en fin votaron que se intimaria al ejército que se alejase entregando al rey, y que á este se le invitaria á residir en Richmond, bajo la guarda del parlamento. Mas el ejército seguía adelantándose, y Fairfax escribió á la municipalidad quejándose de que permitiese reclutar contra él. Esta se defendió escusándose con las alarmas, y protestando que si el ejército se retiraba, y consentia en permanecer acantonado á cuarenta millas de Lóndres, cesaría toda desavenencia. Fairfax respondió que esta carta llegaba tarde, que su cuartel general se encontraba ya en Saint-Albans, y que le era absolutamente necesario un mes de sueldo. Concediéronle las cámaras, pero insistieron en que retrocediese. El ejército se aferró en que se sacasen del parlamento los once miembros enemigos suyos. No podían resolverse los comunes á darse con sus propias manos un golpe tan fatal; distintas veces se habia puesto ya á discusion tal dictámen, pero siempre habia contestado la mayoría que una acusacion vaga, sin hechos que la apoyasen y sin pruebas, no podia despojar á nadie de su de-

recho de miembro del parlamento. «La primera acusacion contra Strafford, decia el ejército, fué así mismo vaga y puramente general; se darán mas adelante las pruebas, al modo que se hizo entonces;» y continuaba adelantándose, de manera que el 26 de junio se hallaba ya su cuartel general en Uxbridge. Envió allá la Cité sus comisionados, pero sin fruto. Era mayor cada dia el espanto; se cerraban las tiendas, y todo eran quejas contra los once miembros cuya obstinacion [comprometia tan altamente al parlamento y á la capital. Comprendiéronlo así aquellos, y ofrecieron retirarse. Se aceptó con reconocimiento su propuesta, y el mismo dia votaron los comunes que el ejército era inculpable, que se procuraria por su sueldo, y se nombrarian comisionados para arreglar los negocios del reino, poniéndose de acuerdo con los suyos. Entretanto debia pedirse al rey que no pasase á Richmond como le habian ofrecido, y que en ningun caso permaneciese mas cerca de Lóndres que el cuartel general. Con estas condiciones retrocedió Fairfax algunas millas, y nombró diez comisionados para tratar con los del parlamento.

Cuando recibió el rey la noticia de estas resoluciones, se disponia á partir para Richmond, ó á probarlo cuando menos, pues se le guardaba con suma vigilancia. Incomodábase por ello: «Ya que mis cámaras, decia, me piden que pase á Richmond, si alguno ha de impedírmelo será á viva fuerza, y tal vez le cueste la vida.» Mas al saber que las mismas cámaras se oponian á su partida, y negociaban con el ejército como con un vencedor, se sonrió desde

ñosamente á esta humillacion de sus primeros enemigos, y procuró dar otro rumbo á sus intrigas. Salvo las medidas tomadas para su seguridad, no tenia de que quejarse del ejército, pues los oficiales se mostraban con él tan respetuosos y mucho mas condescendientes que los comisionados del parlamento. Se habian admitido á su lado dos de sus capellanes, Sheldon y Hammond, y celebraban segun los ritos de la iglesia episcopal. Ya no se impedia sin distincion acercársele á sus antiguos domésticos y aun á los mismos caballeros, pues obtuvieron este permiso el duque de Richmond, el conde de Southampton y el marqués de Hertford, á los que trataban generosamente los gefes del ejército, y aun los mismos subalternos, muy al contrario de lo que acontecia en Newcastle y en Holmby. Despues de la rendicion de Oxford, los pequeños hijos del monarca, el duque de York, la princesa Isabel y el duque de Gloucester, habitaban ora en Saint-James, ora en Sion-House, cerca de Lóndres, bajo la guarda del conde de Northumberland, al que los habia confiado el parlamento. Carlos manifestó deseo de verlos y Fairfax apoyó su demanda á las cámaras: «¿Quién no sentirá, dijo, que se le dé á un padre una negativa por tan poca cosa?» La entrevista tuvo lugar en Maidenhead, entre numeroso concurso, sin que los oficiales y soldados concibiesen la menor desconfianza, antes permitiendo al monarca que permaneciese dos dias con sus hijos en Caversham. Algunos por otra parte, como Ireton y Cromwell, no viendo todavía terminada gloriosamente su lucha con los presbiterianos, miraban en el porvenir, por si



tal vez pudiese serles necesaria una alianza con el rey.

Pronto se esparció por el reino la voz de tales disposiciones, de los miramientos que se guardaban con el rey, y los pasos que se daban á su lado. Añadiase que se le habian presentado tales y tales condiciones, y circulaban folletos, alabando unos al partido, y clamando otros contra él; de manera que este se creyó obligado á desmentirlo todo oficialmente, pidiendo el castigo de los autores de tales calumnias. Mas no por esto cesaron las negociaciones con el rey; le servian con ahinco los oficiales, y entraban en relaciones amistosas con los caballeros, como quien se ha combatido lealmente y desea la paz. El mismo rey escribia muy confiado á la reina, de suerte que ya no se hablaba de otra cosa entre los emigrados que habian seguido á esta á Paris ó permanecian refugiados en Normandía, en Ruan, en Caen, ó en Dieppe. Dos individuos sobre todo procuraban esparcir la voz, dando á entender que sabian mas de lo que decian, y que ningun otro estaba en el caso de prestar en este punto mas importantes servicios al rey. Uno de ellos, sir John Berkeley, se habia defendido bizarramente en Exeter, y no habia rendido esta plaza mas que tres semanas antes de la fuga del rey al campo de los escoceses; el otro, Ashburnham, solo en Newcastle se habia separado de Carlos por necesidad, para escapar al encóono del parlamento: ambos intrigantes, engreidos y parlanchines, el primero con denuedo, y el segundo con crédito mayor cerca del rey. Uno y otro, aquel por casualidad, y este de órden de Carlos, ha-

bian tenido relaciones con algunos de los principales oficiales , y se creian ya con derecho de gloriarse y sacar partido de ello. La reina dió sin vacilar cabida á sus esperanzas , y así fué que á principios de julio ambos , con algunos dias de intervalo , partieron con órden suya para ofrecerse al rey y al ejército en calidad de negociadores.

No bien hubo desembarcado Berkley cuando le salió al encuentro un caballero amigo suyo enviado por Cromwell , Lamberto y algunos otros, para asegurarle que no habian olvidado sus conversaciones despues de la toma de Exeter , que estaban prontos á aprovechar sus escelentes consejos , y que por tanto apresurase su venida. A este mensaje , envanecido Berkley de encontrarse mas importante de lo que habia creido , se detuvo muy poco tiempo en Lóndres , y pasó al cuartel general , sito entonces en Reading. No hacia aun tres horas que acababa de llegar , y ya Cromwell le habia enviado sus excusas por no poder visitarle incontinentemente ; pero á las diez de la noche le vió entrar con Rainsborough y sir Hardress Waller. Los tres protestaron sus buenas intenciones para el servicio del rey ; Rainsborough secamente , mas Cromwell con efusion : « Acabo , dijo , de presenciar el mas tierno espectáculo, la entrevista del rey con sus hijos : no , nadie se habia engañado mas que yo al juzgar al rey ; seguramente es el hombre mejor de los tres reinos , y á quien debemos todos infinitas obligaciones ; seguramente que estaríamos arruinados del todo si hubiese aceptado en Newcastle las proposiciones de los escoceses. ¡ Envíeme Dios sus bendiciones tan seguras

como son sinceros mis deseos para con S. M. ! » Al oírle por otra parte , nadie en Inglaterra estaba seguro en sus bienes ni en su vida si no entraba el rey en posesión de sus justos derechos. Alucinado Berkley se presentó al dia siguiente al rey , y le dió cuenta de esta entrevista. Cárlos le escuchó con frialdad, como hombre acostumbrado á ver frustradas mayores esperanzas , ó dispuesto á hacer comprar á mayor precio su satisfaccion. Retiróse confuso Berkley, pensando que tal vez estaria el monarca prevenido contra él , y que Ashburnham lograria mejor persuadirle. En el ínterin que llegaba este siguió investigando en el ejército ; le rodeaban los oficiales, amigos unos de Cromwell, y otros descontentos del mismo y que le instaban á que desconfiase de todo: « Porque , decian , es hombre con quien nadie puede contar, que cada dia muda de conducta y de lenguaje ; y únicamente desea ser gefe de los vencedores. » Parecióle sin embargo mas franco el lenguaje de Ireton , quien le comunicó las proposiciones que preparaba el consejo general de oficiales. Ningunas tan moderadas se habian presentado todavía al rey; se exigia que solo por diez años abandonase el mando de la milicia y el nombramiento para cargos superiores , que quedasen desterrados del reino siete de sus principales consejeros , que se retirase al clero presbiteriano todo poder civil y coercitivo , que no fuese admitido en la cámara alta ningun par creado despues de la esplosion de la guerra , y que ningun caballero pudiese ser elegido para el próximo parlamento : « Forzoso es , le dijo Ireton , que se note alguna diferencia entre vencedores y venci-

dos. » Pero á estas condiciones , menos rigurosas que las de las cámaras , no se añadía la obligacion de abolir la iglesia episcopal , ni la de arruinar con enormes multas á los realistas , ni la interdiccion legal , por decirlo así , del rey y de su partido en tanto que le pluguiese al parlamento. Bien es verdad que en cambio pedia el ejército nuevas reformas mas graves en su naturaleza ; una distribucion mas igual de los derechos electorales y de los subsidios públicos , la novacion de los præcedimientos civiles y la destruccion de una multitud de privilegios políticos , judiciales y comerciales , y la introduccion en fin de las leyes y principios de igualdad en el orden social hasta entonces desconocidos. No obstante, aun en sentir de sus autores , no se dirigian tales peticiones contra el rey , su dignidad , ni su poder ; y nadie creía que la prerogativa estuviese interesada en mantener rancios privilegios , escandalosas ganancias de los jurisconsultos , y fraudes de los deudores. Así fué que Berkley juzgó muy suaves tales condiciones , de modo que á su parecer se habia recobrado á poco coste una corona casi perdida. Solicitó y obtuvo permiso de presentarlas secretamente al rey , antes que lo hiciese oficialmente el ejército ; pero su sorpresa fué mayor si cabe que la vez primera que le vió : Carlos encontró muy duras las condiciones , y se incomodó : « Si quisiesen , dijo , tratar conmigo , me propondrian cosas que pudiese aceptar. » Berkley se atrevió á hacer algunas observaciones , y aun insistió sobre los peligros de una negativa. « No , dijo el rey cortando bruscamente la conversacion : esos hombres no pueden nada sin

mí; pronto veréis que toman á gran merced aceptar proposiciones mas equitativas.

En vano buscaba Berkley un fundamento para tanta confianza, cuando hete que llega al cuartel general la noticia de que reinaba la mas violenta conmocion en la Cité; que numerosas bandas se reunian al rededor de Westminster, y que tal vez de un momento á otro se veria precisado el parlamento á votar la vuelta del rey, el llamamiento de los once miembros, y las resoluciones mas fatales al ejército y á su partido. Hacia quince dias, desde que se habia despedido para seis meses á los once miembros, desvaneciendo de este modo las próximas esperanzas de sus partidarios, empezaban á anunciar aquella esplosion unos síntomas amenazadores, reuniones, peticiones y gritos tumultuosos; pero la hizo estallar una medida que de una y otra parte se miraba como decisiva. La junta presbiteriana, que hacia dos meses poseia el mando de la milicia de Lóndres, fué disuelta, y los independientes volvieron á tomar posesion de tan importante poder. La Cité no pudo resolverse á ser de este modo mandada por sus enemigos; en pocas horas la fermentacion fué general; centenares de individuos firmaron un papel en que se decia que de todo debia echarse mano para que el rey volviese con honor y libertad á Lóndres; se espidieron copias de él para todo el reino; se redactaba una peticion para lograr la aprobacion de las cámaras; de todas partes se unian al pueblo los oficiales reformados: todo anunciaba un movimiento tan estenso como ardoroso.

El ejército se puso al momento en marcha hácia

Lóndres; Fairfax escribió en su nombre cartas amenazadoras; en las cámaras, fuerte con este apoyo el partido independiente, hizo declarar traidor á cualquiera que suscribiese el dicho papel de la Cité. Pero esta amenaza llegaba tarde ya para comprimir el entusiasmo: á los dos días se presentó un numeroso gentío á las puertas de Westminster, dando muestras de algun plan audaz. Al abrirse la sesion, alarmados los comunes hicieron cerrar las puertas, y prohibieron que ningun miembro saliese sin permiso. Llegó de parte de la municipalidad una peticion moderada y respetuosa, á fin de que se volviese á entregar el mando de la milicia á los que hace poco le tenían, é informando al propio tiempo y con miramiento á las cámaras de la impaciencia del pueblo. Al discutirse esta peticion se dió parte al presidente de que la muchedumbre queria presentar otra; salieron dos miembros para recibirla, y se leyó al instante: espresaba lo mismo que la anterior y no muy vulgarmente. Prolongábase el debate; se esperaba la respuesta, y anochecia ya; en vez de cansarse se indignaba el gentío; invadió todas las avenidas; resonaba ya el tumulto en la sala, y se oía gritar: « Entremos! entremos! » y conmovian la puerta violentos golpes. Muchos miembros pusieron mano á sus espadas, y rechazaron por un momento el ataque. No se veía menos amenazada la cámara alta; algunos aprendices habian escalado las ventanas y echaban piedras, dispuestos á adelantarse mas si no se les escuchaba. Resistíase todavía; al fin fué derribada la puerta de los comunes; entraron los mas furiosos en número de cuarenta ó

cincuenta, y con el sombrero calado y con gestos amenazadores gritaban : « Votad ! votad ! » Las cámaras cedieron : se revocó la declaracion de la antevispera , y se restituyó el mando de la milicia á la junta presbiteriana. No podia ser mayor el desorden ; se levantaban los miembros para salir ; el presidente habia dejado su puesto , pero un grupo de furiosos le volvió á él : « ¿ Qué quereis pues ? » les preguntaba : « Qué vuelva el rey. » Se puso á votacion y se adoptó. Solo Ludlow la rechazó con un *no* en alta voz pronunciado.

A estas noticias estalló en el ejército una viva fermentacion , sobre todo entre los promovedores y soldados: todos acusaban al rey de complicidad y de perfidia. Lord Lauderdale , venido de Lóndres para hablar con él de parte de los comisionados escoceses , escitó tal desconfianza , que los soldados entraron muy de mañana á su aposento, y le obligaron á volverse sin ver al rey. Ashburnham , llegado hacia tres dias , daba mas pábulo á las sospechas con su desdeñosa insolencia, pues se negaba á toda relacion con los promovedores : « Siempre me he tratado con gente de pro , decia á Berkley ; nada tengo de comun con esos cuadrúpedos, oficiales solamente necesitamos , pues por su medio será nuestro todo el ejército ; » y casi solo queria hablar con generales. Pero , aun entre los oficiales que se habian acercado al rey se empezaban á alejar algunos : « Señor, le dijo Ireton , pretendeis constituuiros árbitro entre el parlamento y nosotros , cuando somos nosotros quien queremos ser árbitros entre vos y el parlamento. » Agitados sin embargo con las noticias de

Londres resolvieron presentarle oficialmente sus proposiciones, estando presentes Ashburnham y Berkley. Carlos se mostró arrogante, sonriéndose á la lectura, y desechándolo todo en tono seco, como si fuese aun poderoso y le pluguiese dar muestra de su descontento. Ireton dijo que el ejército no cedería un punto mas ; pero le interrumpió bruscamente el monarca : « No podeis nada sin mí, le dijo, ni sin mi apoyo. » Atónitos los oficiales miraban á Ashburnham y Berkley, como pidiéndoles cuenta de ello ; en vano procuraba el segundo avisar al rey de su imprudencia por medio de penetrantes miradas. Acercósele al fin y le dijo al oido : « V. M. habla como si tuviese medios de resistencia desconocidos para mí ; pero ya que se me han ocultado á mí, podría haberse hecho otro tanto con esos señores. » Carlos conoció que se habia propasado, y procuró suavizar su lenguaje ; mas la mayor parte de los oficiales habian tomado ya su resolución ; Rainsborough, mas opuesto que nadie á toda composicion, habia salido sin ser visto para esparcir entre las tropas la voz de que no podian fiarse del rey ; la conferencia dió fin secamente, como entre individuos que no pueden avenirse ni engañarse.

No bien los oficiales estaban de vuelta al cuartel general, cuando vieron llegar de Londres muchos coches, conduciendo con admiracion de la muchedumbre á mas de sesenta miembros de las dos cámaras con sus presidentes, que huian del furor del populacho, y venian á buscar seguridad y libertad junto al ejército. La alegría fué igual á la sorpresa : se temia romper violentamente con el parlamento,



y acontecía que debían defenderle. Oficiales y soldados rodeaban á los fugitivos; se oían con indignacion las relaciones de sus peligros é injurias recibidas, se les llenaba de homenajes, y se alababa al Señor por su patriótica resolucion. Solo para Cromwell y sus amigos era ficcion la sorpresa, pues hacia algunos dias que incitaban esta escision de la cámara por medio de Saint-John, Vane, Haslerig, y Ludlow.

Berkley se apresuró á dar al rey tan triste noticia, conjurándole á que escribiese á los gefes del ejército dando esperanzas de que serian mas bien recibidas las proposiciones, desvaneciendo todo motivo de desconfianza, ó debilitando al menos el efecto de la última entrevista. Segun consejo, dijo, de Ireton y de Cromwell, todavía se podría responder con esto de las disposiciones del ejército. Pero Cárlos tenia tambien noticias de Lóndres; solo con su consentimiento habia estallado la asonada, y le escribian que al haber partido los miembros fugitivos, los restantes en suficiente número habian nombrado nuevos presidentes; que los once miembros fugitivos estaban de nuevo admitidos; que las cámaras habian mandado al ejército que se detuviese, á la Cité que se preparase para la defensa, y á Massey, Brown, Waller y Poyntz que formasen apresuradamente batallones. El ardor, decian, era extraordinario, se habian presentado millares de trabajadores á una sesion de la municipalidad, jurando practicarle todo por su causa, cualquiera que fuese el riesgo ó el enemigo. Solo los habitantes del arrabal de Southwark habian manifestado sentimientos con-

trarios ; pero al tiempo que iban á Guildhall á presentar su peticion , Poyntz seguido de algunos oficiales los habia rechazado con tal vigor , que no tuvieron gana de seguir con su intento. Procuróse dinero , y se colocaron cañones en los baluartes. En fin se invitaba formalmente al rey á que volviese á Lóndres ; lo que se practicó por las calles , al ruido de las músicas , y no debia tardar muchas horas en saberse : así lo opinaba el rey.

« Esperaré, dijo el rey á Berkley ; siempre será tiempo de escribir esta carta. » Entre tanto llegó un mensajero del cuartel general : acababan de presentarse nuevos fugitivos de Westminster , y otros escribian que se retiraban á sus condados y desconocian al supuesto parlamento. En Lóndres mismo el partido independiente , poco numeroso pero tenaz , no perdía tiempo ni valor ; enervaba todas las medidas que no podia prevenir ; solo con lentitud se empleaba el dinero percibido ; faltaban armas á los reclutas de Massey ; algunos predicadores presbiterianos , comprados por el ejército , procuraban inspirar temores y hablaban de transaccion , lo que ciertamente no disgustaba á muchos honrados miembros de ambas cámaras y de la municipalidad. Cromwell en fin participaba á Ashburnham que dentro de dos dias estaria la Cité en poder suyo.

Cárlos vacilaba todavía , pero reunió á sus mas adictos , y al fin se redactó una carta y la firmó. Ashburnham y Berkley partieron para llevarla al cuartel general , y encontraron por el camino á un segundo mensajero con noticias mas alarmantes. La noticia de la sumision de la Cité llegó antes que

ellos. Los miembros fugitivos acababan de pasar revista del ejército entre aclamaciones, y este marchaba sobre Londres, seguro de entrar sin obstáculo en la capital. Ningun valor tenia ya para unos vencedores la carta y la alianza del rey.

A los dos dias (6 de agosto) partió de Kensington para Westminster una brillante é imponente comitiva: tres regimientos formaban la vanguardia, y otro la retaguardia; entre ellos marchaba Fairfax con su estado mayor á caballo, los miembros fugitivos en coches, y un sin número de partidarios. Estaban alineados los soldados por el camino, con un ramo de laurel en el sombrero, y gritaban: «Viva el parlamento! el libre parlamento!» En Hyde-Park les salieron al encuentro el lord-corregidor y el alderman, para cumplimentar al general por la paz restablecida al fin entre el ejército y la Cité; Fairfax les contestó apenas. Mas adelante se presentó la misma municipalidad en cuerpo sin haber recibido mejor acogida. Llegaron á Westminster; los gefes presbiterianos se habian fugado ó permanecian ocultos; Fairfax restableció en sus cargos á los patronos del ejército, escuchó con aire modesto sus pomposas gracias, oyó votar un mes de sueldo para sus tropas, y pasó á tomar posesion de la torre, de la que se le nombró gobernador.

Dós dias despues, Skippon en el centro y Cromwell á retaguardia, el ejército entero, grave y silencioso atravesó toda la capital; no se cometió el menor esceso; ningun paisano recibió la menor afrenta: Se queria tranquilizar la ciudad é imponerla al propio tiempo. Y lo lograron: á vista de

soldados tan dóciles y amenazadores, los presbiterianos se encerraron en sus casas, en todas partes los independientes tomaron posesion del poder, y los cobardes rodearon á los vencedores. La municipalidad rogó á Fairfax y á sus oficiales á que aceptasen un banquete público; aquel se negó, pero se hizo cincelar un aguamanil de oro para ofrecérselo. Aun mas: algunos aprendices vinieron á felicitarle, cosa que le plugo en extremo, por poder decir que el ejército tenia tambien partidarios entre esta juventud temida. Las cámaras por su parte, sobre todo los lores, daban muestras de su servil reconocimiento, y votaron que era nulo de todo derecho sin necesidad de revocacion cuanto se habia practicado en ausencia de los miembros fugitivos. Grandes obstáculos encontró este voto, pues muchos se habian quedado, y por tres veces le desecharon. Al dia siguiente pasó á Hyde-Park un destacamento de caballería; se colocaron retenes al rededor de la cámara; Cromwell é Ireton sostuvieron con amenazas la resolución de los lores, que al fin fué adoptada. El ejército triunfó completamente.

Con tan fácil ventaja, tomó vuelo atrevido el movimiento revolucionario, hasta entonces contenido aun entre los independientes: esperanzas, pasiones, todo se desarrolló. Entre los comunes y los oficiales, el republicanismo era patente: Vane, Ludlow y otros contestaban apenas si se les acusaba de atacar la monarquía, de la que hablaban con desprecio; solo se afianzaban en la soberanía del pueblo y en una asamblea única, y tachaban de traicion toda idea de transaccion con el rey. Entre los soldados y

el pueblo todo eran aun murmullos , todo reformas inauditas ; ninguna ley imponia respeto , nada podia ser obstáculo ; mas confiados quanto mas ignorantes , sus peticiones y folletos eran solo amenazas. Ante los magistrados , ponian en duda su derecho ; en los templos , quitaban de los púlpitos á los presbiterianos y se ponian á perorar con fervor y con maestría. No tenian un fin , una doctrina conocida ; esos campeones populares del republicanismo llevaban un empuje terrible ; aspiraban á cambiar la sociedad , las relaciones , las costumbres , los mutuos sentimientos de los ciudadanos : en esto eran confusas sus miras. Bastábales á unos la destruccion de los privilegios de los lores ó de los jurisconsultos , y á otros algun piadoso ensueño , como la esperanza del próximo reinado del Señor. Algunos bajo el nombre de *racionalistas* reclamaban absoluta independencia para la mente de cada individuo ; otros entronizaban la igualdad en todo , y fueron llamados *niveladores*. Pero no les convenia este nombre , que desecharon , ni otro ninguno , por quanto no formaban ni una secta sistemática , ni una faccion ardorosa para determinado objeto. Entre paisanos y soldados , visionarios ó demagogos , un deseo vago de innovacion , de igualdad y de independencia constituia todo el fondo ; ambiciosos sin codicia , enemigos de todo interés ó cobardía , eran el resorte general y el terror de todos los partidos , que debian servirse de ellos y engañarlos.

Solo Cromwell logró plenamente uno y otro designio : nadie como él obtuvo tanta intimidación y confianza. Todo en él les plugo ; los arranques de su

imaginacion; su prurito de constituirse igual y compañero de los mas groseros, su lenguaje místico y familiar, y sus modales, ora triviales y exaltados que le daban visos de inspiracion, ora sinceros, ora sutiles, hijos del genio, que parecia favorecer á una causa santa. De este modo habia encontrado entre ellos utilísimos agentes, miembros del consejo de los promovedores, dispuestos siempre á sublevar el ejército, bien fuese contra el rey ó contra el parlamento. El mismo Lilburne, el mas indomable, que habia salido de su regimiento por inobediente, le era adicto: «Os considero, le escribia, como el corazon mas desinteresado y puro entre todos los hombres poderosos de Inglaterra;» y muchas veces su valor habia servido á Cromwell contra los presbiterianos. Pero cuando triunfó el partido, cuando nada tenia ya que temer del rey, de las cámaras y de la Cité, entonces empezó á resentirse el poder de aquel gefe, pues la desconfianza y el temor debia tomar otro rumbo. Las negociaciones con el rey habian dado que murmurar, y solo contenia á los descontentos el temor de caer en manos de los presbiterianos. Este temor habia desaparecido con los enemigos; y sin embargo, en vez de consumir el triunfo de la causa, se continuaba viviendo en amistad con aquellos, tratando con los delinquentes. El primero de estos, el mas culpable de todos, aquel sobre cuya cabeza hacia tiempo que pedian los fieles la venganza pública, que hace poco habia desechado con loco orgullo proposiciones que tal vez no se debian haberle hecho, el rey, lejos de haber perdido nada con los últimos acontecimientos, se

presentaba mas arrogante. Con consentimiento de los generales habia pasado á su castillo de Hamptoncourt, donde residia pomposamente. Se le reunieron sus antiguos consejeros Richmoud, Hertford, Capel y Southampton, como si debiese entrar en ejercicio de su poder soberano. El mismo Ormond, peligrosísimo gefe de los realistas de Irlanda que hace poco luchaba todavía con los parlamentarios, y que á duras penas habia consentido en entregar la plaza de Dublin, acababa de ser recibido por todas las notabilidades del ejército con suma complacencia, veia libremente al rey, y meditaba sin duda con él alguna nueva insurreccion en Irlanda. Al propio tiempo los mas activos confidentes de Cárlos, Berkley, Ashburnham, Ford y Apsley, iban y venian sin cesar de la corte al cuartel general, y encontraban abiertas las casas de Cromwell y de Ireton, cuando otros muchos no podian hablar con ellos. Estos á su vez, ora en persona, ora por medio de mensajeros, tenian continuas relaciones con el rey, y se les habia visto pasearse solos con él por el parque y encerrarse en su gabinete: tambien sus esposas habian sido recibidas honoríficamente por el monarca. Tanta familiaridad era escandalosa; tantas conferencias preparaban sin duda una traicion. Murmurábase ya entre los republicanos y los entusiastas, y sobre todo entre los soldados. Lilburne, encerrado de orden de la cámara alta en la Torre á causa de sus folletos, dirigió desde sus calabozos violentas quejas á Cromwell, su carta acababa así: «Si despreciáis mis consejos, como habeis hecho hasta ahora, tened entendido que emplearé con-

tra de vos todo mi influjo , de manera que daré á vuestra fortuna un vuelco que seguramente no os gustará. »

Muy poco caso hacia Cromwell de los consejos de Lilburne, y mucho menos de sus amenazas; mas no así cuando encontraba eco el descontento entre tantos hombres hasta entonces adictos suyos. Dispuesto á entregarse ora á la intriga , ora á la esperanza, sabia conocer los peligros y los obstáculos , mirar á todas partes , y obrar segun las circunstancias. Rogó á Berkley y á Ashburnham que pasasen á verle con menos frecuencia , y al rey que no tomase á mal verle proceder con mas reserva: « Si sois hombre honrado, dijo , bastante he hecho para convencer de ello á V. M.; si no lo sois , nada podrá bastar en adelante. » Y al propio tiempo pasó á la torre, hizo una larga visita á Lilburne , habló con efusion de su celo por la causa comun ; insistió apasionadamente sobre el peligro de la menor desunion , le preguntó que contaba hacer cuando se le pusiese en libertad, y al despedirse le prometió emplearse en la junta encargada de su causa para activarla.

No por esto se le puso en libertad; aun mas: la junta, presidida por Henrique Martyn , no activó la sumaria, y las relaciones de Cromwell con S. M. no cesaron, si bien que se siguieron mas reservadamente. Sin presunciones obcecadas , devorado de ambicion y de incertidumbre, las mas distintas combinaciones atormentaban su pensamiento , y no sabia cual abandonar ni cual seguir. Parecíale dudosa la victoria de los republicanos, y quiméricos sus deseos entusiastas; amenazaba su poder la indis-



ciplina apasionada de los soldados; su genio se indignaba del desorden al tiempo que le fomentaba; el nombre de rey era todavía un talisman, su alianza un camino, y su restablecimiento una áncora; y era esta una idea que seguia como otros, dispuesto á abandonarla por otra mejor, tendiendo distintas redes á la fortuna, y abalanzándose á aquella hácia la que se inclinase. El rey por su parte, bien instruido del estado de los ánimos en las cámaras y en el ejército, daba nuevo aspecto á sus negociaciones. Dirigíanse menos al partido que á sus gefes, y dejaban columbrar mas favores individuales que concesiones públicas. Ofreció á Ireton el mando en Irlanda; á Cromwell el mando general de los ejércitos, el de la guardia del rey, y el título de conde de Essex: otras mercedes se habian indicado para sus principales amigos. Entretanto dos prisioneros realistas en la torre informaban de todo á Lilburne, y le incitaban á aspirar á algun empleo, aprovechando la coyuntura. Si se aceptaba este partido se aseguraba el rey el apoyo de los gefes; pero si llegaba á sospecharse, seria grande la turbulencia.

Seguramente que los dos generales no podian ignorar tales ideas, por cuanto el rey estaba rodeado de sus espías; el coronel Whalley, que le guardaba con su regimiento, era primo y hechura de Cromwell, y sabia los menores incidentes de la vida del rey, sus paseos sus conversaciones, las visitas y los pasos de sus consejeros, y las indiscreciones de sus adictos: mas de una vez se quejó de que algunos rumores procedentes de Hamptoncourt le desacreditaban. Ireton sobre todo se incomodó tanto al tener

noticia de ello, que queria romper las negociaciones pues su carácter odiaba el disimulo. Pero continuaron con todo, y así fué que la conducta de los generales pareció confirmar las sospechas de los soldados. A instancia de los escoceses, y para dar alguna satisfaccion al pueblo pacifico, habian decidido las cámaras que de nuevo se presentasen al rey las proposiciones de Newcastle: los condes de Lauderdale y de Lanerk, llegados poco antes de Hampton-court, le conjuraron de nuevo á que las aceptase y se uniese en fin á los presbiterianos, sinceros en el deseo de salvarle. Inquietos por ello Ireton y Cromwell, se deshacieron mas con él en protestas y promesas, le aconsejaron que desechase las proposiciones, y que pidiese solo las del ejército como base mas benigna de negociacion, empeñándose ellos en sostener por todos medios su demanda. «Estamos resueltos, dijo Ireton, á espurgar una y mas veces la cámara hasta que se muestre propicia á V. M.; por mi parte, antes de faltar á lo prometido al rey, me aliaría con los franceses, con los españoles, con los caballeros, con cualquiera que me prestase auxilio.» Cárlos siguió el consejo de los generales, y su respuesta escitó el mas violento debate en los comunes; indignados los presbiterianos no querian mudar en un ápice sus proposiciones, y los entusiastas clamaban porque no se recibiesen ni presentasen otras. Cromwell é Ireton insistieron como habian prometido para que se atuviesen á la voluntad del rey y formasen un tratado sobre las condiciones ofrecidas por el ejército; paso extraordinario, pero inútil, en razon de que se unieron con-

tra tal parecer los presbiterianos y los entusiastas.

Con esto presentó un aspecto amenazador la desconfianza y el encono de los soldados; en todos los acampamentos se formaban reuniones tumultuosas ó secretas; do quier resonaban las palabras *ambicion, traicion é hipocresía*, unidas al nombre de Cromwell; el odio comentaba los dichos que se escapaban á la ligereza de su lenguaje; al hablar de la necesidad de poner un término á la persecucion de los caballeros habia dicho: « Ahora que está el rey en mi poder, tengo al parlamento en el bolsillo; » y otro dia: « Puesto que Hollis y Stapleton han ejercido tanta autoridad, no sé porque no puedo gobernar tambien como ellos el reino. » A él se le debia en fin y á sus intrigas que Lilburne permaneciese todavía preso. Este le denunció formalmente á los promovedores, enumerando todos los empleos de que él y los suyos se habian apoderado. Aquellos á su vez pidieron á las cámaras que se soltase al preso, y á Fairfax que pusiese en libertad á cuatro soldados, arrestados solamente, decian ellos, por haber proferido algunas palabras injuriosas contra del rey. Se llegó aun á tratar de un asesinato contra Cromwell entre Lilburne, Wildman y algunos otros. No tuvo lugar ninguna tentativa; pero hasta el consejo de los promovedores se hizo sospechoso á los soldados, por decirse que entre ellos tenia el teniente general soplones. Para ponerse á cubierto de ellos, muchos regimientos nombraron, bajo el título de *nuevos agentes*, á mas seguros promovedores encargados de observar á los traidores y de servir á toda costa á la buena causa. Algunos oficia-

les superiores, y miembros de los comunes, Rainsborough, Ewers, Harrison, Roberto Lilburne, hermano del preso, y Scott, se declararon gefes de la insurreccion; y de este modo una faccion violenta, separada igualmente de las cámaras que del consejo general de oficiales, empezó á proclamar sin rebozo sus máximas y sus planes.

Se apoderó de Cromwell la zozobra, veía que estaba el ejército desunido, que los realistas y los presbiterianos atisbaban el momento para aprovechar sus discordias, y que él mismo era violentamente atacado por hombres hasta entonces instrumentos suyos. De día en día se le hacian mas sospechosas las intenciones del rey: « Yo sigo mi juego, habia contestado Cárlos á Ireton cuando instaba este para que se entregase á ellos sin recelo: lord Lauderdale y lord Lanerk continuaban siempre á su lado, prometiéndole el apoyo de un ejército escocés si aceptaba al fin su alianza. Decíase que las bases del tratado estaban convenidas, y que algunas tropas escocesas marchaban ya hácia la frontera. Por su parte los caballeros ingleses Capel, Langdale y Musgrave, preparaban por bajo mano una insurreccion. « Estad seguro, dijo el rey á Capel, que pronto estarán en guerra las dos naciones; los Escoceses confian en el favor de todos los presbiterianos ingleses; apréstense pues nuestros amigos; de otro modo sea cual fuere el que ganare, siempre habrémos perdido. » Hacíase al propio tiempo crítica la situacion del ejército acantonado al rededor de Lóndres; la Cité no aprontaba las sumas necesarias, y los oficiales no sabian como gobernar á unas

tropas á las que no podian pagar. Do quier circulaban los mas atrevidos folletos, revelando ya los designios de los soldados contra el rey, ya las negociaciones de este con los generales. En vano Fairfax habia reclamado y obtenido que se estableciese una censura rigurosa; en vano Cromwell era en la Cité el intérprete de las necesidades del ejército; en vano habia desarrollado todos los recursos de la razon y de la astucia para persuadir á los fanáticos que les era forzoso contenerse si querian que los pagasen los moderados; en vano tambien habia logrado que entre los nuevos agentes de los soldados saliesen nombrados algunos de sus adictos: inútiles eran sus esfuerzos, se volvía contra ellos mismos su prudencia; si bien se habia procurado confidentes en todos los partidos, sin embargo, una fermentacion extraordinaria amenazaba burlar todos sus cálculos, y dar al traste con su influencia: toda su habilidad le habia servido solo para rodearle de embrazos y peligros.

En tal zozobra, uno de los soplones que pagaba hasta en la cámara del mismo rey, le avisó que aquel dia salia del castillo una carta dirigida á la Reina, y que contenia los verdaderos planes de Cárlos relativos al ejército y sus gefes. Esta carta la debia llevar sin saberlo un hombre cosida en una silla, y á las diez la esperaba en Holborn otro hombre á caballo preparado para conducirla á Douvres, de donde pasaria á Francia. Cromwell é Ireton tomaron al instante su resolucion, y disfrazados de caballeros, y seguidos de un solo soldado, partieron de Windsor para el lugar señalado. A su llegada colocaron

un soldado en emboscada, y en el ínterin se sentaron en un gabinete bebiendo cerveza. A eso de las diez compareció el mensajero, salieron con espada en mano y se apoderaron de la silla, diciendo que tenían orden de registrarlo todo; la llevaron á su aposento, la descosieron encontrando la carta, volvieron á ponerla corriente, y la entregaron de nuevo al mensajero, diciéndole que era un buen muchacho y que podia continuar su camino.

El aviso era verdadero: Carlos escribia en efecto á la reina que dos facciones querian su alianza, que preferiria al que mejores condiciones le ofreciese, y que este seria seguramente el partido de los presbiterianos: «Por lo demás, añadia, conozco bien mi situacion, quedad tranquila acerca de las concesiones que puedo hacer; sé muy bien aprovechar la coyuntura, y sabré arreglar y dar la ley á esos pícaros: en vez de una banda de seda, he de darles una cuerda de cáñamo.» Miráronse los dos generales, y confirmadas de este modo sus desconfianzas, partieron para Windsor, sin que vacilasen ya tocante á la conducta que debian seguir con el rey.

Ya no debia ser embarazosa ni dudosa: estallaba la cólera de los entusiastas, y el ejército iba á dar un sacudimiento. El 9 de octubre, los nuevos agitadores en número de cinco regimientos de caballería, entre los que figuraba el mismo de Cromwell, redactaron una difusa declaracion de sus desconfianzas, principios y votos bajo el título de: *Estado del ejército*. El 18 la presentaron oficialmente al general, y el 1 de noviembre se dirigió á la nacion entera en nombre de diez y seis regimientos una segun-

da sátira titulada : *Concesion del pueblo*. Tanto en uno como en otro documento , los soldados acusaban á los oficiales de traicion , y á la cámara de cohecho ; exhortaban á sus camaradas á que se reuniesen á ellos , y pedian que el actual parlamento fuese inmediatamente disuelto ; que en lo sucesivo ningun sugeto , ninguna corporacion participase con la cámara de los comunes del poder soberano ; que esta fuese elegida cada dos años ; que el derecho de sufragio fuese en iguales partes repartido en el territorio á razon de la poblacion y contribuciones ; que ningun miembro pudiese ser inmediatamente reelegido ; ningun ciudadano preso por deudas , obligado al servicio militar , ó escluido de los empleos por su sola religion ; que el pueblo nombrase sus magistrados en los condados ; que las leyes civiles fuesen iguales para todos , reformadas y refundidas en un solo código ; en fin , que ciertos derechos , sobre todo la libertad de conciencia , fuesen declarados inviolables y superiores á todo poder humano.

Suma fué la turbacion de los gefes con esta explosion de ideas y esperanzas populares : muchos de ellos , y los mas sensatos , si bien que enemigos de la corte y los presbiterianos , miraban la dignidad real y la cámara alta , como tan potentes , tan arraigados en los hechos , leyes , y costumbres , que vista á su par , la república , era solo á sus ojos una peligrosa quimera . Entre los mismos republicanos , la mayor parte , aunque sinceros y atrevidos , estaban muy lejos de participar de los deseos de los soldados ; los unos poderosos en las elecciones de su ciu-

dad ó condado, temian que por un nuevo sistema perdiesen su preponderancia; los otros adquiridores de bienes eclesiásticos, veian con susto indignarse el pueblo por haber sido adquiridos sus bienes á vil precio, y reclamar su nulidad; los jurisconsultos querian conservar su imperio y provecho: todos rehusaban con pasion la inmediata disolucion de la cámara, y ver entregada su causa á la casualidad de una reeleccion. Las razones que alegaban chocaban entonces con la poca importancia social, la demencia mística y la altanera indisciplina de los soldados reformadores. ¿Como se habia de formar un gobierno contrario á realistas y presbiterianos, con una faccion desorganizada, insensata, preparada para poner cada día en peligro la union del ejército, y por tanto su solo apoyo? Como atacar en nombre de imaginarios principios y obscuras sectas tantos antiguos y respetados derechos? Con todo estos imaginarios principios encontraron cabida en casi todo el reino, é iba fermentando el bajo pueblo; aquellas hermosas y confusas nociones de absoluta justicia, los apasionados deseos de una dicha sin igual, frecuentemente removidos, y jamás estinguidos del corazon humano, rompian por todas partes con su ciega y furiosa confianza, y los mismos gefes ni los hubieran podido escuchar, ni sabian que responder, porque en su interior participaban de los principios en nombre de los cuales se proclamaban aquellos votos.

De esta suerte fueron vacilantes sus primeros pasos. Las cámaras votaron que entrambos papeles satíricos eran un atentado contra el gobierno del rei-



no, y que perseguirían á sus autores; pero al mismo tiempo, para complacer á los republicanos, declararon que el rey estaria obligado á adoptar cuanto quisiese el parlamento (6 noviembre). El consejo general de oficiales, reunido en Putney, llamó así los principales agitadores, y un comisionado escogido de entre ellos tuvo orden de espresar suscintamente su demanda. Efectivamente, prontó el comisionado llevó un proyecto de proposiciones al parlamento, cuya mayor parte habian sido acogidas; sin embargo, el nombre y prerogativas del rey tenían lugar entre estas. Los agitadores gritaron; se les prometió que en el próximo consejo se trataria libremente si el poder real debia además subsistir. Llegó el dia, salióse bruscamente Ireton del consejo, protestando que no volveria á entrar si aquellas eran las solas cuestiones que se agitasen. El debate se difirió hasta el lunes siguiente, 6 de noviembre; y ya sea para eludirlo aun, ya que se esperase mas complacencia de los soldados reunidos, convinieron en que seria convocado el ejército á una reunion general, en la que podrian todos manifestar sus sentimientos.

Cromwell, que lo habia propuesto, conoció al momento el peligro del remedio. Cada nueva discusion aumentaba la desunion en el ejército; cuanto mas se consultaba á este, mas desobedecia á sus gefes y caía en la anarquía. Para servirse de él y al mismo tiempo salvarle, era preciso y sin retardo restablecer la disciplina y realizar el poder. Un acontecimiento tal traía consigo imperiosas circunstancias: era claro que la mayor parte de los soldados, los

mas activos á lo menos, los fanáticos, no querrian mas rey, que abandonarían y atacarian al mismo tiempo á cualquiera que se pusiese á su favor, y que quien dispondria por último de su fuerza y obediencia seria el que aceptase su voto comun y se arrojase á ser el ejecutor. Resolvióse Cromwell. Llegó el dia del consejo, todo debate quedó paralizado; los oficiales superiores declararon que para guiar en buena inteligencia el ejército era preciso que todos los oficiales y agitadores volviesen á sus regimientos; que en vez de la reunion general, habria tres reuniones particulares en los acampamentos de los principales cuerpos; que entretanto suspenderia el consejo sus sesiones, y dejaria tratar al general con el parlamento. Con todo la situacion del rey en Hamptoncourt cambió de repente: sus consejeros, Richmond, Southampton, Ormond, recibieron orden de alejarse; sus mas fieles servidores, Berkley y Asburnham entre otros, le fueron retirados; fuéronle dobladas las guardias y ya no tuvo en sus paseos la misma libertad. De todas partes le venian siniestras noticias; sobre todo se decia que los soldados tenian intencion de arrebatarlo á los oficiales; como estos lo habian hecho con el parlamento. El mismo Cromwell escribió asustado al coronel Whalley, sea que efectivamente temiese alguna tentativa de esta clase, ó que se propusiese solamente asustar al rey, ó mas bien que, siempre hábil en armar asechanzas, quisiese engañarle aun sobre sus intenciones y darse aire de su servidor.

Estos cambios, estas noticias, nuevas mortificaciones, mil rumores de traicion, de deseos inaudi-

tos , hasta de asesinato , tenían al infeliz Carlos en una ansiedad mas penosa cada dia ; su imaginacion susceptible y viva , aunque grave , estaba turbada ; una malísima alcoba , penoso sueño , estinguida su lámpara durante la noche , todo le era siniestro presagio , todo le parecia posible de tales enemigos , aunque su orgullo rehusaba creer que á tanto se atreviesen. Se le habló de huir ; ya estaba tentado de ello , pero á donde ? como ? con qué socorros ? Los comisarios escoceses le ofrecian secundar su evasion : un dia que él cazaba , Lauderdale le envió á decir que estaban prontos cincuenta caballos ; y que si queria reunirse á ellos , marcharian con precipitacion hácia el Norte. Las repentinas resoluciones admiraban al rey : ¿ qué asilo , por otra parte le presentaba la Escocia , donde no tendria otro medio de rehusar el yugo presbiteriano y el pacto ? Se negó á ello. Por otra parte , se le dió el consejo de embarcarse y retirarse á la isla de Jersey , en donde la facilidad de pasar al continente obligaria á sus enemigos á ser mas tratables. El contaba aun , despues de sus secretas promesas , con la buena voluntad de los oficiales ; se lisonjeaba que su frialdad solo era forzosa y aparente , que en la próxima reunion impondrian silencio á los agitadores , restablecerian la disciplina , y volverian á abrir con él las negociaciones. No queria por consiguiente salir de Inglaterra hasta esta última prueba. Entretanto la idea de la fuga se le hacia mas familiar y necesaria ; se le dijo que un profeta aleman se habia presentado al consejo de los agitadores anunciándose como á encargado de revelar la voluntad del cielo ; pero que á la

sola palabra de reconciliarse con el rey no le quisieron escuchar. De mil maneras y por todos estilos, Cromwell le insinuaba que era necesario huir. Alguno, no se sabe quien, habló al rey de la isla de Wight como de un conveniente y seguro asilo; tocaba con la tierra firme; la poblacion era realista; muy poco hacia que el coronel Hammond, sobrino de uno de los mas fieles capellanes del rey, habia sido nombrado gobernador. Cárlos prestó mas oídos á esta idea que á ninguna otra, tomó algunas señas, haciendo al propio tiempo algunos preparativos (1). Con todo dudaba aun, y buscaba do quier algun medio de decidirse. Un astrólogo, William Lilli, se habia hecho entonces famoso en Lóndres; era inclinado al partido popular, pero á nadie negaba sus predicciones y avisos. El rey encargó á una muger, mistress Whorewood que le consultase en su nombre á donde le convenia fugarse; y de mil libras esterlinas que le acababa de enviar el alderman Adams, perfecto realista, recibió quinientas por su mision mistress Whorewood. Solemnemente interrogados los astros, Lilli respondió que el rey debia retirarse hácia el Este, en el condado de Essex, á veinte millas de Lóndres, y mistress Whorewood se apresuró á llevar á Hamptoncourt esta respuesta. Cárlos sin embargo no la habia esperado: el 9 noviembre, una

---

(1) Esto resulta evidentemente de una relacion encontrada en la habitacion del rey en la isla de Wight, dirigida despues de la restauracion á Cárlos II por John Bowring, quien era empleado entonces en los secretos manejos de Cárlos I, aunque de linaje obscuro.

carta anónima escrita al parecer por un íntimo amigo, le acababa de advertir que el peligro se aceleraba, que la víspera en una nocturna reunion los agitadores habian resuelto deshacerse de él, que todo era de temer si no se ponía inmediatamente á seguro de un atentado. Otro aviso le obligaba á desconfiar de la guardia que al otro día relevaria la del castillo. Herida su imaginacion, decidióse Cárlos al momento: el 11 noviembre á las 9 de la noche, dejando sobre su mesa muchas cartas y seguido solo de un ayuda de cámara, William Legg, salió por una escalera escusada, ganó una puerta falsa que daba del parque al bosque, en donde Ashburnham y Berkley, que sabian su deseo, se habian apostado con buenos caballos. Tomaron su camino hácia el Sudoeste; la noche era oscura y tempestuosa; solo el rey sabia el bosque, y guiaba á sus compañeros; se extraviaron, y solo al amanecer percibieron la pequeña ciudad de Sutton, en el Hampshire, en donde por los cuidados de Ashburnham, les estaba preparado un relevo. En el albergue donde les esperaban habia una reunion de parlamentarios deliberando sobre los negocios del condado. Volvieron á marchar inmediatamente por el camino de Southampton, por la parte situada frente la isla de Wight; pero sin que el rey declarase espresamente á donde intentaba dirigirse. Al llegar á una pendiente de la montaña vecina á la ciudad, dijo el rey: «Pongamos pie á tierra, y consultarémos lo que se ha de resolver». Se habló, segun se dice, de un bajel que Ashburnham habia preparado, y del que no sabian nada; despues tratóse de internarse en los condados del Oeste, donde Berkley

le prometia la fidelidad de muchos amigos, y en fin de ir á la isla de Wight, el mas conveniente partido que acababa con su embarazosa situacion, y el que por otra parte segun el camino que siguieron era el que se habia propuesto el rey al partir. El gobernador con todo no sabia nada; y por consiguiente ¿se podia fiar en él sin garantía alguna? Convinieron en que Ashburnham y Berkley irian á la isla, sondearian las disposiciones de Hammond, le harian alguna confianza si le encontraban en buena disposicion; y que el rey les iria á esperar á algunas leguas de allí, cerca de Tichfield, en un castillo que habitaba la madre de lord Southampton. Se separaron, y al otro dia por la mañana, los dos caballeros desembarcados en la isla se dirigieron inmediatamente al castillo de Carisbrooke, residencia del gobernador. Hammond no estaba en él, habia ido á Newport, la principal ciudad de la isla, pero debia volver el mismo dia. Ashburnham y Berkley se pusieron en camino para encontrarle; pronto lo encontraron, y le informaron sin preámbulos del motivo de su venida. Empalidece Hammond; suelta las riendas de su caballo; tiembla todo su cuerpo: «Señores, señores, gritó, me habeis perdido, conduciendo al rey á esta isla; si todavía no está, os conjuro á que no le permitais venir; ¿qué haria yo, entre mis deberes hácia S. M. despues de tanta confianza, y los que debo al ejército á quien sirvo?» Procuraron sossegarle, ya manifestando el inmenso favor que haria al rey, y las obligaciones que el mismo ejército habia contraído con S. M.; ya asegurándole que si no pensaba como ellos, muy lejos estaba el rey de obli-

garle á que le recibiese. Hammond se desconsolaba. Con todo, cuando los caballeros parecieron desconfiar á su vez, y estaban prontos á retirar su proposicion, se demostró menos vacilante; les preguntó donde estaba el rey, si no corria ningun riesgo, y supo manifestar tanto interés, que los comisionados se confiaron á él enteramente. La conversacion duró de esta suerte mucho tiempo, llena por entrambas partes de turbacion y astucia, temiendo igualmente unos y otros romper ú obligarse. Hammond pareció ceder por fin: «El rey, dijo, no tendrá que quejarse de mí; no será dicho que haya yo engañado sus esperanzas; me portaré como hombre de honor; vamos juntos á su encuentro.» Asustado Berkley hubiera querido rehusar esta proposicion; pero Ashburnham la aceptó, y marcharon inmediatamente, Hammond acompañado solo de un capitán llamado Basket. Una lancha los condujo en pocas horas á Tichfield; y á su llegada Ashburnham subió solo á ver al rey, dejando á Berkley, Hammond y Basket en el patio del castillo. Mientras se iba explicando: «Ah! John, John, gritó Cárlos, tú me has perdido conduciendo aquí á este gobernador; ¿no ves que ya no puedo adelantar mas?» En vano Ashburnham pretendió hacer valer las promesas de Hammond, los buenos sentimientos que habia dado á conocer, su propia existencia, prueba de su sinceridad. El rey desconsolado daba á largos pasos por la sala, tan pronto con los brazos cruzados, ya con los brazos y ojos levantados al cielo con la espresion de la mas dolorosa agonía. «Señor, le dijo en fin Ashburnham, tambien muy turbado á su

vez : el coronel Hammond está aquí solo con otro hombre; nada hay mas fácil que asegurarse de él.— ¿Como pues, replicó el rey, intentas matarle? Quieres que se diga que ha aventurado su vida por mí, y que yo le he privado de ella indignamente? No, no, es demasiado tarde para tomar ningun otro partido; es preciso someterse á la voluntad de Dios.» En el ínterin Hammond y Basket se impacientaban de tanto aguardar; Berkley hizo avisar de ello al rey : subieron. Cárlos los recibió con un aire abierto y confiado; Hammond renovó sus promesas, mas estensas y difusas, aunque siempre vagas y embarazadas. El dia empezaba á declinar cuando se embarcaron para la isla. Ya se habia difundido la voz de que llegaba el rey, muchos habitantes volaron á su encuentro : al atravesar las calles de Newport, una muger jóven se adelanta á él, y le entrega una rosa colorada, abierta á pesar del rigor de la estacion, orando en alta voz por su libertad. Se le aseguró que la poblacion entera era de su partido, que en el mismo castillo de Carisbrooke solo habia de guarnicion, doce soldados viejos en buena disposicion, y que siempre que quisiese podria fácilmente evadirse de él. Los temores de Cárlos se mitigaron poco á poco, y al amanecer cuando desde las ventanas del castillo contempló el risueño espectáculo que le ofrecian mar y tierra, cuando respiró el aire matutinal, cuando vió á Hammond manifestarle su respeto, y le prometió la entera libertad de pasearse á caballo por toda la isla, de guardar sus criados y recibir á quien le acomodase, se tranquilizó su alma : « Sobre todo, dijo á Ashburnham, este gober-



nador es muy cortés , aquí estoy al abrigo de los agitadores ; y segun creo solo tendré que aplaudirme de mi resolucion.»

Y PILZAS RES.

**FIN DEL TOMO SEGUNDO.**



# ANOTACIONES

## Y PIEZAS HISTORICAS CORRESPONDIENTES

AL TOMO SEGUNDO.

### NUMERO I.

#### SOBRE EL EMPLEO DE LOS CATOLICOS EN LOS EJERCITOS REALISTAS.

El 23 de setiembre de 1642, es decir, al estallar la guerra civil, y poco antes de la batalla de Edgehill, el rey escribió al conde de Newcastle lo siguiente:

«Sirve la presente para deciros que ha llegado á tal punto la rebelion, que no debo ya mirar la opinion de los que estén dispuestos á servirme: en consecuencia, os mando emplear á mis súbditos sin distincion de conciencias, atendiendo solo á su lealtad para conmigo.»

Brodie ha publicado por primera vez esta carta, copiada de los manuscritos del Museo británico.

### NUM. II.

#### PETICIÓN CONTRA LA PAZ, PRESENTADA A LOS COMUNES EL 7 DE AGOSTO DE 1643, POR LA MUNICIPALIDAD DE LA CITÉ.

«Los infrascritos peticionarios han oido decir que los pares habian pasado á esta honorable cámara unas proposiciones que destruirian nuestra religion, nuestras leyes y nuestra libertad. Sabemos por experiencia que cuantos están dispuestos á sostener con sus bienes y sus vidas al parlamento, están sumamente abatidos porque

no se activa la alianza con los Escoceses, el levantamiento de tropas y el apresto de socorros. Los peticionarios recomiendan todos estos puntos á vuestro maduro exámen, y anhelando el castigo de los traidores y de los delincuentes, os espresan sus deseos.

«Haced á toda costa justicia de los criminales y de los delincuentes; y ya que hemos arriesgado y estamos prontos á arriesgar cuanto tenemos para el triunfo de tan buena causa, os pedimos que tengais á bien adoptar sin retardo, el adjunto decreto, ú otro al mismo efecto, para poder tomar las medidas que exige nuestra defensa y la vuestra, que siempre será atendida, con el favor del cielo, de vuestros peticionarios.»

Acompañaba á esta peticion la minuta de un decreto, que concedia á una junta el poder de reclutar y de recibir suscripciones.

### NUM. III.

#### **PETICION EN FAVOR DE LA PAZ, PRESENTADA A LOS COMUNES EL 9 DE AGOSTO DE 1643, POR LAS MUJERES DE LONDRES.**

«Vuestras pobres peticionarias, aunque del sexo débil, preven la pronta ruina del reino si no tomais medidas decisivas. Vosotros sois los médicos, que con la bendicion especial y milagrosa de Dios, podeis restablecer á esta nacion moribunda y á nuestra hermana la Irlanda, que es casi un cadáver ensangrentado.

«No debemos indicar á vuestros espíritus, cuya vista es de águila, los medios conducentes; nuestro único deseo es de que siga brillando la gloria de Dios en nuestra religion: que se sostengan las justas prerogativas y privilegios del rey y del parlamento; que las verdaderas libertades de los súbditos sean garantidas según las leyes del país, y que por todos medios honrosos se nos procure la paz.

«Plázcaos pues ofrecernos su restablecimiento y la prosperidad del comercio, pues ambas cosas son alma y cuerpo del estado.

«Y vuestras peticionarias, á par de muchos millones de almas que gimen bajo el peso de la desgracia, rogarán por vosotros como deben.»

(*Rushwort*, part. 3, t. 2, p. 357.)

NUM. IV.

**DECLARACION Y JUSTIFICACION DE PYM, POCO ANTES DE SU MUERTE.**

«Nadie ignora con que calumnias han sido atacadas mis intenciones para con Dios, el rey y mi pais. Unos me acusan de haber sido el promotor de violentas innovaciones en la Iglesia anglicana; otros mas enconados sostienen que he escitado todos los desórdenes del reino; y si bien se vuelven mas estas injurias contra el que las profiere cuando las juzgan hombres juiciosos, sin embargo las han oido otros que tal vez las habrán dado crédito, y por esto me decido á esplicarme acerca de ello.

Pasaré en silencio la causa de Strafford, en la que se han atrevido á tacharme de parcialidad y de odio, y solo me detendré en las calumnias sobre que he escitado y fomentado las disensiones tocante á la Iglesia anglicana.

Cuan inverosímil esto sea quedará probado plenamente. Cuantos me conocen dirán que he sido, soy y seré protestante, sin mezcla de anabaptismo, de brownismo y otras cosas, como han propalado algunos descontentos eclesiásticos, creyendo que mi conato era humillar la arrogante ambicion de los obispos y de los prelados. Sobre este punto he manifestado mi opinion como miembro de los comunes, y la juzgo justificada para reformar groseros abusos introducidos por la perversidad de los

obispos y de sus substitutos, todos protestantes. ¿A qué esos castigos corporales, esos destierros, esas marcas de hierro ardiente en los rostros de los condenados por asuntos de conciencia? A qué esas ceremonias griegas ó papistas que querian introducir, rejuveneciendo antiguas supersticiones? Atacar estos errores se tomará por ana-baptismo ó brownismo?

*(Continua aqui acriminando á los obispos y probando su protestantismo, y despues prosigue:)*

Pero esto es nada comparado con las calumnias de que he sido blanco tocante á mi lealtad para con S. M. sagrada; algunos sostienen que soy autor de sus disensiones con el parlamento, cuando mi lealtad para con el rey es tanta como pueda sentirla cualquier otro súbdito. Bien es verdad que cuando se atentaba á mi vida injustamente, cuando S. M. seguido de gente armada nos buscaba á mí y á otros honorables miembros, procuré por mi seguridad: esto no puede alegarse contra mí, porque el mismo rey nos declaró despues inocentes del crimen de alta traicion que se nos imputaba.

Y si este acontecimiento motivó que S. M. se alejase del parlamento, seguramente nó será mia la culpa, pues antes como despues me he afianzado siempre en las leyes del país y en el poder del parlamento. Seguro íntimamente de esta verdad, despreciaré toda calumnia, la que nunca será un menoscabo para mi reputacion entre los hombres imparciales.

En la diabólica conspiracion de Catilina contra el senado, nadie estuvo mas espuesto al encono de los conspiradores que Ciceron, ese orador patriota, cuyo celo lo desbarató todo. Y si bien que no me envanezco de compararme á tan digno ciudadano, sin embargo, alguna relacion existe entre los dos, si es dado comparar las cosas pequeñas á las mayores. Mi anhelo por la reforma politica me ha acarreado todos los odios y hecho blanco de las calumnias: con todo, ese anhelo me parece mi

mérito mayor, y ya que sufro ignominias por esta causa, lo haré con sufrimiento, esperando de la misericordia de Dios que al fin reconciliará á S. M. con su parlamento. No dudo que entonces podré dar al rey pruebas suficientes de mi lealtad, aunque esté irritado en contra de mí: entretanto espero que el mundo creerá que no soy seguramente el primer inocente calumniado, y que en consecuencia suspenderá su juicio sobre de mí.

(*Rushwort. part. 3, t. 2, p. 373-378.*)

NUM. V.

CARTA DEL REY AL PRINCIPE ROBERTO, DANDOLE  
ORDEN DE SOCORRER A YORK.

Ticknill 14 de julio de 1644.

SOBRINO :

Debo ante todo felicitar me con vos por vuestras ventajas, y aseguraros que no me son menos agradables en sí que por ser obra vuestra. Conozco la necesidad de pólvora, y os la procuraré á la vez de Irlanda y de Bristol, aunque no pueda hacerlo de Oxford, donde solo he dejado treinta y seis barriles; tocante á la de Bristol tampoco os daré completa seguridad, pues es plaza amenazada de sitio.

Fuerza es ahora haceros conocer mi situación, y espero no tomaréis á mal que os dé perentoriamente las órdenes que ella exige. Si perdiese la plaza de York recibiría un golpe mortal mi causa, á menos que por una marcha rápida os reunieseis á tiempo conmigo. Si lograis libertar á York y batir á los rebeldes de ambos reinos que la sitian, solo entonces podré mantener la defensiva hasta que vengais á mi socorro. Os mando, pues, y os conjuro en nombre del deber y de vuestra adhesion, que renunciéis á todo otro proyecto, para caer con todas vuestras

fuerzas al socorro de aquella plaza. Si la hubiesen tomado ó se hubiese levantado el sitio, ó por falta de pólvora no pudieseis probar el golpe, pasad entonces á Worcester para reuniros conmigo. Si no lo practicais como os digo, serian inútiles cuantas ventajas pudieseis obtener sobre otros puntos. Bien conoceréis que solo una necesidad extrema puede obligarme á hablaros de este modo: por tanto, no pongo en duda en las presentes circunstancias vuestro puntual cumplimiento en obedecer á

vuestro afecto tío y fiel amigo,

CARLOS, REY.

NUM. VI.

DECRETO DE ABNEGACION DE SI MISMO, ADOPTADO EN  
3 DE ABRIL DE 1645.

Está mandado por los lores y los comunes reunidos en parlamento, que todos y cada uno de los miembros de ambas cámaras cesan dentro de cuarenta días, contaderos desde el de la adopción de este decreto, en cuantos empleos obtengan conferidos después del 20 de noviembre de 1640, ya en propiedad ó por delegación, por una de las dos cámaras ó por entrambas.

No toca este decreto á los que no sean miembros de ambas cámaras.

Déjase entender y se declara así mismo, que todos los provechos que resultaren de los empleos no militares ó no judiciales, corresponden al tesoro público, quedando solo para los que los obtengan sus sueldos netos, y de ningún modo las gajes, sean cuales fueren.

Por este decreto no se retiran los poderes dados á distintos comisionados en los condados, y cuya comisión esté pendiente.

Se declara también que los miembros de ambas cámaras que antes de la reunión del anterior parlamento



hubiesen sido destituidos por S. M. y reintegrados despues por el parlamento en sus destinos, no vendrán incluidos en la disposicion de este decreto, antes continuarán disfrutando de sus empleos como si los hubiesen obtenido antes del 20 de noviembre de 1640.

## NUM. VII.

EXTRACTO DE LOS REGISTROS DEL CONSEJO CELEBRADO  
EN OXFORD EL 5 DE DICIEMBRE DE 1644.

ESTABAN PRESENTES.

El conde de Southampto u.

El lord Chambelan.

El rey.

El conde de Berks.

El príncipe Roberto.

El conde de Sussex.

El príncipe Mauricio.

El conde de Chichester.

El lord guardasellos.

Lord Digby.

El lord tesorero.

Lord Seymour.

El lord duque de Richmond.

Lord Colepepper.

El lord marqués de Hertford.

El secretario Nicolás.

El lord gran Chambelan.

Y el canciller de hacienda.

Se dió cuenta de una carta escrita por el conde de Essex á S. A. el príncipe Roberto, concebida en estos términos:

SEÑOR.

S. M. ha enviado á los comisionados de ambos reinos, reunidos últimamente en Oxford, un mensaje que contenia la demanda de un salvo-conducto para el duque de Richmond y el conde de Southampton, pero sin explicar el motivo. Acabo de recibir de las dos cámaras del parlamento la orden de participar á V. A., que si S. M. pide el salvo-conducto de la cámara inglesa, para dar una respuesta á las proposiciones que se le han presentado, á fin de establecer una paz sólida y segura, se concederá al momento. Que es cuanto etc. etc.

(4 de diciembre de 1644).

ESSEX.

Discutida esta carta y bien examinada , declaró unánime el consejo , que la demanda de un salvo-conducto no podía tomarse á reconocimiento del parlamento de Westminster. En consecuencia , ya que es tal el parecer de S. S. , manda el rey que el príncipe Roberto conteste en estos términos :

MILORD.

He recibido de S. M. la orden de pedir el salvo-conducto consabido , para llevar á Lóndres , y á los lores y comunes reunidos en Westminster como parlamento , la respuesta á las proposiciones para el restablecimiento de la paz , etc. etc.

(Oxford 5 de diciembre de 1644).

ROBERTO.

Esta carta ha sido enviada á Lóndres por un trompeta.

NICOLAS.

*Lo que sigue era escrito de mano del mismo Nicolás.*

*Memorandum.* De todo el consejo , el rey y yo fuimos los únicos que no juzgamos conveniente dar el nombre de parlamento á los miembros reunidos en Westminster. El príncipe Roberto , si bien que presente , no votó , como á ejecutor que debia ser de lo que ordenase el consejo. Pero , conforme á reglamento y á la práctica del consejo , la mayoría domina , y la minoría debe firmar lo que aquella determine.

N.

NUM. VIII.

CANCION DE LOS CABALLEROS CONTRA LESLEY Y LAS TROPAS ESCOCESAS LLAMADAS DE INGLATERRA AL SOCORRO DE LA ESCOCIA PRESBITERIANA VENCIDA POR MONTROSE.

I.

Adelante ! ¿ como no marchais adelante y en buen orden , perros de redencion ? Llegad antes que pasen hácia

acá la frontera los gorros azules de Montrose. Predicad, orad, desgañitao noche y día; triunfaréis de la iglesia, que es para vosotros una ramera; bailad con la sangre hasta las rodillas, y sangre de los enemigos de Dios: las bellas escocesas os cantarán hasta endormeceros.

## II.

Adelante! adelante, escoria de perversidad! nada manchará la gloria que os espera; adelante, adelante, estiercol de santidad! Marchad y alegraos; no subiréis al cadalso, sino á la fe, á la esperanza. La Escocia está sedienta de verdades; ¡como brillarán mas atractivas esas jóvenes, raza elegida, rollizas como nabos, y gordas como reses que van al matadero!

## III.

Adelante! adelante, zurriagos de la herejia! abajo la iglesia de los hipócritas! Adelante, adelante, y caiga la supremacia y el órgano que da tan bellos sonidos! Abajo los curas y vicarios de la iglesia anglicana! Jockey llevará la capilla por sombrero, y Jenny la sotana por jubon.

## IV.

Adelante! adelante, benditos foragidos! cantad marchando los himnos de alegría; adelante, adelante, bandidos santificados! Elegidos del cielo, marchais á la gloria. Guerreros piojosos, blanco de la miseria, objeto de risa y de desprecio; ¡ó alcurnia bienaventurada! jamás, jamás brilló tan radiante la gracia: ejército de justos, adelante!... á la carnicería!



# INDICE

## DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág.
<b>LIBRO IV.</b> —Principia la guerra civil.—El rey planta su cuartel en Nottingham.—Batalla de Edgehill.—Terror de Londres.—Combate de Brentford.—Tentativas de negociacion.—Carácter de la guerra civil.—Vuelve la reina del continente.—Negociaciones de Oxford.—Se empieza á desconfiar del conde de Essex.—Disensiones interiores del parlamento.—Conspiracion realista en Londres.—Muerte de Hampden.—Descalabros para el parlamento.—Su energía.—Esfuerzos de los partidarios de la paz en las cámaras.—Proyectos del rey para marchar sobre Londres.—Son vanos.—Sitio de Gloucester.—Essex le hace levantar.—Batalla de Newbury. Muerte de lord Falkland.—Alianza del parlamento con los Escoceses.—Essex vuelve triunfante á Londres. . . . .	1
<b>LIBRO V.</b> —Estado de los partidos y origen de los independientes.—Disposiciones de la corte de Oxford.—Concluye el rey una tregua con los Irlandeses.—Parlamento de Oxford.—Muerte de Pym.—Campaña de 1644.—Batalla de Marston Moor.—Reveses de Essex en el condado de Cornouailles.—Estalla la desunion entre los gefes presbiterianos y Cromwell.—Ensáyanse negociaciones.—Decreto de abnegacion de sí mismo.—Proceso y muerte de Laud.—Negociaciones de Uxbridge.—Reorganizacion del ejército parlamentario.—Nombramiento de Fairfax para general.—Essex hace dimision. . . . .	55
<b>LIBRO VI.</b> —Formacion del ejército de independientes.—Cromwell conserva su mando.—Campaña de 1645.—Alarmas del parlamento.—Batalla de Naseby.—Coge el parlamento y publica la correspondencia privada del rey.—Decadencia del partido realista en el Oeste.—Fuga y zozobras del rey.—Victorias de Montrose en Escocia.—El rey pretende reunirse, pero infructuosamente.—Derrota de Montrose.—Perma-	



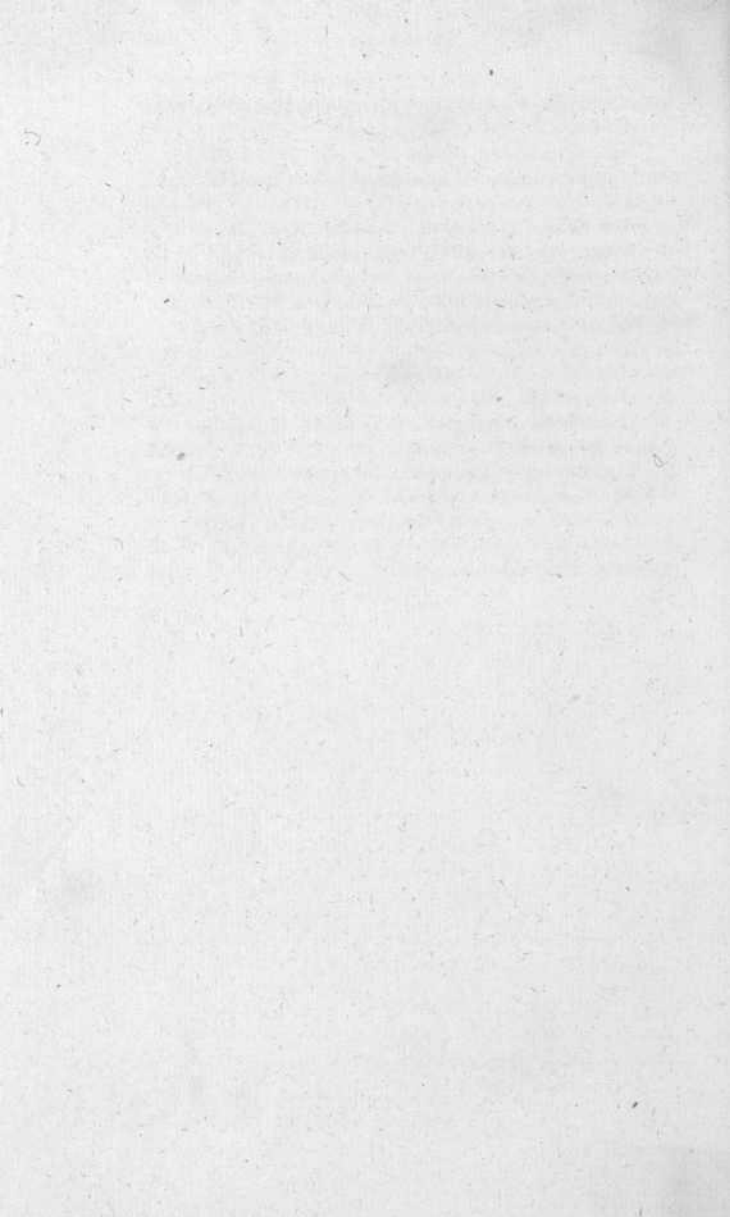
ANOTACIONES Y PIEZAS HISTORICAS CORRESPONDIENTES  
AL TOMO SEGUNDO.

NUM. I.—Sobre el empleo de los católicos en los ejércitos realistas. . . . .	231
NUM. II.—Petición contra la paz, presentada á los comunes el 7 de agosto de 1643, por la municipalidad de la Cité. . . id.	
NUM. III.—Petición en favor de la paz, presentada á los comunes el 9 de agosto de 1643, por las mugeres de Lóndres.	232
NUM. IV.—Declaracion y justificacion de Pym, poco antes de su muerte. . . . .	233
NUM. V.—Carta del rey al principe Roberto, dándole orden de socorrer á York. . . . .	235
NUM. VI.—Decreto de abnegacion de sí mismo, adoptado en 3 de abril de 1645. . . . .	236
NUM. VII.—Estracto de los registros del consejo celebrado en Oxford el 5 de diciembre de 1644. . . . .	237
NUM. VIII.—Cancion de los caballeros contra Lesley y las tropas escocesas llamadas de Inglaterra al socorro de la Escocia presbiteriana vencida por Montrose. . . . .	238

- ANOTACIONES Y PÁEZAS HISTÓRICAS CORRESPONDIENTES  
 al tomo segundo. . . . .  
 231
- N.º 1. — Sobre el suplico de los españoles en las Cortes de  
 Cortes de 1519. . . . .  
 231
- N.º 2. — Petición contra la paz, presentada a las Cortes  
 el 7 de agosto de 1517, por la municipalidad de la Coruña. . . . .  
 232
- N.º 3. — Petición en favor de la paz, presentada a las co-  
 rtes el 9 de agosto de 1517, por las mujeres de Coimbra. . . . .  
 232
- N.º 4. — Exposición y justificación de Juan, hijo de Juan de  
 un nombre, y su familia, contra el cargo de infamia que se le  
 imputa. . . . .  
 232
- N.º 5. — Exposición de un rey al papa sobre el estado de  
 de socorro a Nápoles. . . . .  
 232
- N.º 6. — Decretos de la congregación de seculares, relativos a  
 3 de abril de 1517. . . . .  
 233
- N.º 7. — Exposición de las exigencias del conde de Barba  
 de los señores de 1517. . . . .  
 233
- N.º 8. — Causa de los españoles contra Felipe y Juana,  
 por sucesión de la corona de Castilla y Aragón.  
 por sucesión de la corona de Castilla y Aragón.  
 233



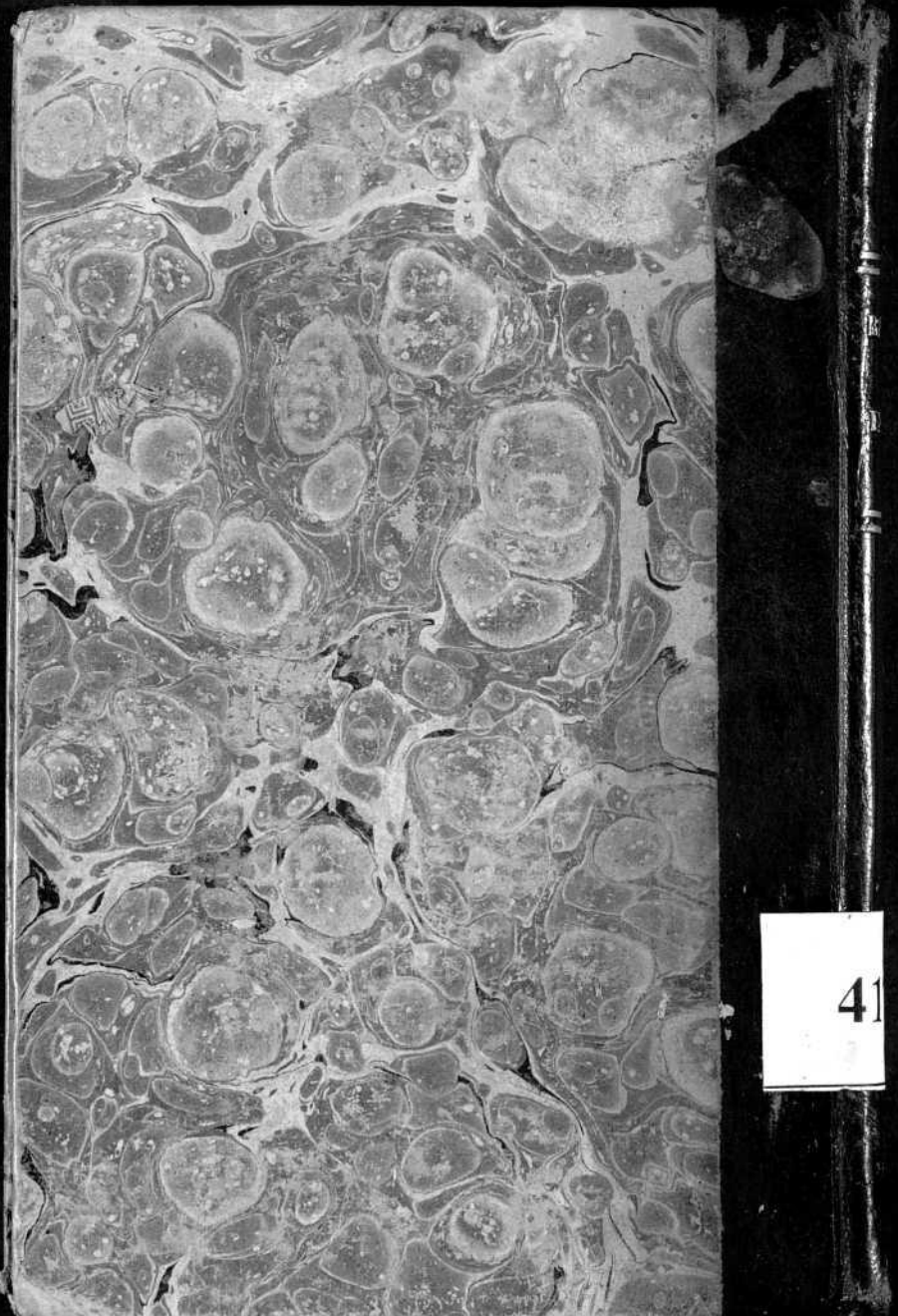












41

REVOLUC  
DE  
ENGLATE

1770